

“Nuquí-Bahía Solano, un paraíso donde ningún turista quisiera vivir”

Mirada etnográfica sobre el impacto y las relaciones de turistas,
afrocolombianos y *paisas* en el Eje Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano;
Chocó, Colombia

Por
Andrés Triviño Gómez
Cod. 472754



Director
Jaime Arocha R. PhD.

Lectora
Ximena Pachón

Trabajo de grado para optar por el título de antropólogo
Departamento de Antropología
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia
2006

Primera edición digital en COLANTROPOS. Colombia en la antropología
www.humanas.unal.edu.co/colantropos - 2008

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
PRIMERA PARTE.....	7
1. Introducción.....	7
2. Descripción del proyecto.....	8
2.1. Planteamiento del problema de investigación y justificación.....	8
2.2. Generalidades metodológicas.....	14
2.2.1. Demarcación del campo.....	15
2.2.2. Preparación y documentación.....	16
2.2.3. Trabajo de campo.....	17
2.2.4. Elaboración del trabajo final.....	20
3. La región de estudio y mis anfitriones.....	20
3.1. Nuquí.....	21
3.2. Bahía Solano.....	28
SEGUNDA PARTE.....	32
CAPÍTULO I – El turismo en la región.....	32
1. Reunión con Jordi Pérez y Riscales.....	34
2. Oferta turística y hotelera en Nuquí.....	42
2.1. La Ensenada de Utría.....	43
2.2. Termales y Guachalito.....	46
2.3. Oferta de viajes en lancha de motor.....	48
3. La visión del turismo según dos habitantes locales.....	49
4. Oferta turística y hotelera en Bahía Solano.....	53
4.1. Mecana y Huina.....	58

4.2. Eslabones turísticos.....	61
4.3. El Valle.....	64
CAPÍTULO II – Relaciones entre afrocolombianos, paisas y turistas.....	68
1. El primer contacto.....	68
2. Ustedes los blancos y nosotros los negros.....	70
3. El cruce hacia Playa Olímpica.....	74
3.1. El cruce con los indígenas.....	75
3.2. El cruce con Pastrana.....	76
3.3. El cruce con unos bañistas locales.....	78
4. Estereotipos que se topan en la región.....	80
4.1. Percepción de la pobreza.....	80
4.2. Cuerpos blancos, cuerpos negros.....	86
5. Los niños se acercan.....	93
CAPÍTULO III – Consumo de patrimonios afrocolombianos, emberas y paisas.....	100
1. Gastronomía y alimentación.....	100
2. Arte.....	104
3. Artesanías.....	108
4. Productos.....	112
5. Vivienda.....	113
6. Decoración externa.....	114
7. Tecnologías.....	115
8. Alabaos.....	116
TERCERA PARTE.....	122
CONCLUSIONES.....	122

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS.....	127
ANEXOS.....	128
BIBLIOGRAFÍA.....	130

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a quienes hicieron posible el presente trabajo. En primer lugar a mis padres y familiares quienes fueron soporte fundamental durante todo mi pregrado. Luego a mis compañeros Diego Plazas y Alfonso Castro con los que a la par me he ido formando como antropólogo, y a mis amigos scouts con quienes he vivido pequeños y grandes momentos.

No puedo olvidar a quienes me acogieron durante mi trabajo en terreno, especialmente a Rosa Inés Noriega y Edgar Bautista, Wigberto y Jorge Humberto Trujillo, Carmelina, Mérlin, Doña Orfa, Múngalo y a Martha, José, Salustiano, Felicidad, Luz, Ricardo, Rocío, Andrés, Esperanza, Ákona, Amanda, Guillermo, Claudia, Cristina, Miguel, Alejandro, Gabriel, Ana Lucía, Mónica y Tatiana, los turistas con quienes compartí ratos amenos en Villa Ekarí.

Finalmente a mi profesor y maestro Jaime Arocha Rodríguez. Ejemplo y modelo de antropólogo, quien ha sido mi más firme referente y apoyo en el transcurso de este trabajo.

A todos ellos, gracias.

Dedicatoria

*A Isabel y Francisco, Esther y Julio; padres y
abuelos a quienes debo gran parte de lo que soy
como ser humano.*

Medellín, junio de 2006.

PRIMERA PARTE



1. Auxiliar de lancha a motor

1. Introducción

Este trabajo se refiere a la investigación que realicé sobre antropología del turismo en el Litoral del Pacífico Colombiano. Dentro de lo que denominé el “eje Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano”¹, (Ver mapas anexos) estudié las relaciones entre turistas, habitantes locales ancestrales y habitantes locales recientes.

Los “locales ancestrales” habitan en la región de manera permanente, allí sostienen vínculos familiares, comunitarios y sociales y cuyos antepasados yacen en los cementerios del área, incluyendo a descendientes de afrocolombianos o de indígenas y, en el caso de Bahía Solano, a mestizos familiares de los colonos que llegaron hace más de cuatro decenios.

Los “locales recientes” también habitan en la región de manera permanente, sostienen allí vínculos familiares y sociales, pero sus padres o abuelos son “del interior”,

¹ Distancia de 60 kilómetros del litoral chocoano dentro de los cuales, si se trazara una línea imaginaria se podrían unir: Nuquí, Utría, El Valle y Bahía Solano, los cuales incluyen áreas tan importantes y reconocidas como el golfo de Tribugá y el Parque Nacional Natural Utría con su famosa ensenada.

incluyendo a antioqueños, risaraldenses, caldenses, y gente de otros departamentos de la región andina y la costa caribeña.

Me valí de las herramientas etnográficas y de mi experiencia personal como turista y scout² para observar las interacciones entre los tres grupos de actores de mi estudio.

Durante el trabajo de campo hice un registro de aquellos patrimonios pertenecientes a los locales ancestrales y a los locales recientes que se encuentran al servicio de los turistas.

En terreno hice observación directa y participante, durante la “temporada alta” entre diciembre de 2005 y enero de 2006. Otros momentos de máxima afluencia de turistas son la semana santa, y los meses de julio a septiembre.

Los resultados de este trabajo contribuyen a fortalecer los estudios referentes a la población afrodescendiente de nuestro país y a la antropología del turismo con sus nuevas variables de ecoturismo y etnoturismo. También aspiro a que sean de utilidad para organizaciones de base y entidades locales que encuentran en el turismo una opción de desarrollo económico.

2. Descripción del proyecto

2.1 Planteamiento del problema de investigación y justificación

El Chocó biogeográfico (Leyva, 1993; Castaño, 1998) es reconocido, entre otras, por sus innumerables riquezas de fauna y flora, así como sus paisajes y reservas hídricas, auríferas (Colmenares, 1980), y maderables. Esta región, tradicionalmente atractiva para las economías extractivas, ahora cobra un valor importante para la creciente industria turística. De esta forma me referiré a las relaciones que se dan entre turistas, locales ancestrales y

² Scouts: Organización integrada por más de veintiséis millones de miembros alrededor del mundo cuyo principal objetivo consiste en aportar a la formación de los jóvenes en seis áreas de la personalidad, tales como la sociabilidad, el carácter, la espiritualidad, la corporalidad, la creatividad y la afectividad. Su propósito educativo se logra mediante el desarrollo de campamentos, caminatas, charlas, talleres, excursiones y visitas a sitios históricos y culturales en ámbitos naturales y urbanos de diversas ciudades y regiones del país. En el marco de la integración intercultural, también promueven la asistencia a encuentros internacionales conocidos como *Jamborees* y *Moots* (Oficina Scout Interamericana, 2001).

locales recientes y analizaré una serie de fenómenos, económicos, culturales, medioambientales y políticos que tienen lugar durante y a causa de la prestación de los servicios turísticos en estos territorios. El turista entra y sale de la zona con facilidad. Sin embargo, su presencia repercute en las dinámicas socioculturales de la región, porque se aventura en esos lugares para observar la naturaleza exuberante del Chocó biogeográfico, descansar, degustar la gastronomía del Pacífico, escuchar música local e importada y en todo momento, ¿por qué no?, “dejarse atender” de “los negros” que pueblan esta región ¿Se recreará una especie de “servilismo” como en la época de la colonia?

Aparecen entonces algunos cuestionamientos acerca de la clase de relaciones que se dan entre los turistas y los locales ancestrales, entre locales ancestrales y locales recientes y entre estos y los turistas. Todo lo anterior teniendo en cuenta las transacciones comerciales, la prestación de servicios, compra y venta de productos importados y hechos en la región, consumo de tecnologías y saberes³ propios de la cultura afrochocoana y de aquellos que se han incorporado a la localidad en los últimos años, entre otros. Lo anterior da pie para preguntarse acerca de los patrimonios ancestrales y de los locales recientes que están al servicio de los turistas. En ambos casos distingo aquello tradicionalmente propio de la cultura local, de aquello importado que es puesto al servicio de los visitantes y los locales, tanto paisas como afrocolombianos y emberas.

Los turistas no sólo consumen servicios y productos, sino se convierten en agentes de cambio por las tecnologías y saberes que introducen, así como las modas que aportan y repercuten sobre la población receptora (Augé, 1998: 15). Como esta, además, debe satisfacer las expectativas del viajero, los impactos del turismo sobre la sociedad local pueden ser profundos, conforme me propuse (Augé, 1998).

³ Estos “saberes” ahora se conocen como patrimonios inmateriales o patrimonios intangibles.

La zona a la cual me referiré incluye el Parque Nacional Natural Utría (Gast, Mejía y Moreno, 1994; Leyva, 1993; Castaño y Esguerra, 1998) y los territorios que hoy son de carácter colectivo, gracias a la Ley 70 de 1993 o de “negritudes, la cual ampara los derechos étnicos territoriales, culturales y políticos de los afrocolombianos.

En este orden de ideas, para la población local, ¿constituirá el turismo una opción importante de subsistencia? ¿en qué punto de desarrollo se encuentra el turismo en aquella región? Me interesó saber cómo los turistas desarrollan su actividad, incluyendo la manera como se aproximan e interactúan con esos territorios y su gente. Por tal razón, traté de abordar al turista de forma más directa ya que por lo general los estudios etnográficos se centran en los locales, las minorías étnicas y grupos no dominantes, olvidando o prestando poca importancia a la visión y pensamiento de quienes introducen los cambios o afectan las culturas ancestrales (Augé, 1998: 24; Stronza, 2001).

Por medio de sus distintos métodos de aproximación y estudio de comunidades vivas, la antropología se acerca a problemáticas actuales que ocurren en distintos sectores del país, analizar lo que sucede allí y entregar estudios que ilustren las necesidades y dificultades por las cuales atraviesan. En este sentido, y aunque no hace parte de mi estudio, quiero indicar que, por más de una década, las sociedades afrocolombianas del Pacífico sufren la violación sistemática de su territorio a causa de los grupos paramilitares que operan en esta vasta zona, desplazando de manera forzada y masiva a miles de personas que actualmente nutren los enormes cinturones de miseria de las principales ciudades del país (Sánchez, 2004). Esta gran daño social, difícilmente redimible, fractura lazos de parentesco y vecindad, economías tradicionales, manifestaciones artísticas y toda clase de patrimonios que se han fraguado y mantenido gracias al significativo esfuerzo de muchas generaciones que desde hace siglos luchan por la subsistencia de su etnicidad y todo lo que esta implica. Superaron el viaje sin regreso de su natal África, aguantaron los

tratos inhumanos de la esclavitud, sobrevivieron a las inclemencias de los agrestes ecosistemas en donde se tuvieron que esconder y reinventar un nuevo estilo de vida (Arocha, 2004: 633; Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 34) y han soportado el racismo, el clasismo y el aislamiento al cual han sido sometidas por las clases blancas y mestizas que desde la colonia ostentan el poder. Ahora, cuando por fin se vislumbraba una luz de reivindicación mediante el reconocimiento legal de las tierras que han ocupado desde hace varios siglos a través de la Ley 70 de 1993 (Arocha, 2004: 635), se ven enfrentadas a un nuevo episodio del cual pocos se atreven a hablar. Los gobiernos centrales vuelven a darles la espalda a estos colombianos, cierran sus ojos y sus oídos a estas personas que a punta de fusil deben dejar sus posesiones ancestrales para que, después de *la limpieza étnica* (Almario, 2004: 644) ejercida por los grupos armados, lleguen los nuevos dueños de esas tierras, terratenientes que arrasarán con la vegetación y con la historia de sus antiguos residentes para sembrar inimaginables extensiones de coca, pastos y palma africana para seguir lucrándose, aumentando su capital y poder nutrir sus ejércitos particulares. *“Las máquinas de guerra no sólo están detrás de los abundantes recursos auríferos, forestales hídricos genéticos y marítimos, sino de áreas para expandir monocultivos lícitos de pastos o palma africana e ilícitos de coca”* (Arocha, 2004: 639).

Sin duda, el eje Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano, es importante en el desarrollo del turismo del Litoral Pacífico y repercute en las relaciones socioeconómicas de quienes habitan dicha región (Santana, 1997). Estos territorios a la vez han sufrido procesos de violencia y desplazamiento (véase Almario, 2004: 654-656⁴; Rosero 2002; y Sánchez, 2004), incluso de corte gubernamental como cuando los grupos afrocolombianos tuvieron que abandonar los predios de lo que ahora es el Parque Nacional Utría y desplazarse hacia los

⁴ Almario presenta en su texto un resumen de las cifras de desplazamientos forzados en litoral Pacífico a partir de fuentes como: Red de Solidaridad Social, Codhes (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento) y la Pastoral Social de la Iglesia Católica.

límites de éste para dejar todo el espacio libre a grupos indígenas con quienes cohabitaban en el pasado. Pensemos ahora en la guerra y en la larga cadena de enfrentamientos entre grupos armados que se disputan el poder de tierras y de circulación por zonas estratégicas para la operación de negocios ilícitos (Almario, 2004: 653). El turismo puede ser una alternativa a estas dificultades, una opción de sostenimiento económico para las comunidades afectadas. No obstante, el turismo involucra los territorios y su gente y con ésta sus tecnologías, saberes, tradiciones y toda clase de usos culturales que se mezclan y se fusionan con aquellos importados de diversas partes lo que hace de esta actividad algo complejo y digno de estudiar.

Ahora veamos lo que sucede con el turismo en el marco institucional del actual gobierno y su relación con la denominada “seguridad democrática”. Según el Ministerio de Defensa el objetivo general esa política es:

Reforzar y garantizar el Estado de Derecho en todo el territorio, mediante el fortalecimiento de la autoridad democrática: del libre ejercicio de la autoridad de las instituciones, del imperio de la ley y de la participación activa de los ciudadanos en los asuntos de interés común.

(<http://alpha.mindefensa.gov.co>)

Entre tanto, el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo indica que *Vive Colombia, viaja por ella*, fue el nombre seleccionado para la campaña que tiene como objetivo la promoción del turismo doméstico como parte de la política de seguridad democrática planteada por el gobierno de Uribe Vélez. Su amplia difusión en prensa, radio, televisión, vallas e Internet se ha dirigido a los estratos 3, 4, 5 y 6 de las principales ciudades del país. Para su puesta en marcha se activaron las “caravanas turísticas” para que los viajeros se desplazaran con confianza por las carreteras del país en temporada de vacaciones. También se incluyeron “caravanas aéreas” con el fin de acoger dentro de los destinos, regiones a las que es imposible llegar por vía terrestre. Así, y con el apoyo de las principales aerolíneas del país,

de las agencias de viajes y de los establecimientos de alojamiento y hospedaje, las caravanas aéreas volaron a San Andrés, Providencia, Nuquí y Bahía Solano. La activación de dichas caravanas contó con el apoyo de los Ministerios de Defensa Nacional y de Transporte, de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional. Según el presidente Uribe, con esa iniciativa se pretende “*recuperar la confianza y reactivar el comercio interno del país, en momentos en que la Nación vive una situación financiera muy difícil.*” (<http://www.mincomercio.gov.co>).

Lo que pretende mostrarse como una robusta campaña de fortalecimiento turístico a nivel nacional contrasta con el deficiente desarrollo del turismo en regiones como el eje Nuquí-Utría-El Valle- Bahía Solano (ver en este trabajo el Capítulo I – El turismo en la región-). Adicionalmente, el gobierno nacional planteó la construcción de 500 “posadas nativas”, es decir, casas para lugareños que puedan acoger a un reducido número de turistas. Los lugares en donde se ha adelantado el proyecto son: La Guajira, San Andrés, Providencia, Nuquí y Bahía Solano. La antropóloga Mauela Urrego en su estudio sobre turismo en la Guajira nos muestra cómo esta iniciativa del gobierno ha tenido una serie de inconsistencias, entre ellas: Las casas son muy pequeñas lo cual impide alojar a más de tres visitantes, no se contempló la adecuación al interior de las viviendas, la construcción se hizo con diseños distintos a los planteados inicialmente, los materiales eran de baja calidad y el monto que tuvieron que pagar los locales fue superior al estipulado al principio. (Urrego, 2005: 87-92).

En un mundo donde todo va a grandes velocidades, donde todo está al servicio de quien pueda comprar y consumir, en donde las comunidades son transformadas en sus usos y costumbres hasta tocar su esencia, en donde la pérdida de los valores comunitarios se hace cada vez más evidente, la antropología y estudios como el que llevé a cabo son importantes para aportar al país, recordándole al mismo que existen comunidades apartadas y bastante vulnerables que sufren los embates de la violencia y de la economía capitalista.

Este trabajo aporta a los estudios que la academia adelanta sobre las comunidades afrocolombianas y también sobre los efectos del turismo, ecoturismo y el ahora denominado etnoturismo, que según Urrego, “(...) *es una modalidad que convierte a la etnicidad de un pueblo en mercancía consumible para quienes lo visiten*” (Urrego, 2005: 1). En su estudio sobre el turismo en la Guajira, más exactamente en territorios Wayuu, Urrego introduce alguna problemáticas que observó durante su estadía. Uno de los principales aportes consiste en identificar y describir cómo el patrimonio intangible que presenta la danza de iniciación, conocida con el nombre de Yonna se transforma para ser comercializado y promocionado dentro de las llamadas “tardes de ranchería”, un paquete bastante apetecido por los turistas. Los indígenas terminan por sacar la danza ritual de su contexto original, la modifican y adaptan para el goce de aquellos visitantes que compran la excursión. Ese esfuerzo me impulsó a observar durante mi estadía en terreno, aquellos patrimonios afrocolombianos dispuestos explícita o implícitamente para el consumo turístico.

2.2 Generalidades Metodológicas

Mi investigación involucró cuatro fases (Aguirre, 1997: 6-15)

- Demarcación del campo, cuando establecí los objetivos del estudio y las comunidades con las cuales trabajé. Hice una revisión bibliográfica preliminar y redacté el proyecto.
- Preparación y documentación, cuando continué y amplié la revisión bibliográfica. Obtuve información práctica del lugar donde hice el trabajo de campo y coordiné los detalles logísticos y administrativos para el desplazamiento a dicho lugar.
- Trabajo de campo el cual incluyó la llegada y acomodación, valoración general del lugar, introducción a los hábitos y costumbres del lugar y toda la recolección de datos por

medio de las técnicas etnográficas tradicionales (observación y entrevistas). La parte final de esta fase fue la despedida y el cierre del trabajo de campo.⁵

- Elaboración del producto, fue la fase en la que organicé y analicé el material recogido, llevé a cabo la última parte de la revisión bibliográfica con el objetivo de enriquecer, ampliar, comprender, comparar y soportar muchos de los datos de campo. Elegí el tipo de monografía según la orientación de la investigación y procedí a su redacción.

Nota: Quiero indicar que aunque las fases son secuenciales, éstas se superpusieron según el desarrollo de algunas actividades.

2.2.1. Demarcación del campo

Moldear el objeto de estudio toma tiempo y se va modificando a medida que uno va encontrando nuevos datos en las bibliografías de apoyo y en las asesorías tutoriales (Bourdieu, 1997: 169). Al inicio de este proceso tan solo tenía por seguro el que mi trabajo de grado estaría ligado a la población afrocolombiana. Luego resolví que haría un trabajo dentro de la antropología del turismo (Santana, 1997). El lugar donde lo llevaría a cabo sería lo que a lo largo del presente documento he llamado el eje Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano, una zona que acoge una gran actividad turística y en donde cohabitan locales ancestrales y locales recientes. Mi objeto de estudio consiste en las relaciones entre éstos y los turistas.

Para llegar a esta delimitación e iniciar o profundizar en los estudios del Chocó biogeográfico, la población afrocolombiana y sus problemáticas, el turismo y la antropología del turismo, examiné la bibliografía relacionada a lo largo de este texto y

⁵ Aguirre incluye una quinta fase antes de la “elaboración del producto” llamada “conclusión”, correspondiente a lo que él denomina “elaboración de la ruptura” y “abandono del trabajo de campo”. Lo anterior se debe a que el autor asume extensos periodos de trabajo en terreno, por lo general superiores a un año, lo que no aplica en mi caso particular. Por tanto, incluí estos aspectos al final de la fase denominada “trabajo de campo”.

aquella que incluyo al final como “otra bibliografía consultada”. Aparte de ello sostuve reuniones semanales con mi tutor de trabajo de grado quien me suministraba nuevos títulos e iba despejando las dudas que motivaban las lecturas realizadas. También fue muy útil la información que me suministraron los funcionarios de la Unidad Administrativa Especial del Sistema de Parques Nacionales Naturales. Si bien es cierto que para orientar mi desplazamiento al terreno inicié correspondencia electrónica con algunos operadores turísticos de Nuquí y Bahía Solano, ese intercambio también produjo datos que incluyo en el presente trabajo.

Para la estructuración y redacción del anteproyecto me apoyé en el modelo para la presentación de proyectos de Colciencias y en una serie de textos de métodos y técnicas etnográficas y teorías de la investigación (Aguirre, 1995; Anguera, 1992; Blanchet, 1989; Bunge, 1989). Los aportes y correcciones de mi tutor fueron fundamentales para adelantar la parte inicial de mi investigación.

2.2.2 Preparación y documentación

Para el desarrollo de esta fase tuve en cuenta los consejos del profesor Jaime Arocha y mi amigo scout Néstor Iván Rodríguez quienes conocen la zona. Ellos me hablaron de sus percepciones personales y de las condiciones climáticas, de las costumbres locales y de algunas situaciones políticas y económicas de la región. Registré gran parte de esa información en mi libreta y grabadora y luego la aproveché para ingresar al terreno y más adelante para redactar este trabajo final. Otro medio de acopio fue el Sistema de Parques Nacionales Naturales, tanto lo que obtuve por parte de sus funcionarios como de su centro de documentación y su página *web*, donde aparecen aspectos climáticos, humanos, biogeográficos y políticos. El operador turístico Edgar Bautista fue mi anfitrión en Nuquí. Con él y su esposa contraté un “paquete turístico”, gracias al cual compartí el alojamiento, las comidas y los paseos con otros turistas que se encontraban allí en las fechas previstas.

En Bahía Solano recibí la valiosa ayuda de Jorge y Wigberto Trujillo, familiares de un amigo de mi padre, descendientes de colonos que llegaron a la región en el decenio de 1950. Finalmente, mi experiencia como viajero repercutió también en mi preparación. Aunque nunca había estado en aquella región, con respecto a la adaptación al clima húmedo tropical y quizás para algunos aspectos socioculturales, me fue útil, el haber visitado en varias oportunidades Buenaventura, Málaga, La Bocana y Tumaco, todos ellos en el mismo corredor del Pacífico. También conté con el equipo y vestuario adecuado para pasar allí la temporada prevista. Desde lo psicológico también me sentía preparado para asumir mi estadía en el Chocó. Este aspecto, aunque a veces subestimado, cobra gran importancia debido a las difíciles condiciones a las que se enfrenta uno durante la estadía en terreno, por ejemplo el cambio de comida, el clima, la soledad y la adaptación rápida a circunstancias imprevistas (Aguirre, 1997: 6-15).

2.2.3 Trabajo de campo

Al terreno lo considero como la parte central del proyecto, debido a que durante esa etapa recogí la mayoría de los insumos para la elaboración del presente texto. El trabajo de campo generó en mí una experiencia única; el haber estado allí y el haber visto las cosas sobre el terreno también legitimó la información que obtuve y, de este modo, realicé mi rito de paso antropológico para ser aceptado en la comunidad de mis colegas (Barley, 1989: 18).

Estuve sólo un mes ininterrumpido en la región de estudio y no tuve la oportunidad de hacer una segunda visita. Mis desplazamientos fueron únicamente por corregimientos y cabeceras municipales. Todo lo anterior explica las limitaciones a las que me vi enfrentado durante la elaboración de este documento. Hay muchos datos que podrían ampliarse de manera significativa si hubiese podido permanecer más tiempo en la región o si hubiese retornado más adelante. Una última acotación refiere a mi doble papel en terreno:

observador y turista; el primero influenciado por la academia y mi historia profesional y el segundo por mi cultura y mi experiencia personal.

Me valí de cada lugar donde me hospedaba para organizar mis horarios y actividades, incluyendo: tiempos en la playa, visitas a sitios de interés (manglares, ensenadas, ríos, playas, iglesia, zonas comerciales, discotecas y bares⁶, entre otros), contacto con organizaciones locales, recogida de datos y organización de los mismos, e interacción con turistas, locales recientes y locales ancestrales.

La observación científica que “puede caracterizarse como una percepción intencionada e ilustrada” (Bunge, 1989: 727), o como la trayectoria de elaboración de un saber para describir y comprender acontecimientos (Massonat: 1989: 28), es el método más antiguo y el más usado hasta nuestros días para la recolección de datos (Anguera, 1992: 19), a través del cual recogí la mayor parte de mis datos de campo. Así traté de registrar de manera precisa y sistemática las actividades a las que se dedican los turistas y locales, y las relaciones que se producen entre ellos (Blanchet, 1989: 15). Esta técnica la apliqué de manera participante y directa según los objetivos de la investigación (Anguera, 1992: 21).

La observación participante goza de gran reconocimiento en el medio antropológico y es la base metodológica de las etnografías clásicas (Malinowski, 1986). Sin embargo, esta práctica implica ciertas dificultades cuando el antropólogo intenta desarrollar actividades específicas que normalmente hacen los locales. No obstante, mi observación participante tuvo lugar en aquellos espacios donde asumí mi rol como turista, por ejemplo en mis averiguaciones de los paquetes turísticos, en la playa y en los paseos organizados exclusivamente para los visitantes.

⁶ Barley hace mención a los bares como aquellos lugares donde pueden analizarse muchos aspectos culturales y de la región en general debido a que en ellos se encuentran los habitantes locales y los forasteros bajo ciertas condiciones de igualdad (Barley, 1989:51).

Cuando no podía asumir un papel en la actividad específica, hice uso de la observación directa. Ésta me ubicaba en un lugar mucho más pasivo pero no por ello menos rico para la recolección de datos (Bunge, 1989: 742).

En calidad de “eventos de habla”, las entrevistas permiten que “*una persona A [obtenga] información de una persona B, información que se hallaba contenida en la biografía de B*” (Labor y Fanshel, 1977, citados por Blanchet, 1989: 88). Opté por las entrevistas semiestructuradas por que éstas me permitían abordar los temas de interés en un clima favorable y relajado, muy propio del turismo de playa, sin perder el control de las preguntas ni el orden de la información que pretendía recoger. Y, aunque no lo había planeado, también realicé entrevistas no estructuradas que surgieron espontáneamente y que, gracias a mi grabadora, pude registrar introduciendo algunas preguntas o inquietudes que mantenían el ritmo de la entrevista dentro del tema que me interesaba. Las entrevistas fueron aplicadas a personas que me proveyeron algún tipo de servicio durante mi estadía y a turistas con quienes compartí el hospedaje y alguna actividad programada por nuestro operador turístico. Una de estas últimas la apliqué a la misma persona pregunta por pregunta y en tiempos espaciados.

Seguí algunos consejos prácticos planteados por Aguirre, como dejar en claro el porqué de la investigación, explicar porqué es pertinente aquel entrevistado, crear un clima favorable de tranquilidad y respeto, escuchar sin cortar el discurso del interlocutor, controlar el ritmo, introducir las preguntas convenientemente, adecuarse al registro lingüístico del entrevistado y no utilizar un lenguaje técnico (Aguirre, 1997: 172-173).

Durante el trabajo de campo hice registros escritos en dos formatos distintos: a) libreta pequeña de bolsillo, utilizada para apuntes rápidos y casuales que servían luego para recordar datos importantes; y b) cuaderno para diario de campo, en donde anoté sucesos y detalles de manera más elaborada, inclusive aquellas que no se encontraban en mi objeto de

estudio. Hice también registro de audio en dos vías: a) Entrevistas semiestructuradas y no estructuradas; y b) grabaciones ocasionales para registrar voces y mensajes de turistas y locales, reflexiones en terreno, direcciones, nombres y música, todos estos me fueron útiles para complementar mi diario de campo.

Distribuí mi estadía en terreno de la siguiente forma: 18 días en Nuquí y sus alrededores, 8 días en Bahía Solano y 2 más en El Valle⁷, que son los lugares más importantes para el desarrollo del turismo en la región.

Para el cierre de mi trabajo de campo tuve en cuenta el haber saldado todas mis cuentas económicas, traer conmigo datos y direcciones para eventuales contactos futuros y haber sido claro en mi despedida y abandono de la zona.

2.2.4. Elaboración del trabajo final

En esta fase final organicé y analicé el material recogido e hice una última revisión bibliográfica con el objetivo de enriquecer, ampliar, comprender, comparar y soportar varios de los datos de campo. Después redacté este trabajo a partir de la idea de Bourdieu referente a que esta última fase se vuelve una actividad literaria e interpretativa (Bourdieu, 2003: 54).

3. La región de estudio y mis anfitriones

Las siguientes páginas tienen como objetivo ubicar al lector en el escenario de este estudio y en los lugares donde llevé a cabo mi trabajo de campo, incluyendo municipios, corregimientos y sitios de hospedaje. Hablaré también de mis anfitriones y de algunas personas que luego aparecerán en los relatos que componen este documento.

La geografía de la región presenta varias de las grandes unidades fisiográficas del Chocó biogeográfico, como a) formas submarinas y de litoral, b) formas aluviales y c)

⁷ No obstante el aeropuerto se encuentra en Bahía Solano, El Valle es un corregimiento donde se concentra un buen número de hoteles. Allí también se organizan los paseos a la Ensenada de Utría. En ese corregimiento se encuentra la oficina de Parques Nacionales.

colinas y serranías. L.R. Holdridge utiliza el concepto “zonas de vida” para clasificar los distintos ecosistemas presentes en el mundo. Según su teoría, nuestro escenario de trabajo está ubicado en la “zona de vida” denominada “bosque pluvial tropical” (Holdridge, citado por Trujillo, 2001: 4-5), la cual se caracteriza por tener un clima con abundantes lluvias y precipitación anual mayor a 5.000 m.m., con más de 260 días lluviosos al año y humedad relativa de más del 90%, con una temperatura media de 25° C., nubosidad alta y luminosidad de 1.200 horas/año (Trujillo, 2001: 4). Aunque bastante técnicos, los datos anteriores son importantes para imaginar un territorio sujeto a unas condiciones extremas a las cuales se han tenido que adaptar las comunidades que residen allí desde hace siglos. Lo anterior justifica las palabras que Trujillo consigna en su estudio: *“la región presenta una integración casi nula con el resto del país y con el interior del Departamento [Chocó]. Sólo se logra a través de la vía aérea con Bahía Solano y Nuquí y a través de la vía marítima”* (Trujillo, 2001: 5).

Indígenas y afrocolombianos han tenido que sortear todas las inclemencias del clima y la naturaleza, acomodándose lo mejor posible para el uso del territorio. Con el paso del tiempo estos pueblos dieron origen a unos sistemas tradicionales de producción que aún existen en la zona y cuyas características más sobresalientes incluyen el máximo aprovechamiento del suelo del bosque por medio de la rotación de terrenos y de prácticas agroforestales, uso de formas de cooperación para facilitar las labores como por ejemplo la minga y la mano *cambiá*, y escaso excedente comerciable. Durante los últimos años, el narcotráfico y los grupos armados que han optado por integrar esa región a sus estrategias de control territorial y económico amenazan esos sistemas tradicionales (véase Almario, 2004; Rosero, 2002; Villa, 2004).

3.1 Nuquí

A Nuquí lo fundó Juan Castro en 1917 y en 1921 fue elevado a la categoría de municipio. Debe su nombre a sus primeros habitantes: los nuquies, grupo indígena

descendiente de los baudoes. Su cabecera municipal está localizada a los 5° 42' 45" de latitud norte y 77° 16' 15" de longitud oeste. Está emplazada a 5 metros sobre el nivel del mar y su temperatura media es de 26° C. La precipitación media anual es de 5.250 m.m. El área municipal es de 1.033 kilómetros cuadrados, limitando al norte con Bahía Solano y Bojayá, por el oeste con Alto Baudó, por el sur con Bajo Baudó y al este con el Océano Pacífico. Está enmarcado por la serranía del Baudó en donde nacen varios ríos en cuyas cabeceras se asientan varias comunidades embera, mientras en sus bocas o desembocaduras se emplazan poblados afrocolombianos, incluida su propia cabecera municipal (Camacho, 1999: 110). Por ejemplo, el río Panguí acoge en su cabecera la comunidad indígena Río Panguí y ya en su tramo final se encuentra el corregimiento Panguí, poblado por afrodescendientes. Lo mismo sucede con los ríos Arusí, Nuquí y Coquí. En total son 8 corregimientos y cinco comunidades indígenas; las primeras corresponden a población afrocolombiana mientras las segundas acogen a grupos embera. En la cabecera municipal hay 3.130 personas y 3.873 en el área rural. Sus principales actividades económicas son la agricultura, la pesca, el aprovechamiento agroforestal y el turismo.

En la cabecera municipal hay algunos pobladores mestizos denominados localmente "paisas", pero la mayoría de sus habitantes son afrocolombianos. Hay un aeropuerto para avionetas, una calle pavimentada, una escuela, una iglesia católica, una estación de policía, un parque, una cancha de fútbol con graderías laterales, una base de la Infantería de Marina, un puerto para embarcaciones de calado menor, una gran planta eléctrica, una oficina del SIN (Sistema Inmediato Nacional)⁸, varios hoteles, discotecas, panaderías y tiendas de abastecimiento.

⁸ El Sistema Inmediato Nacional es una entidad presente en la mayoría de pueblos del Chocó. Su función es tramitar giros de dinero entre estas zonas apartadas y los principales centros del país. Nuquí no cuenta con ninguna entidad bancaria debido al tamaño de su población y su débil economía.

Por su parte el Hostal Villa Ekarí, donde pasé casi la mitad del tiempo que destiné para mi trabajo de campo, pertenece a Edgar Bautista, un profesor de física recién jubilado de la Universidad Nacional de Colombia quien hace más de veinte años llegó a Nuquí. Fascinado con sus paisajes y el sosiego que puede brindar la vida en este pueblo costero, decidió comprar un terreno donde, con el paso de los años, ha construido un par de casas y organizado todo lo que se observa hoy en día. Sus hijos y su compañera Rosa Inés también han hecho parte de esta empresa familiar. Por muchos años fue la casa de “veraneo” de la familia y durante las vacaciones combinaban el descanso y la playa con el trabajo para proporcionarle mejoras a la finca. Desde hace un par de años vieron la posibilidad de recibir turistas en las temporadas altas. Ahora que ambos se jubilaron están impulsando su negocio con mayor determinación. Lo particular del lugar es la atención que Edgar y Rosa Inés o Rosita, le proporcionan a cada turista. Su interés por que cada visitante se sienta acogido es total, como se evidencia en la limpieza del lugar, la disposición permanente de bebidas y fruta, la excelente comida que preparan, los paseos y excursiones que programan para los grupos, la solución de cualquier inquietud o necesidad, el acompañamiento y las amenas charlas que ofrecen en todo momento. Noté que Edgar y Rosita disfrutaban mucho de sus visitantes. Es un negocio que además les permite tener contacto con diferentes personas, obtener algunos recursos económicos y también disfrutar de los escenarios naturales que tanto aprecian. Como ambos hicieron su vida laboral en la Universidad Nacional, no es de extrañar que la mayoría de sus visitantes tengan algún vínculo con ésta. Quienes nos encontrábamos allá por ese entonces, habíamos recibido una invitación general que ellos divulgaron mediante el correo “*unal.edu.co*”, en cuyo mensaje había una dirección que conectaba directamente con un par de sitios en la Internet donde aparecía desplegada toda la información de Villa Ekarí, incluyendo una explicación de los paquetes turísticos, fotografías ilustrativas, consejos prácticos para la estadía y los datos de contacto

con los promotores turísticos “Edgar y Rosa Inés” como iban firmados todos los mensajes electrónicos que nos enviaban en el transcurso de los trámites previos al viaje. La planta física de Villa Ekarí incluye una gran casa de tres pisos cuyos cimientos son de concreto pero sus paredes, barandas, pisos y columnas son de madera cubierta de ACPM para protegerla de los insectos y las inclemencias del clima. En el primer piso hay bodegas destinadas a almacenar todos los equipos que se necesitan en el complejo; en el segundo piso funciona la cocina, el comedor que hace las veces de sala o zona social y un par de cuartos; finalmente en el tercer piso hay tres habitaciones y una pequeña sala donde cuelgan hamacas. Las áreas sociales no tienen paredes sino barandas de madera, lo cual le da un toque acorde a la ubicación de la casa y permite que corra la brisa marina. En Nuquí tan sólo la cabecera municipal cuenta con 6 horas diarias de energía eléctrica pero Villa Ekarí, por encontrarse en Playa Olímpica, debe abastecerse mediante una vieja planta eléctrica que funciona con ACPM. No obstante, hace un tiempo adquirieron unos paneles solares para iluminar la casa en la hora de la comida.



Los jardines que circundan la casa están bien cuidados y alternan las plantas ornamentales con árboles frutales. Hay sembradas, entre muchas especies, palmas de plátano y de coco, piña, limones, naranja, lluvia de oro y palmas de cristo, las cuales tienen un importante valor simbólico para los afrochocoanos, quienes las plantan sobre las tumbas de sus

muertos. No obstante, los Bautista no tenían mucha claridad sobre esta tradición, pese a que su finca se encuentra junto al cementerio local en donde esta especie si ha sido sembrada según su significado tradicional.



3. Palma de Cristo

Hay un corral donde crían algunas aves para el consumo doméstico. La casa está comunicada con un estero que sirve de embarcadero; de allí parten en canoa de remo o lancha de motor hacia el pueblo o el mar. Los esteros son aquellas áreas inundadas por el mar y algunas aguas dulces. Su condición los convierte en importantes ecosistemas, primordiales para la reproducción de especies que aprovechan la baja salinidad y las suaves corrientes para desovar. Estas son zonas ricas en distintas especies de mangle, planta que ayuda a fijar el terreno a través de sus largas y tenaces raíces.

Hay otra casa mucho más modesta que fue construida según los cánones de la arquitectura local. Cuenta con dos habitaciones y una enramada donde está el fogón de leña y la letrina. Esta es la residencia de José y Esilda una pareja de esposos que cuidan la finca desde hace un par de años. Aunque están casados hace casi veinte años no tienen hijos. La división de su trabajo es clara: Esilda se ocupa de cuidar las aves del corral, lava la ropa y

cocina todos los alimentos de ella y su marido. Por su parte, José pesca todos los días lo que comerán en la jornada, mantiene los jardines en buen estado y recoge la producción de cocoteros, piñales y naranjales; además va por víveres y combustible al pueblo y colabora con el traslado del motor y cualquier otra necesidad que se presente cuando hay visitantes. Esilda y José no trabajan los sábados por motivos religiosos, él precisamente es quien dirige el culto adventista en una pequeña comunidad de fieles nuquiseños. El que fueran oriundos de Tutunendo, un pueblo cercano a Quibdó, hizo que Edgar los contratara. Argumenta que es muy difícil trabajar con personas de Nuquí porque los lazos familiares y la cultura afrocolombiana aboga por una gran solidaridad entre parientes y personas cercanas, lo cual recaería en la pérdida de las cosechas de la finca y el deterioro de sus instalaciones en ausencia de los dueños. Rosita me decía que para los locales era “imposible” dejar de darles a sus familiares lo que estos solicitasen, así la propiedad fuera de otro, que los cuidanderos siempre asumen cierto grado de pertenencia por estar custodiando la casa. Mis anfitriones estaban muy contentos con la vinculación de José porque no ingería ninguna clase de licor, ni tenía hijos, ni grandes parentelas cercanas, era completamente honrado, muy trabajador, responsable, no era mujeriego ni jugador, no era agresivo con su esposa y tenía un espíritu de servicio bien desarrollado. Estas condiciones eran, en palabras de Rosita y Edgar, “muy difíciles de encontrar en los hombres nuquiseños y de la región en general”.

Otra persona importante en Villa Ekarí es Carmelina, la encargada de la cocina y del arreglo general. Es una mujer de casi cincuenta años aunque luce más joven. Normalmente la acompañan dos o tres de sus cinco hijos. La contrataron por su responsabilidad para con el trabajo y sus conocimientos de la cocina local y del interior, condiciones muy favorables para cualquier lugar en la región que reciba turistas, ya que en los desayunos y cenas se

tiende a comer como en el interior⁹ y para los almuerzos se opta por comida de la región. Nacida en Nuquí, Carmelina había trabajado durante varios años en Cali así es que nos sorprendía con sus recetas vallunas y también con las recetas locales que incluían coco, pescado y mariscos. Su hijo mayor había terminado el servicio militar y ahora de regreso se encontraba cesante, la hija que le seguía era empleada doméstica en Ibagué. Por otra parte Mérlin, protagonista de uno de mis relatos en este trabajo, estaba terminando el colegio y en temporada de turistas acompañaba a su madre y se hacía cargo del lavado de la ropa de los turistas con lo cual ganaba un dinero para sí. Las dos últimas, menores de doce años, ayudaban esporádicamente con el barrido de los pisos y algunas tareas auxiliares en la cocina, aunque la mayor parte del tiempo se encontraban jugando. Rosita me explicaba que un ejemplo de las redes familiares y la solidaridad local se podía ver en el caso de Carmelina ya que ella y sus tres hijas tomaban todos los alimentos en Villa Ekarí y adicionalmente le llevaba comida a su hijo y su hermano, este último en contraprestación las recogía en su canoa para llevarlas de vuelta al pueblo donde se encontraba su casa. Rosita reconocía de Carmelina su buen desempeño laboral y, teniendo en cuenta que su empleada era cabeza de familia, accedía a que sus hijas la acompañasen y además que llevase comida a casa. Carmelina laboraba incansablemente en estas temporadas ya que el resto del año su trabajo se veía bastante limitado. En alguna oportunidad me comentó que aunque sus labores eran arduas, “ella ya sabía cómo era el trabajo con los paisas” y que a diferencia de muchos, “Don Edgar y Doña Rosita le pagaban muy bien por sus servicios”, esto era \$ 20.000 pesos por día, lo cual es dos o tres veces más de lo que le pagan a una mujer local por su trabajo en la cocina de un establecimiento turístico.

⁹ Por ejemplo, arepa o pan, café con leche o chocolate y huevos con jamón y queso. Para mayor información véase el aparte “gastronomía y alimentación” en el capítulo III de este trabajo.



4. Carmelina

El último de la lista en Villa Ekarí es Rigoberto, un joven embera de la comunidad Río Panguí quien se encontraba al servicio de los Bautista desde hace pocos meses. Su trabajo consistía en podar, rozar, cargar bultos y varias de las tareas más exigentes desde el punto de vista físico. Aunque yo notaba su trabajo diario, no era fácil percibirlo o interactuar con él. Creo que no le interesaba mucho aunque poco a poco logré captar su atención al punto de haber sido invitado a su comunidad para pasar un par de días.

Villa Ekarí me ofreció la oportunidad de sostener un contacto afectuoso con los tres grupos que hacen parte de mi objeto de estudio, es decir: “paisas” operadores de un negocio turístico, afrocolombianos involucrados con esta actividad y turistas consumidores de la riqueza cultural y natural de la región.

Durante los dos últimos días de mi estadía en campo, hubo dos personas que se convirtieron en mis anfitrionas. Doña Orfa y Múngalo son un par de amigas que rondan los sesenta años y que dada su amistad con la dueña del hotel La Nena, estaban pasando algunas noches en dicho lugar para cuidar del mismo. En ese hotel pasé mis dos últimas noches de mi estadía en terreno. Siendo yo el único huésped, Doña Orfa, en un gesto de solidaridad, decidió invitarme a su casa para que tomara las tres comidas diarias. Ya en la

noche nos trasladábamos al hotel en donde la conversación y el aguardiente Platino amenizaban nuestras veladas.

3.2 Bahía Solano

Este municipio, cuya cabecera municipal recibe el nombre de Ciudad Mutis, comprende una serie de corregimientos donde se lleva a cabo una destacada actividad turística como El Valle, Huina y Mecana. Bahía Solano está ubicado en la costa del Océano Pacífico a los 06° 13' 09" de latitud norte y 77° 24' 28" de longitud oeste. Su altura sobre el nivel del mar es de 5 metros, la temperatura media es de 26° C. y su precipitación media anual es de 4.982 m.m. El área municipal es de 976 kilómetros cuadrados, limitando al norte con Ríosucio y Juradó, por el este con Bojayá, por el sur con Nuquí y por el oeste con el Océano Pacífico. En 1935, durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo, se fundó Bahía Solano como una colonia agrícola la cual fue poblada por familias del interior del país, especialmente por personas procedentes del Valle del Cauca, Huila y Tolima quienes a su llegada no encontraron más que unas cuantas habitantes indígenas viviendo de forma dispersa (Trujillo, 2001).. Con la llegada de los primeros colonos vino la ganadería vacuna, caballos y mulas. También llegaron semillas de pasto arroz, plátano y frutas.

Los integrantes de las primeras generaciones eran colonos en el sentido auténtico de la palabra, labradores hacheros desmontando selva primaria o secundaria en tierras baldías nunca tituladas, inexploradas y legalmente disponibles, *desbrozando, monte*, con trabajo propio, actuando de manera espontánea y en forma independiente, ensanchando el país vital, y creando mediante su trabajo *abiertos, socolas, derrocas, rocerías, tallos, colinos, rozas o fincas* según la terminología del lugar; es decir instancias o mejoras con miras a la producción del abasto doméstico, y posesiones que conducían a la propiedad local.

(Mosquera, 1999: 67)

En las siguientes décadas el gobierno central acompañó la planificación y crecimiento de Bahía Solano. De ahí que su trazado urbanístico difiera de la gran mayoría de los municipios y asentamientos del Pacífico. En general su arquitectura, su gente, su economía y su cultura son el resultado de mezclas entre habitantes embera, afrocolombianos y

mestizos colonizadores. Esto hace de Ciudad Mutis un lugar distinto incluso de sus propios corregimientos que Bahía Solano administra, como por ejemplo Mecana y Huina que se ubican al norte y al sur respectivamente de Ciudad Mutis (los tres están sobre la costa de la Bahía de Solano¹⁰). El Valle que es otro de los corregimientos, en alguna época ostentó el título de municipio pero ahora rivaliza con Ciudad Mutis y no tienen un sentido de pertenencia con Bahía Solano. De hecho sus habitantes son llamados vallunos y no bahiasolanenses como correspondería políticamente. Su población mayoritariamente afrocolombiana lo hace más parecido a lugares como Nuquí. Desde el punto de vista étnico, Bahía Solano cuenta con Ciudad Mutis, “una amalgama de grupos”, corregimientos indígenas (emberas) y corregimientos afrocolombianos.

La actividad económica de Bahía Solano se fundamenta en el turismo, la pesca, la explotación forestal, la ganadería y la agricultura, siendo esta última apenas de subsistencia con productos de consumo local tales como el plátano, la yuca, el arroz y el maíz.

Al llegar a Ciudad Mutis me alojé unas cuantas noches en el Hotel Bahía y luego hice contacto con Wigberto Trujillo, el hermano de un amigo de mi padre. Wigberto y su hijo Jorge Humberto me acogieron de forma excepcional, aún sin conocerme, los primeros días me convidaban a comer en su casa y luego me ofrecieron hospedaje allí mismo; acepté gustoso, no hay nada mejor que conocer un lugar de la mano de gente local.

Los abuelos de Jorge, oriundos del Tolima, llegaron hace más de cinco décadas a Bahía Solano, les adjudicaron algo de tierra y en ciertos momentos recibieron algunas ayudas por parte del gobierno para que colonizaran esta región. En los años de mil novecientos cuarenta y cincuenta, a esta y a otras familias se les ofreció la oportunidad de crear una colonia agrícola en aquella zona “baldía” donde el “progreso” aún no había llegado. Hoy

¹⁰ Bahía Solano es el nombre del municipio que a su vez comparte su nombre con la Bahía sobre la cual se localiza parte de su territorio. En este texto me referiré a “Bahía Solano” como el municipio y a “la Bahía de Solano” como el accidente geográfico.

sus descendientes ostentan el poder socioeconómico de Bahía Solano. Algunos de ellos se han educado en ciudades del interior del país, como sucedió con Wigberto, quien se hizo agrónomo en una universidad caleña y es el gerente de la empresa de energía de Bahía Solano, un cargo de gran importancia en la región. Jorge Humberto, quien a sus 29 años ostenta el título de médico veterinario – zootecnista de la Universidad de Caldas, decidió volver a su pueblo natal para “impulsar la región” con sus conocimientos. Él se siente hijo de Bahía Solano pero gran parte de su vida académica la ha hecho en Quibdó, Palmira y Manizales. Jorge considera que ello le ha generado la posibilidad de tener una visión más amplia del mundo y, conociendo sus paisanos, aplicar estrategias de desarrollo acordes a la idiosincrasia de la región. Confieso que oírlo hablar era a veces desconcertante ya que su acento era completamente local pero sus palabras podrían ser las de un bogotano o un medellinense, su fenotipo era también mestizo y su indumentaria acorde a la región, su forma de pensamiento era una mezcla bastante particular entre un colono, un afrocolombiano y un ciudadano del interior del país. Este rico personaje fue quien me acompañó durante mi estadía en Ciudad Mutis y con él recorrí Mecana y Huina.

Otro lugar donde llevé a cabo mi observación etnográfica fue El Valle. Allí estuve un par de días y me hospedé en el hotel El Valle. No conté con ningún anfitrión así es que los detalles que consigne en páginas posteriores no incluirán nombres particulares.



5. Playa en El Valle

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El turismo en la región



6. Turistas

A partir del quinto decenio del siglo pasado, colonos venidos de distintas regiones del país comenzaron a transformar a Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano en un área para ejercer un turismo de playa (Mosquera, Pardo y Hoffmann, 2002: 17) muy distinto a otros de su género como los de San Andrés, Santa Marta con su Rodadero o Cartagena, donde hay una industria hotelera capaz de acoger toda clase de públicos, desde los jóvenes universitarios cargados con sus morrales, hasta los más exigentes visitantes extranjeros o nacionales que demandan servicios que tan sólo hoteles de cinco estrellas pueden satisfacer. Si establecemos una comparación entre esos lugares y el eje mencionado, vemos que este último tiene una incipiente capacidad de oferta. No obstante su condición, la zona resulta atractiva para las personas interesadas en “consumir” paisajes exóticos, así las condiciones del medio sean difíciles. Lo anterior no significa que los costos para acceder a esta región sean del todo económicos. Es decir, notaremos unas condiciones de desarrollo turísticas precarias que deben ser pagadas a costos equiparables a los llamados paquetes “con todo incluido” que los operarios ofrecen para destinos como el de las islas de San Andrés y Providencia.

La relación desventajosa entre costos y beneficios más que todo depende de los volúmenes que manejan los operarios. Los hoteles del Caribe pueden recibir de 100 a 400 personas sin mayor dificultad y, por lo tanto, contratar un personal fijo y otro temporal. Sus actividades de servicio se pueden especializar y los costos de operación bajan notablemente al comprar suministros y subcontratar servicios de apoyo en altos volúmenes. Entre tanto, los hostales más grandes de nuestra región podrán recibir hasta 35 turistas, lo cual implica que no es posible comprar insumos a granel, los cuales, por si fuera poco, hay que llevarlos desde Medellín o Buenaventura por vía aérea o marítima, con fletes muy elevados. Por su parte, la oferta turística no está bien organizada. No hay planes que integren a los operadores, ni agencias que orienten a los visitantes. La promoción de los destinos se limita a una página *web*, al conocimiento de los funcionarios del Ministerio del Medio Ambiente y a referencias de viva voz. En las ciudades grandes, tan sólo los hostales más organizados promueven los atractivos naturales, arman los paquetes y consiguen sus clientes. Con este procedimiento aseguran un reducido número de turistas para las temporadas altas, cuando los mismos propietarios llevan consigo las provisiones, pero para el resto del año cancelan sus vínculos con las demás partes del gremio y la población en general. Inclusive, los propietarios regresan a Bogotá o Medellín, donde viven, dejando al eje sin el circulante necesario para adquirir víveres. Así, se reproduce el círculo vicioso: “como los víveres son escasos o tan costosos en la región hay que importarlos... como el consumo de productos es bajo, los costos aumentan”.

Este panorama da una idea de la clase de turistas que frecuenta la región: parejas o familias de clase media, o media-alta, dispuestas a aventurarse, con tal de aprovechar el exotismo de aquellos paisajes acerca de los cuales hablan quienes ya han estado por allá. Quienes han soportado las incomodidades del viaje y las limitaciones de los servicios que ofrece la región, se vanagloriarán luego con sus amigos y conocidos por “haber estado allí”,

un trofeo quizás más importante que el que habrían podido obtener después de visitar Cartagena o San Andrés. Veamos ahora algunos casos y la información turística que recogí durante mi estadía en terreno.

1. Reunión con Jordi Pérez y Riscales¹¹

Creo que el antropólogo en campo debe contar con algo de buena suerte que sumada a su actitud y al “ojo afinado del etnógrafo”, hará posible estar, observar y registrar aquellos sucesos inesperados que luego le sean de utilidad en sus reportes y trabajo posteriores.

Estaba en una sala de Internet de Nuquí revisando mi correo electrónico cuando noté que en la pantalla del computador de al lado aparecía una diapositiva cuyo título era “sensibilización para el desarrollo turístico en la región”; debido a la coincidencia con mi tema, pregunté a quien pertenecía ese material. El joven administrador del local me dijo que le estaba imprimiendo esas diapositivas al “español” un hombre blanco de unos cincuenta años quien apareció en ese momento, con un cigarrillo en la boca y una actitud y un acento nada difíciles de identificar. Jordi Pérez es un valenciano quien llegó al país en 1998, lo hizo porque trabajaba con una compañía de turismo española, la cual pretendía ampliar su mercado en Colombia. Luego de dos años de intentos fallidos la empresa abandonó su proyecto, pero Jordi decidió quedarse y asociarse con unos colombianos para abrir su propia firma de consultoría turística. Desde 2001 adelantan su trabajo en varias partes del país incluyendo Buenaventura, Nuquí y Bahía Solano. Las administraciones municipales y departamentales financian sus estudios y programas. Aquella tarde él haría una exposición ante el Consejo General de Riscales, la asociación de Consejos Comunitarios de Nuquí.

¹¹ Riscales es el nombre de la Asociación de Consejos Comunitarios de Nuquí. Tiene su sede en la cabecera municipal de este municipio. Lograron su reconocimiento jurídico en diciembre de 2002. Luego de un arduo trabajo para la adjudicación de las tierras colectivas en varios corregimientos de Nuquí, su meta es sacar adelante un plan de “etnodesarrollo” en el que vienen trabajando desde hace más de un año y que esperan terminar a mediados de 2006.

Así llegué a la reunión, me presenté como un estudiante de antropología quien hacía un estudio sobre el turismo en la región, desligado intereses políticos o económicos, mas sí académicos. La presidenta del Consejo asintió con la cabeza y me invitó a que me sentara en el círculo formado por unas diez sillas *rimax* que ocupaban otros miembros del Consejo Comunitario de Riscales. La presidenta se llama Aida Nelly, una mujer gruesa, alta, de unos cincuenta años de aire serio y desconfiado. La acompañaba el secretario del Consejo, un hombre un poco más joven quien intervino con algunos comentarios durante la sesión.

El objetivo de la reunión era escuchar los resultados del estudio que la firma del español había llevado a cabo sobre el turismo en la región. Aunque Riscales no patrocinó el estudio, el español los había teniendo en cuenta en la presentación de su informe ya que el Consejo es importante en el municipio y la región en general. Jordi inició su discurso con una perorata sobre la importancia de “estar preparados para asumir el cambio”, lo cual siempre generaba resistencia, pero que en tiempos como el actual las personas y las comunidades en general no podían quedarse al margen de los adelantos de la modernidad.

A mí me parecía estar escuchando aquellos discursos de finales del siglo XX que pronosticaban las grandes “cambios” transformaciones que acarrearía el siglo que entraba. También pensé en esos hombres que en la posguerra iniciaron una cruzada por el llamado “progreso” que no era otra cosa que el adoctrinamiento para abrazar el modelo capitalista y que poco a poco fueron convenciendo a nuestra sociedad de que ese era el único camino de alcanzar el bienestar de todos (véase Escobar 1998).

El expositor continuó asegurando que la Ley 70 de 1993 estaba llena de trampas, por lo cual los asistentes se sobresaltaron. Con una arrogancia imperdonable, argumentó que aún no se habían construido las carreteras y demás obras que describe esa Ley. Aida Nelly respondió que este era un país de políticos y que las leyes que hacían y las palabras que decían no eran lo que se veía en la realidad.

Jordi dijo que así era y que aunque ya estaba acostumbrado, nunca acabaría por entender tanto legalismo y burocracia. Yo pensaba para mis adentros que de lo que él se quejaba era precisamente una de las profundas marcas que el colonialismo español había dejado en Latinoamérica.

Entrando en materia, anunció que le preocupaba la poca afluencia de turistas que había contado durante los últimos cinco meses. Dijo que el turismo no se estaba manejando como un negocio y que a la gente local poco parecía importarle que las cosas cambiaran. Sentía que los nuquiseños no veían en la actividad turística un beneficio para su comunidad.

Creo que una vez más Aida Nelly pareció verse tocada en el discurso del extranjero ya que sus palabras siguientes refirieron a que “las comunidades negras tienen su propio estilo de hacer las cosas, que van a su ritmo”. Luego dijo que ya habían logrado la adjudicación de las tierras colectivas y que ahora se encontraban en el proceso de redactar el plan de etnodesarrollo cuyo objetivo era mejorar las condiciones de vida de las comunidades negras. Finalizó diciendo que, *“el turismo no le deja nada a la comunidad nuquiseña, esto se debe en gran parte a que los hoteles llegan con sus grupos de turistas armados y listos, dejando las ganancias en sus propias ciudades”*.

El valenciano prosiguió diciendo que la Ley 70 hablaba de “ecoturismo” y que este concepto era en sí mismo muy amplio y que con su experiencia, y por lo que para esta especialidad se había definido en el ámbito del turismo internacional, tenía razones para argumentar que “no se hace ecoturismo en esta región”, que para ello había que entender primero lo que significa y requería un turismo ecológico. Mencionó la necesidad de educar al turista en el tema y para ello debería empezarse por los establecimientos que los acogen; en la actualidad ninguno de ellos cuenta con manuales o información para desarrollar planes turísticos que tuvieran en cuenta el uso adecuado del medio ambiente. Luego dijo

que no hay puntos de información en el aeropuerto ni en ningún otro lugar del municipio para guiar a los turistas en sus necesidades o para hacer las recomendaciones pertinentes para que el lugar fuese mejor aprovechado. Propuso un “centro de interpretación” que sería un lugar por donde todo turista debería pasar y recibir allí la información del lugar donde está llegando, los cuidados que debe tener para con el medio ambiente y sugerencias para entender y valorar la cultura regional. *“No hay bancos ni cajeros electrónicos y los servicios públicos son deficientes y de una calidad muy regular, por ejemplo el agua no está bien tratada, no hay un plan de desecho de basuras, la electricidad sólo se presta por seis horas diarias y no hay señal para sostener la telefonía celular”*. Lo anterior es cierto, pero mal haríamos en cargar esta responsabilidad a la población local. El Estado colombiano debe responder por el abandono de sus zonas periféricas; *“Las regiones sufren una adscripción al Estado nacional que las sitúa de manera desigual, no homogénea (...)”* (Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 24).

Esta lista de quejas coincidía con la realidad de Nuquí pero creo que el foro y la manera de plantearlas no eran los adecuados. Riscales tiene una responsabilidad con las comunidades que representa pero de ella no puede esperarse que solucione todas las necesidades del área. Aida Nelly quizás tuvo la misma percepción ya que en un momento dijo que “ellos (Riscales) no harían el trabajo que le corresponde a la Alcaldía Municipal”.

El secretario intervino diciendo que había que educar al turista en el manejo de basuras. En relación a este tema la situación es mucho más compleja, no basta con enunciar el problema, hay que ver el trasfondo del mismo y para ello es importante reparar en la responsabilidad del Estado y de las grandes industrias que llegan a la región a través de sus productos y sus respectivos empaques. En la primera instancia cabe resaltar la precariedad del Estado en cuanto al adecuado manejo de los residuos sólidos, esto puede constatarse en lo planteado por el Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial cuyo propósito en el tema de residuos sólidos es:

Expedir las políticas que deben aplicar las entidades territoriales y las autoridades ambientales en materia del manejo y la disposición final de residuos sólidos; prestar asistencia técnica para la formulación de los planes de gestión integral de residuos sólidos.

<http://www.minambiente.gov.co>

Con esta propuesta insulsa resulta difícil imaginar una solución de la problemática a corto plazo, más aún cuando los municipios del área de estudio aún no cuentan con adecuados servicios de agua, luz y alcantarillado (Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 58). Otro indicador de la dudosa puesta en marcha de lo que propone el Ministerio es que ni siquiera las principales ciudades del país, incluyendo la propia capital, cuentan con planes contundentes para el manejo de sus basuras. En el caso puntual de Nuquí, el Alcalde me decía personalmente que “su plan era asociarse con otros municipios del litoral para embarcar la basura rumbo a Buenaventura”. Esto demuestra su desconocimiento de lo que plantea el gobierno central. La otra parte involucrada en el problema es la empresa privada y la distribución de productos en empaques contaminantes. La responsabilidad social de dichos grupos no es para nada visible (si es que existe), y un ejemplo de ello es la libre difusión de empaques en *tetrapack*, plástico, *icopor*, *pet* y otros materiales de difícilísima descomposición. La responsabilidad del deterioro ambiental a causa de las basuras no puede recaer enteramente sobre las sociedades locales acostumbradas a desechar sus residuos vegetales en las márgenes de los ríos, el Estado y la empresa privada deben asumir su parte a través de políticas, planes, proyectos e inversión económica para superar esta gran problemática que día a día deteriora el ambiente y con este las especies de fauna y flora que habitan en la región.¹²

¹² Un ejemplo de los vejámenes de este tipo que se suceden en el país es expuesto por Alfredo Molano en su artículo “El polvillo”, en el cual relata las implicaciones sociales y ambientales del transporte del carbón en la costa caribeña del Magdalena. http://www.elespectador.com/historico/2005-10-30/contenido_MI-2463.htm

Jordi pasó a hablar de las bondades del turismo. Uno de sus argumentos fue que, aunque reconocía que el turista traía consigo cosas distintas a lo tradicional, a veces podían ser útiles para el desarrollo de la comunidad, por ejemplo tecnologías, saberes y herramientas. Por mi experiencia y percepción creo que ningún turista está interesado en seguir vinculado con la comunidad en un proyecto de largo plazo que beneficie a su gente. Por el contrario, el turista guarda una distancia con la sociedad local y se compadece de la pobreza y formas de vida de la gente negra mientras se dedica a disfrutar del clima, los paisajes, la comida y los servicios que le proporcionan mientras dure la inversión que ha hecho para su tiempo de descanso en un ambiente natural alejado a su ámbito urbano.

El tema económico fue un aspecto importante de la discusión. Jordi mencionó que dadas las deficiencias antes enunciadas y muchas otras que los habitantes locales conocían mejor que él, Nuquí debía valerse del turismo para mejorar sus condiciones de vida, que desde lo económico no había mucho más de donde “echar mano”. Dijo que debían ser más concientes de las “cadenas económicas” que involucra el turismo. Explicó someramente ese término diciendo que con la llegada de un turista se beneficia el hotelero, un lancharo, la tienda de abastecimiento, unos guías, la señora que hace el aseo y a su vez estas personas que obtienen directamente sus recursos de la atención al turista, continúan ampliando la cadena a través del consumo de otros productos y servicios que contratan con otros habitantes. Lo anterior puede ser muy acertado y parte de estudios socioeconómicos que han sido validados por muchos expertos. Sin embargo, llegar a tener una conciencia de este fenómeno no es cosa de unas cuantas frases llenas de tecnicismos y ceceo.

Jordi criticó abiertamente el “todero” afrocolombiano, es decir, aquel que pretende hacer de todo para atender al turista. Mencionó que una persona cree que puede recoger el grupo, ser el motorista, darle de comer y ser el guía en las caminatas ecológicas. Dijo que el turismo organizado depende de la especialidad en las tareas y oficios y que el “todero”

chocha con un sector que debería constituirse por personas especializadas. Quizás esta especialización funcione en lugares donde la afluencia de turistas es mayor pero en la región, el bajo volumen implica que el llamado “todero” se las ingenie una vez más para “tejer sus estrategias” de supervivencia en lo que a su negocio se refiere (véase Arocha, 1999).

Por lo que puede observar, los presentes estaban convencidos de que el turismo no le aportaba nada bueno a su comunidad, porque el dinero se quedaba en Medellín, Cali y Bogotá y lo único que se producía era una provocación de los jóvenes por irse a aquellas ciudades de donde vienen cámaras digitales, ropa vistosa, dinero, poder y gente blanca.

Jordi claramente se mostraba a favor de elevar el nivel económico del turismo regional, dijo que la carretera que en un futuro uniría a Nuquí con el eje cafetero sería fatal para el buen desarrollo del turismo, que lo único que sucedería es que las playas se llenarían de carpas con estudiantes que no consumían más que drogas y alcohol barato. Este fue el mismo argumento de Edgar Bautista cuando una noche comentaba sus planes de mejorar las condiciones de Villa Ekarí para recibir público extranjero; yo le propuse que escribiera a *Lonely Planet*, la guía turística de mayor divulgación entre los mochileros¹³ del mundo entero quienes accederían gustosos a parajes como estos. Cuando le hable de este público Edgar renegó al recordar cómo hace unos años había dado permiso a unos jóvenes para que acamparan en “su” playa y que a los dos días no sabía que hacer con la cantidad de alcohol, marihuana, basura y ruido que consumían y producían estos huéspedes. Ante su historia desistí de mi idea.

“*El turista debe pagar, y pagar bien*”, continuó Jordi. Comentó que para ello Nuquí debía organizarse y hacer mejoras en lo público y lo privado. Aida Nelly dijo que la gente no

¹³ Es como en la comunidad hispana se le conoce a aquellas personas que efectúan sus viajes turísticos acompañados de sus morrales. Usualmente se distinguen por viajar por largos periodos y buscando siempre los costos más bajos en todo lo que consumen.

contaba con el dinero y que los bancos no hacían préstamos con facilidad, además “¿Quién les garantizaría que si llegan los turistas les pagarán bien?”. El español dijo que recordaba que los banqueros ya se habían mostrado reacios a prestar dinero a la gente del Pacífico porque, según ellos, “los chocoanos no respondían adecuadamente a sus responsabilidades crediticias y que además no tenían bienes con qué respaldar eventuales préstamos”. Aida Nelly dice que Riscales no se meterá en el negocio de turismo, que lo único que harían sería ejercer control sobre las actividades que involucren a las comunidades negras. Otro comentario muy importante fue que *“el turismo genera carestía, la gente abandona el campo y las utilidades económicas del turismo que reciben los negros son mínimas”*.

Jordi comentó que en esta temporada los turistas habían dejado en Nuquí cerca de treinta mil millones de pesos pero que las compañías aéreas habían obtenido un cifra diez veces mayor a esta gracias a la venta de sus servicios de transporte. Estas cifras, presentadas en un informe institucional, son fácilmente rebatibles por medio de un simple cálculo lógico: un tiquete aéreo en promedio cuesta \$ 600.000 pesos, cifra similar a la que obtiene un hotel por una persona que contrata un paquete turístico de unos 5 días. Entonces es imposible la aseveración de “diez veces mayor”. Por otra parte, 30.000 millones de pesos, a razón de \$ 600.000 pesos por persona, equivaldrían a 50.000 turistas que a su vez necesitarían 1.666 hostales con capacidad de 30 personas.

Terminó su intervención recomendando implantar “modelos endógenos” donde las “cadenas turísticas” se extiendan horizontalmente, dijo que el consenso comunitario era clave para garantizar la “sustentabilidad”, y que la “capacidad de carga turística” de la región dependía de las políticas que la misma comunidad definiese. La “visión empresarial” debía expandirse en la región para alcanzar los mejores estándares de calidad y eficiencia.

Mientras escuchaba con atención veía cómo el público que aún permanecía en el salón se mostraba incrédulo, aburrido o con caras de no entender lo que esta persona decía

con gran presteza. No era para menos, la reunión había durado un par de horas y aquel leguaje técnico y poco oportuno cada vez se hacía más denso. Creo que las últimas palabras de Aida Nelly reflejaron la forma en como Riscales recibió el informe del extranjero: *“Jordi, usted es un hombre muy soñador, pero ya que usted tiene experiencia, haga sus aportes y sugerencias que nosotros que conocemos nuestra gente tomaremos lo que nos parezca”*.

La reunión terminó abruptamente, no quedaron compromisos ni nada parecido. Creo que fue muy interesante para analizar posturas y conceptos referentes al turismo local pero decepcionante en cuanto al beneficio real de la comunidad.

2. Oferta turística y hotelera en Nuquí

Aunque en la primera parte de este trabajo hice mención a Villa Ekari, agregaré algunos comentarios específicos sobre su oferta turística. Como indiqué antes, Edgar y Rosa Inés se valen de su página en la Internet para promocionar su hostel, donde incluyen una breve reseña del Golfo de Tribuga, Nuquí y la Ensenada de Utría. El paquete que ofrecen para una semana de estadía incluye el pasaje aéreo (Bogotá-Nuquí-Bogotá), todas las alimentaciones (“menú mariner”), hospedaje y cuatro paseos: a la Ensenada de Utría, a Termales, Guachalito, Terco y Terquito, a los Manglares cercanos a Villa Ekari y al río Nuquí. También existe la posibilidad de hacer caminatas por Playa Olímpica, hasta el corregimiento de Panguí, al morro de Nuquí y hasta el río Tribugá donde hay un poblado que lleva su mismo nombre.

Como uno de los planes en Nuquí, inclusive para los mismos locales, es “ir a bañar”¹⁴ en Playa Olímpica, con frecuencia teníamos al frente de Villa Ekari grupos de turistas. La mayoría de ellos se encontraban alojados en los dos hoteles más importantes de Nuquí (cabecera municipal): El Rocío de Mar y Palmas del Pacífico. Por lo general los grupos estaban compuestos por antioqueños, a quienes guiaban uno o dos jóvenes

¹⁴ En la región no “se meten en el mar”, se utiliza el verbo “bañar” pero sin su forma reflexiva: “bañarse”. Dicen, por ejemplo: “el otro día fuimos a bañar en playa Blanca”.

afrocolombianos encargados también de orientar el paseo y de atender a los turistas consiguiendo para ellos las bebidas frías que Edgar vendía en su hostel. Con frecuencia solicitaban el almuerzo, pero dadas las dificultades con la refrigeración de los cárnicos, la consecución irregular de verduras, la poca pesca y el retraso de alimentos por la temporada de fiestas, no era tan fácil ofrecer este servicio. Uno de los guías se llamaba José Gabriel quien me comentó que en temporada de vacaciones lo contrataba el hotel Rocío del Mar para que acompañara a los turistas a todas partes. Me contaba que cualquier turista puede contratar un guía particular por la suma de \$ 10.000 pesos para que lo lleve al río Nuquí, Panguí, Tribugá o el bosque.

2.1. La Ensenada de Utría

Salimos muy temprano en la mañana hacia el famoso paraje. En la lancha íbamos quince personas contando al motorista y su ayudante. El viaje tardó hora y veinte minutos y en términos generales fue placentero. Pasamos por morro de Mico que marca el inicio del Parque Nacional Natural Utría; luego divisamos la cabaña de Javier, un hombre blanco que vive en aquel lugar desde antes de que se estableciera el parque como tal. Su casa está en los predios del sistema nacional, razón por la cual ha tenido que llegar a acuerdos con la administración del bien público para residir allí cumpliendo ciertas reglas: cuidados con la pesca, manejo de turismo sostenible, imposibilidad para talar árboles y prohibición para vender sus tierras a excepción del Estado.

Luego de unos minutos más entramos a las tranquilas aguas de la ensenada que se caracterizan por ser de un color verde esmeralda realmente hermoso. Entre julio y octubre y para protegerse del intenso invierno antártico y aparearse, las ballenas jorobadas llegan a este lugar excepcional. El avistamiento de ballenas en un paraje como el de la ensenada de Utría es uno de los planes más apetecidos en el país por aquellas personas que disfrutan del ecoturismo.

La roca oscura contrasta con el color del agua, el verde claro de la vegetación y los distintos azules del cielo. Hay una isla llamada Salomón donde se halla Playa Blanca, allí vive una familia que ofrece comidas y hospedaje en condiciones precarias. Es necesario llevar bolsas de dormir. Cobran \$ 5.000 pesos por la noche, un almuerzo con pescado cuesta \$ 6.000, lo cual permite hacernos a una idea del valor de la comida en comparación con el hospedaje.

En las instalaciones del Parque nos recibió Franklin, un guarda-parques chocono, es decir, de Quibdó¹⁵. Fue muy gentil en su bienvenida y al contarnos los últimos avances en la recuperación del Parque que había sufrido un abandono desde el secuestro masivo de los 26 turistas vallunos ocurrido en 19 de agosto de 2002 por parte del Ejército de Liberación Nacional ELN. Este hecho fue perpetuado por el grupo armado con objetivos de presión política contra el gobierno de Uribe Vélez. El mandatario respondió que reanudaría las negociaciones de paz pero exigía el cese de hostilidades.

(http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america).

Poco a poco están reconstruyendo las cabañas de troncos de pino canadiense de 12 centímetros de diámetro. Esto se debe a que la entidad, como prohíbe la tala de árboles en su área de protección, quiere dar ejemplo construyendo sus habitaciones con maderas cultivadas. Antes de su abandono la noche se cobraba a \$ 12.000 por persona lo cual, comparado con la tarifa regional promedio, resulta muy económico. No obstante, la intención es hacer un reajuste para cuando se inicie la operación que está proyectada para mitad del año 2006.

La información que no es pública pero que gracias a mis pesquisas en Bogotá logré obtener, es que estas mejoras son necesarias para abrir la licitación pública para el manejo y

¹⁵ Aunque todos en la región son políticamente “choconos”, el gentilicio es utilizado para las personas del interior del departamento, especialmente para aquellos oriundos de Quibdó. Para la gente del litoral se utiliza el apelativo “costeños” menos los provenientes de Buenaventura a quienes se les conoce como “porteños”.

administración de este Parque Nacional Natural, tal y como sucedió en el Tayrona y Amacayacu en el Amazonas. Franklin nos llevó por lo que era una especie de museo o laboratorio donde aún quedaban algunas muestras y fotografías de especies de fauna y flora presentes en el área del parque. También nos habló de Utría como un patrimonio natural de los colombianos y de la importancia de preservar esta clase de lugares para el goce de nuestras generaciones futuras. En un corto recorrido con el guía aprendimos a identificar tres clases de mangle: rojo, blanco y piñuelo. También aprovechamos las caretas para hacer un poco de *snorkel* alrededor del casco de un barco de mediano calado que se encuentra hundido en plena ensenada. La Marina lo arrastró hasta allí y ahora sirve de atractivo turístico y además como base para la fijación de plancton.

Regresamos a playa Blanca donde tomamos el almuerzo. Allí nos encontramos con una familia de turistas afrocolombianos. Eran naturales de aquella región pero desde hacía años vivían en Quibdó. Me dijeron que estaban ahí de turismo. Fue el único grupo de turistas afrocolombianos con el cual me topé durante toda mi estadía en la región. La atención para con ellos era tal y como nos la dedicaban a nosotros.

Subimos al mirador desde donde divisamos el paisaje. A un lado se notaba el mar con sus fuertes olas y al otro costado la ensenada con su color especial y su quietud característica. Como la marea estaba baja, en las rocas vimos acuarios naturales con muchos pececitos diminutos de variados colores. Aprovechamos una vez más las caretas para sumergirnos y dar la vuelta a un risco cercano, ¡fue una experiencia increíble!, vimos corales, peces de muchos matices y un gran cardumen de una especie mediana. También unos peces con puntos de un azul brillante como si portaran iluminación eléctrica.

Hacia las 4:00 p.m. emprendimos el regreso antes de que el oleaje se hiciese muy fuerte. Todos los turistas viajábamos complacidos por el manjar ecológico que habíamos disfrutado en las últimas horas. La ensenada de Utría es el principal atractivo turístico de la

región y en verdad, es un lugar digno de visitar, de ver, de disfrutar en toda su magnitud y esencia.

2.2. Termales y Guachalito

Este corregimiento debe su nombre a sus aguas cálidas y azufradas que emergen de lo profundo de la tierra. Se trata del segundo atractivo turístico de Nuquí; debido a ello se ha ido constituyendo una comunidad de habitantes afrocolombianos, la cual hoy tiene el estatus de corregimiento. Para llegar hasta esta zona viajamos una hora en lancha de motor desde Villa Ekari y desembarcamos en Guachalito, una playa que acoge varios hostales turísticos, algunos de los cuales fueron beneficiarios del “plan de posadas ecoturísticas” que impulsó el Presidente Álvaro Uribe al comienzo de su gobierno. El sector es muy lindo y creo que los turistas van allí para disfrutar de la naturaleza y ser atendidos sin la necesidad de estar en contacto con el pueblo y sus problemas: “*calles sucias, ruido y pobreza*” según el comentario de una mujer (turista) de unos cuarenta años que estaba tomando un refresco en una tienda de Guachalito y con quien conversé un rato. En su comentario desprevenido y discriminatorio noté una vez más cómo la mayoría de los turistas sólo quieren disfrutar de la naturaleza, la comida, el descanso y la atención de la gente local sin importarles la realidad, la cultura o las necesidades de los mismos. Entre más apartados puedan estar de la “suciedad, el ruido y la pobreza” mejor para ellos. Entonces, ¿hasta que punto el turismo, como lo decía Jordi, trae consigo personas con conocimientos y saberes que aporten a las comunidades que residen en la región?

Volviendo a mi experiencia, continuamos nuestro camino por media hora más hasta llegar a un “*ecolodge*” llamado El Cantil, con seguridad el mejor hotel del municipio nuquiseño. Aparte de su impresionante infraestructura acomodada arquitectónicamente al ambiente de playa, ofrece *surfing* y buceo a cuyos cursos los certifican las entidades que regulan este deporte a nivel internacional. El Cantil es un claro ejemplo de los roles que se

ejercen en el sector turístico de la región. Veamos la siguiente cadena: Los turistas provienen, en su gran mayoría, de Medellín. Los dueños son de esta misma ciudad y no residen en el hotel, para su administración cuentan con dos o tres paisanos antioqueños que recibirán a los turistas en el hotel, dirigirán el traslado, los acomodarán, suministrarán la información de primera mano y cobrarán por los servicios adicionales ya que el pago principal se hace por anticipado. Los paisas de El Cantil también se encargan de dictar los cursos de surfing y buceo. Por otra parte, los afrocolombianos se cargan las maletas, conducen la lancha y reman cuando sea necesario, alcanzan las bebidas, guían a los turistas por los recorridos en la selva y las playas, limpian las habitaciones, podan el jardín, cocinan y realizan toda clase de labores de aseo y mantenimiento de la planta física. La descripción anterior no se aleja mucho de los trabajos a los que eran expuestos los esclavos en las plantaciones de azúcar, café y algodón en la época de la colonia. Este modelo de neoesclavitud, donde “el blanco” tiene a su servicio un séquito de gente afro que contrata a destajo y por pequeñas cuantías, se reproduce a lo largo y ancho de las zonas turísticas del Atlántico y el Pacífico Colombiano, así como en Cuba, República Dominicana y otras islas del Caribe.

Los planes turísticos deben organizarse desde Medellín y no son nada económicos. Superan por lo menos, en un setenta por ciento el costo de sus homólogos de Nuquí.

Caminamos cuarenta minutos más hasta llegar a Termalés. Este corregimiento nos impresionó por su organización. Los habitantes se preocupan por tener su lugar en buenas condiciones, barren los frentes de las casas con rastrillo y todo luce en orden. Lastimosamente mi corta estadía me impidió conocer las razones para que este lugar tuviese unas condiciones distintas a otros corregimientos y asentamientos de la zona. Por fin llegamos a la piscina que se construyó como receptáculo de las aguas termales, allí había un grupo de antioqueños bebiendo aguardiente y cantando el himno de su departamento.

Mi grupo decidió esperar justo al lado de la piscina donde cruza una quebrada que recibe las aguas azufradas lo que produce una coloración verdosa de las lajas que se emplazan en el lecho de la corriente. La gente acostumbra a tomar pedacitos de barro azufrado y hacerse mascarillas faciales mientras sumerge el resto de su cuerpo en el agua que también es considerada medicinal. Se nos unió un grupo de afrocolombianos, lo que resulta ser muy frecuente ya “ir a bañar a Termales” hace parte de la oferta recreativa de la gente de la región. Claro que el factor económico es drásticamente diferencial. Por ejemplo: el pasaje de ida y regreso hasta Termales cuesta, para un local \$ 15.000 pesos y para un “paisa” turista \$ 45.000 pesos.

2.3. Oferta de viajes en lancha de motor

Aparte de la oferta hotelera, en Nuquí hay dos agencias que ofrecen viajes en lancha de motor a los principales sitios turísticos de la región, dentro de los que encontramos: El Valle, Jurubidá, Playa Blanca, Morro Mico, ensenada de Utría, Guachalito, Terco y Termales. En uno de ellos promocionan la “faena de pesca” que consiste en llevar al o a los clientes a pescar a la ensenada de Utría o a Cabo Corrientes. El pescado que se obtenga es propiedad del cliente. Este servicio vale \$ 450.000 pesos el día, costo justificado por la exclusividad del servicio.



7. Motorista

3. La visión del turismo según dos habitantes locales

Llegué a la Alcaldía de Nuquí con la firme intención de averiguar acerca de lo que se hacía o pensaba acerca del turismo desde la administración municipal. Explicué a un par de personas el objetivo de mi estudio y en pocos minutos me encontraba en el despacho del alcalde hablando acerca de mi tema de interés. El primer mandatario de Nuquí no es afrocolombiano sino embera, debido a la organización de todas las comunidades indígenas del municipio. El señor Dionisio Cabrera, como buen político, me dijo que su gobierno *si* estaba muy interesado en apoyar la parte turística y que por tal razón se vincularon al programa de “posadas nativas” impulsado por el actual gobierno por medio de la Dirección Nacional de Turismo. Así se benefició una posada en Jurubidá, otra en Morro de Mico, dos en Termales, tres en Guachalito y otras más en distintas partes del municipio, para un total de 25 posadas. Se hicieron las mejoras en la infraestructura pero consideraba que este apoyo, aunque había sido importante, debía continuarse ya que ahora era determinante enlazar estas acciones con un plan de promoción turística. Al igual que con las posadas nativas de la Guajira a las cuales me referí en la introducción de este texto, sus homólogas de Guachalito tuvieron que erigirse con refuerzos económicos de los mismos “beneficiarios” puesto que los dineros entregados por el programa no alcanzaban a cubrir los gastos totales de construcción. El aspecto diferenciador es que en las posadas que conocí no habitaban familias locales. El dinero público había sido utilizado para edificar cabañas turísticas con fines netamente lucrativos. Lo anterior es una prueba más de la improvisación con la que se ha adelantado este programa del actual gobierno.

Indagué acerca de la vinculación de las comunidades indígenas en este campo y me respondió que tradicionalmente las comunidades siempre habían querido mantener el turismo al margen de sus territorios y zonas de habitación. No obstante, en el último año se

había retomado el tema y luego de un análisis concienzudo dos comunidades habían aceptado la visita de los turistas aunque no se tenía nada estructurado, es decir, el acceso, la acomodación y las actividades que se harían. Mencionó además que el orden público había afectado mucho el desarrollo turístico en Nuquí pero que esta situación se estaba mejorando gracias a la presencia de la Infantería de Marina. *“La lógica militar del Estado Colombiano ha consistido en ir a la zaga de de las estrategias de los grupos insurgentes, (...) con la consiguiente instalación de nuevas bases militares (...)”* (Almario, 2004: 651).

Entre sus planes para reactivar la actividad estaba la promoción de “las bellezas naturales” de Nuquí en todas las

visitas que hiciese a otras partes del país y en cualquier acto público. En días pasados se había reunido con las directivas del Colegio Litoral Pacífico cuya modalidad educativa es precisamente el “ecoturismo”. Reconocía que aunque así figuraba institucionalmente, ese énfasis no se estaba dando en su currículo. Como resultado de la reunión se propuso que los estudiantes de 10° y 11° hiciesen sus prácticas en el sector turístico valiéndose de los hoteles que funcionaban en el pueblo.

Con respecto a lo anterior, la profesora Cecilia, quien ahora dicta la cátedra afrocolombiana en el colegio Litoral Pacífico, me confesó que hace unos años ella dirigía la clase de ecoturismo y que se había llevado a cabo lo que ahora el alcalde me presentaba como la gran idea, es decir, generar convenios con los hoteles para que los estudiantes realizaran una especie de pasantía para que aprendieran a través de la práctica. El experimento había resultado un fiasco ya que los hoteleros no les pagaron ni un peso a los estudiantes, pero si los pusieron a trabajar hasta altas horas de la noche excediendo los tiempos convenidos. A los jóvenes que servían de guías no les daban ni el almuerzo y a las jóvenes las metieron a la cocina para hacer todos los oficios propios de esta división. Incluso las jóvenes tuvieron que hacer labores de aseo como la limpieza de baños. Esta

situación de explotación, abuso y racismo no fue denunciada, solo quedó en la memoria de una docente cuya única alternativa fue desistir de su idea y retornar a la teoría del turismo en un salón de clases. Entiendo que el alcalde ignorase el tema ya que sucedió hace cuatro años, pero lo que me parece inaudito es que las directivas de la institución educativa volvieran a plantear el tema sin mencionar los antecedentes. Quizás fue un formalismo para quedar bien ante la propuesta del alcalde. No pude entrevistarme con las directivas del colegio porque éste no se encontraba en funcionamiento por aquellos días y el rector y el coordinador estaban pasando sus vacaciones en Quibdó.

Otra persona con quien pude intercambiar impresiones sobre el turismo en Nuquí fue con Annie Arango Palacios, una joven de 31 años bastante particular. Ella realizó sus estudios de primaria y bachillerato en Nuquí y los de hotelería y turismo en Quibdó. También había vivido en Quibdó, Bogotá y Medellín. En esta última ciudad fue la administradora de uno de los café – bares más prestigiosos de la ciudad y el último año, de regreso en Nuquí, había montado una comercializadora de pescado.

Durante la conversación traté de indagar acerca de su visión sobre el turismo en la región, más aún cuando sus estudios superiores habían sido en hotelería y turismo. Annie, para responderme, me contó sobre su historia reciente y de cómo éste era un ejemplo de lo que sucedía en su tierra y de cómo era perfectamente aplicable al sector del turismo. Ella era consciente de las particularidades y limitaciones de Nuquí y su gente, así como de las culturas del interior, haciendo énfasis en los defectos y cualidades que observaba en los “rolos” y en los “paisas” (antioqueños). A pesar del dinero que había obtenido con su negocio de pescado manifestaba estar cansada por la inconstancia de sus proveedores. Ella decía entender esta situación pero con cierta tristeza me confesaba que ya no quería seguir en medio de una demanda exigente y una oferta poco cumplida. Me decía que todo esto se debía a las costumbres y formas de pensar de sus paisanos con quienes a la vez era muy

difícil negociar por su condición de mujer joven. Me causaba mucha curiosidad ver a una nuquiseña que en su discurso y sus posturas culturales mezclaba constantemente lo afrocolombiano con lo mestizo (entendido como la cultura predominante del país). Annie me recordaba las palabras de Arturo Escobar en las que apunta que *“cada individuo es escolarizado o capacitado, aprende el lenguaje del desarrollo y con este hablan de –eficiencia y productividad– sin dejar atrás viejos usos sociales (...)”*; a estos los llama “modelos híbridos” (Escobar, 1998: 88).

El testimonio anterior nos deja ver algunos de los rasgos de la cultura afrochocoana que inciden el desarrollo del turismo o de cualquier negocio que se intente llevar a cabo en dicha región. La vida funciona para todos los habitantes locales de una manera diferente al ritmo de la gente del interior. Las dificultades se dan cuando ambas culturas se unen para



8. Annie Arango Palacios

tratar de llevar a cabo un proyecto conjunto.

4. Oferta turística y hotelera en Bahía Solano

Pasé los dos primeros días de mi estadía en el Hotel Bahía de Bahía Solano, cómodo pero sin lujos. Tenía una habitación con baño propio y una modesta mesa de madera. Opté por pasar de incógnito así es que no salía de dicho espacio sino para tomar mis alimentos. La razón de mi aislamiento tenía como respuesta mi deseo de descansar del contacto con habitantes locales y turistas, buscaba así leer un poco los textos que había llevado conmigo y adelantar mi diario de campo que para ese momento se encontraba un poco atrasado.

A la mañana del tercer día decidí buscar a los Trujillo, la familia amiga de mi padre, oriunda de este municipio chocoano. Ya he hablado un poco de la acogida que padre e hijo me dieron durante la semana que pasé en Ciudad Mútis. Ahora quiero referirme a una conversación que se convirtió prácticamente en una entrevista de mi trabajo, cuyo tema fue precisamente el turismo en la región.

Recién entrada la noche Jorge Trujillo (el hijo) y yo, sacamos un par de sillas *rimax* a la entrada de la casa para “tomar el fresco” de la tarde. La conversación fue muy animada y en ella Jorge me dio su opinión sobre el turismo en Bahía Solano y sus corregimientos. Consideraba que más que un turismo ecológico o ecoturismo, aquí debía plantearse una especie de “turismo extremo” dada las condiciones de la región. La gente no podía esperar un Hotel Decamerón cinco estrellas incrustado en plena selva chocoana. Decía que aquí las condiciones eran otras, debían tenerse en cuenta los traslados en lancha, la ausencia de alimentos, la dependencia del transporte aéreo y marítimo, la frecuencia de la llegada de mercancía, las dificultades de orden público en la región, el alto costo de los productos, la falta de infraestructura civil y los caminos descompuestos entre muchos otros aspectos que hacían de este lugar una región “agreste”. Lo anterior, contrastado con las bellezas naturales produce un choque para el turista quien esperaría unos mejores niveles de organización y de atención. Para él este era el mayor inconveniente, es decir, que *“no se promociona lo que hay sino que se quiere mostrar algo mucho más grande, eso decepciona al turista”*. Él mismo había tenido éxito cuando había traído turistas del interior y les había dicho desde el principio lo que encontrarían, por ejemplo: una cabaña “bien tendidita” (arreglada), pero rústica, que cuenta con energía eléctrica pero solo 4 horas al día, aquí hay playa pero no *jet ski* ni gusano inflable, daba indicaciones sobre la comida y el clima, entre otros aspectos que eran importantes para el turista; decía que con este proceder había podido cumplir y satisfacer a sus clientes. También se refirió a las diferencias y peleas que hay entre los

hoteleros paisas y los hoteleros locales. A estos últimos *“les da rabia que a los otros les lleguen turistas, no entienden porqué les llegan más que a ellos”*. Los locales se sienten “robados” por el foráneo que llega a montar hoteles más grandes y con mejores servicios... *“no se han podido agremiar, cada uno va por lo suyo”*. Al Igual que en Nuquí, Bahía Solano tampoco tiene una buena organización en el sector turístico ni algún punto de información que oriente al visitante. Uno de los principales atractivos turísticos de la región, como ya lo he mencionado, es el avistamiento de las ballenas jorobadas. Sin embargo, esto sólo puede hacerse durante la temporada de julio a octubre o noviembre, ¿y el resto del año qué?; en términos del negocio turístico no se habían planteado estrategias para suplir las otras épocas del año con atracciones distintas. Quedaba entonces la playa y la ensenada de Utría (sin ballenas). Hay una gran deficiencia de planeación, no solo desde la falta de capacitación en el tema sino desde las alzas de precios según muchas variables a las que estaba expuesta la región, por ejemplo: orden público, relaciones con Panamá, negocios del narcotráfico, el clima, las fiestas patronales, la época de ballenas, etc. El hotelero local entonces solía subir los costos incluso cuando ya había llegado a un acuerdo con sus clientes, ejemplo: “yo le había dicho que el viaje a la Ensenada costaba \$ 40.000 pero la gasolina subió ayer, entonces lo puedo llevar por \$ 55.000”; lo complejo del asunto es que sí el turista no le pagaba el nuevo valor el motorista simplemente no lo llevaba. *“Aquí si no se paga lo de la temporada, entonces no lo hacen”*. No había temor a perder clientes lo cual hace parte de nuestra formación occidental o mercantilista. Allí las cosas funcionan bajo otro esquema. Sí hay restricción de abastecimientos por orden de algún grupo alzado en armas la comida escaseará, la gasolina puede llegar a costar dos o tres veces más y nadie puede controlar esto. Los precios no son estables y esto afecta dramáticamente el turismo. Los únicos que son capaces de mantener precios fijos son los hoteleros que cuentan con un soporte económico y que han contemplado cualquier vicisitud dentro de sus altas tarifas.

Jorge decía que las personas que trabajaban en el turismo no se habían especializado según lo que mejor hiciesen, de esta manera todos ganarían, por ejemplo: si un turista solicitaba un lugar modesto para guindar su hamaca, el hotelero lo remitiría al lugar que dispusiese de ese servicio, y que a su vez, el del hotel modesto fuese capaz de remitir al turista a un mejor hotel si era esto lo que estaba buscando y no, como hacen hoy, tratar de convencerlo de quedarse allí o pretender no saber de mejores ofertas. Veamos la siguiente interpelación textual: *“Sí alguien pregunta por una cabaña elegante, el negro le dice –pero esta es elegante-, en vez de decirle –vaya a tal lado-, y en la cabaña elegante si alguien solicita algo más económico este responde que no sabe donde hay... no se ayudan, no crecen como sector”*. En la parte de alimentación también se notan diferencias, por ejemplo: *“en Playa de Oro, en el Huina, le sirven un poquito de pescado y un poquito de arroz y ven al negro, allá, comiendo y sirviendo tremendo pedazo de pargo, arroz al gusto y por menos precio”*; esta es la clase de peleas que traban los que están en el negocio del turismo. “Lo ideal es que cada uno ofrezca lo que sabe y lo que tiene y así ganen todos”.



9. Jorge Humberto Trujillo

La naturaleza también juega un papel determinante en el turismo. Si bien ofrece paisajes bellos e idescriptibles, también entorpece y dificulta las actividades que puede realizar el visitante. Por ejemplo, los paseos a pie y en lancha dependen de las mareas y éstas a su vez

de las fases de la luna. La lluvia puede ser incesante durante varios días impidiendo disfrutar de la playa y obligando al turista a permanecer bajo techo con muy pocas alternativas a su disposición. Quizás juegue cartas o se acueste a descansar en una hamaca hasta que pueda salir nuevamente. Las cosas no se pueden programar de forma estricta, ¿Quién puede predecir que el mar amanecerá “bravo”?, ¿o que no saldrá el sol en tres o cuatro días? Pero el tiempo va corriendo y las vacaciones van llegando a su fin.

Entonces, muchas veces el turista sale desilusionado porque aún en temporada de ballenas no vio ninguna, llovió 3 de los 5 días y no se pudo broncear, o no comió mariscos porque no llegó el barco que los traía. En fin, con el cuadro anterior se sustenta la importancia de que los visitantes se acomoden, como lo dijo Jorge al principio de la entrevista, a un “turismo extremo”, no porque encontrarán deportes de este estilo, sino porque las condiciones en verdad pueden ser muy difíciles. El turista debe tener la disposición suficiente para entender lo que hay y lo que se puede y no hacer en la región. Ahora, vistas las cosas en positivo Jorge argumentaba que *“hay cosas que no se pueden cambiar pero si se pueden aprovechar”*, por ejemplo: la carretera al Valle es un desastre, pero ¿y si se plantease a los visitantes jóvenes una ciclo-aventura en bicicleta por aquella ruta? O una excursión de supervivencia por playa y selva al estilo de los *realities* de televisión. Y para los casos de lluvia organizar actividades culturales que permitan apreciar el arte regional en varias de sus expresiones.

Me expuso, antes de terminar con este tema, que a la gente local le daba igual que viniese el turista o no; que no veían el turismo como algo que pudiese mejorar sus condiciones de vida, *“lo ven como algo que llega y se va espontáneamente, ellos no se ven como parte de la cadena turística”*. Jorge Humberto encontraba que esa forma de pensar era muy regional ya que la bondad de la naturaleza les permitía a todos hacer “sus tres comidas diarias”, así se trabajase o no.

Como se ve, el discurso de mi interlocutor está atravesado por el pensamiento occidental de producción. Aunque él y sus padres nacieron en Bahía Solano no puede despojarse de su ancestro colonizador que abogaba precisamente por el aprovechamiento de tierras baldías en pro de la producción agrícola y el comercio de lo que la geografía regional brinde. Su pensamiento es una interesante mezcla de conocimiento y entendimiento de sus paisanos negros y mestizos y su formación académica en varias ciudades del país donde prima un pensamiento occidental orientado hacia la producción y el capital.

4.1. Mecana y Huina



10. Playa en el Huina

Estos son dos corregimientos de Bahía Solano que se encuentran en los dos extremos de la bahía que lleva el mismo nombre del municipio. Como Ciudad Mutis no tiene playa sino puerto, estos dos corregimientos suplen adecuadamente esta carencia de la cabecera municipal. Tuve la oportunidad de visitar ambos lugares acompañado de Jorge Humberto. Nuestra planeación para emprender nuestro viaje a pie hasta punta Mecana que es el extremo norte de la Bahía de Solano, consistió en consultar la carta de mareas que obtuvimos en la Capitanía de Puerto, mediante la cual supimos acerca de la mejor hora para partir, cuánto tiempo podríamos permanecer en Mecana y en que momento del día deberíamos regresar. La hora dispuesta para la partida fue 10:00 a.m. Así lo hicimos. Atravesamos todo el pueblo y luego de unos 15 minutos caminábamos en una angosta playa de arena gris enmarcada por colinas cubiertas por una abundante vegetación. Imaginé cómo esa franja de arena se cubriría totalmente cuando la marea subiera en las horas de la tarde. Después de hora y media en la que cruzamos algunas quebradas de agua dulce llegamos al corregimiento de unas veinte casas. Pronto llegamos donde una familia amiga de mi anfitrión, cuyos miembros nos saludaron cordialmente. El señor era hijo de unos tolimenses pero había nacido en Bahía Solano. Su esposa tenía raíces más antiguas y quizás por ello su aspecto era más afro mientras sus hijos tenían aquel fenotipo mestizo que con tanta frecuencia se ve en Bahía Solano. Pedimos que nos preparasen el almuerzo mientras que *íbamos a bañar* al río. Mi mayor interés en ese momento era divisar alguna “chochora” que es como se le llama en la región al basilisco, aquel reptil capaz de correr algunos metros sobre el agua que ha sido el animal emblemático en mi vida scout. Lastimosamente no pude ver ninguno. Al regreso de nuestro paseo tomamos el almuerzo: un montón de pastas con atún enlatado y trocitos de cebolla, arroz y plátano frito. Charlamos un rato acerca del clima y la región y nos dispusimos a continuar nuestro camino hasta punta Mecana. Media hora más de camino nos bastó para llegar a una gran cabaña que pertenece a una

antioqueña que vive desde hace años en los Estados Unidos. Construyó su casa para pasar breves temporadas cada uno o dos años. Es una construcción muy grande y puede albergar hasta ocho personas cómodamente. La base arquitectónica es la misma de la región pero en mayores dimensiones y con mejores acabados. Al lado hay una casa más pequeña y modesta en donde vive el tío de Jorge cuyo trabajo es cuidar la casa y administrar la finca. Es por ello que los turistas que Jorge ha traído se han alojado en esta casa – albergue.

Casi a las tres de la tarde tuvimos que emprender nuestro regreso ya que la pleamar así lo exigía. La playa de Mecana no está habitada y en su lado norte es mucho más amplia. El paisaje había cambiado por la tonalidad de la luz, se llenaba el panorama de azules y grises realmente bellos. Tuvimos que apretar el paso. En el último tramo, antes de llegar a Ciudad Mutis, el agua nos daba por la cintura... unos veinte minutos más y no habríamos podido pasar. ¡Esto es turismo extremo!

Para nuestra visita al Huina optamos por hacer el trayecto de ida en lancha de motor. Viajamos en la embarcación de un amigo de Jorge Humberto por cerca de 25 minutos hasta alcanzar el corregimiento. El viaje fue cómodo, era agradable ver los colores del mar y la naturaleza que circunda la playa. Hay sectores donde la arena se torna más clara casi hasta alcanzar un color amarillo claro, muy similar a la del Caribe. En el trayecto observé varias entradas de mar donde la playa se hacía más prominente; en cada una de estas han construido un par de casas: la de los dueños del terreno y la de los cuidanderos.

Tanto la playa como el asentamiento principal del Huina se encuentran mucho más habitados que Mecana. El asentamiento cuenta con un centro de salud, una escuela y unos cuantos hostales y hoteles. El motorista me contó que era dueño de un hostel y que el día anterior (20 de enero) se habían marchado los últimos turistas de la temporada. Que ahora tendría que ingeniárselas para cuando su hostel permaneciera sin clientela. Su comentario sonaba tranquilo, al parecer ya estaba acostumbrado a esta situación y por ende sus

ingresos económicos no dependían enteramente del turismo. Nuevamente encargamos el almuerzo y procedimos a dar un paseo por el corregimiento. Pasamos por el centro de salud al cual lo estaban dotando de camillas nuevas. Al final del poblado está el Hotel Playa de Oro; se ve muy bien mantenido y decorado. Es sin duda, el mejor hotel de este corregimiento.

Regresamos para tomar el almuerzo. Luego de hacer la siesta emprendimos el regreso a pie. En el camino nos enfrentamos a tres o cuatro pasos difíciles en donde no había playa y teníamos que avanzar subiendo rocas incrustadas entre la montaña y el mar. Disfrutamos mucho de la caminata, la aventura de superar los obstáculos naturales y el bello paisaje poco monótono. Llegamos a un punto donde tuvimos que continuar por un camino que bordeaba la montaña puesto que la playa se acababa a pocos kilómetros de Ciudad Mútis. Encontramos así una serie de cascadas que aprovechamos para refrescarnos. Hacia las 4:30 p.m., dos horas y media después, alcanzamos la cabecera municipal.

4.2. Eslabones turísticos

Una amiga de Jorge le contó que estaba a cargo de un grupo de personas que habían llegado esa mañana de El Valle y el Huína para participar de un encuentro con las personas que venían trabajando desde hace un tiempo en una iniciativa de organización turística en tres lugares de Bahía Solano: Ciudad Mútis, El Valle y Huína. Fui invitado a participar del encuentro aquella tarde y luego en la noche.

A las 2:30 p.m. me uní al grupo que debía rondar las cuarenta personas. Pronto se acercó a mi un hombre de unos 45 años quien se presentó con el nombre de Juan Carlos Gutiérrez, un pereirano que vive hace muchos años en Bogotá y quien actualmente se desempeña como director ejecutivo de la “Corporación para la investigación socioeconómica y tecnológica de Colombia”, con sede en Bogotá, a la cual la apoya el

Ministerio de Industria y Comercio. En la región adelantan un proyecto para fomentar el desarrollo turístico en Bahía Solano. Su estrategia ha consistido en convocar y capacitar a quienes estén vinculados con algún servicio turístico en uno de los lugares antes nombrados. Organizan a las personas por “eslabones” para formar la “cadena turística” del municipio. Los eslabones son pequeños grupos a los cuales capacitan según su especialidad: hospedaje, alimentación, guías, folclor y artesanía.

Cada persona recibe entrenamiento semanal de acuerdo con su área de desempeño. El programa contempla tres días de socialización en cuando todo el grupo se reúne para compartir sus experiencias. Aquel día le correspondía a Ciudad Mútis ser el poblado anfitrión así es que la actividad de la tarde consistía en conocer algún atractivo turístico de aquel lugar. El sitio escogido fue la cascada de “El Chocolatal”, muy cerca del pueblo. Durante la caminata el grupo se mostraba muy animado, no había nadie que denotara un estatus distinto a excepción del director ejecutivo quien me fue interrogando por el camino.

En el grupo fui averiguando el trabajo que desempeñaban en la actividad turística, así supe que la mayoría de las jóvenes y señoras trabajaban en la cocina, aquellas mayores hacían parte del grupo de cantadoras, los hombres por su parte estaban en los eslabones de artesanías y guianza.

La cascada resultó ser una caída de unos 10 metros de altura desde donde los más jóvenes y arriesgados saltaban de pies o de cabeza al centro del pozo.



11. Locales del eslabón de cocina

La salida consistía en simulacro de lo que debía ser un recorrido con un grupo de turistas pero yo tuve conciencia de ese objetivo sólo hasta el final del recorrido, cuando la encargada del grupo dijo que acompañaría a cada subgrupo hasta el hotel donde nos estábamos hospedando, porque esa era la manera de hacerlo con los turistas.

Llegamos al centro del pueblo como a las 4:30 p.m. y nos dimos cita a las 8:00 p.m. en la escuela para la noche de integración. Llegué puntual, lo que explicó que sólo se encontraran en el salón unas cuantas personas. Poco a poco fue llegando la gente y mientras tanto yo aprovechaba para preguntar acerca del programa y los resultados obtenidos.

Jorge me acompañó en aquella ocasión para ver “quien estaba detrás de esto”. Su visión, como siempre crítica y un poco pesimista, me sirvió para identificar algunas deficiencias del proyecto. Mientras comenzaba la actividad aprovechamos para preguntarles a los beneficiarios acerca de lo que se había hecho en las capacitaciones y en las actividades en general. Con cierta dificultad hicieron sus comentarios de lo que había significado para ellos ese proceso. Logramos entonces identificar algunas ventajas y desventajas del programa de fomento turístico. A manera de ventajas: a) se hace una capacitación de

mediana duración por especialidad (eslabón), b) contempla la vinculación de las tres principales zonas turísticas del municipio, y c) convoca a habitantes locales de perfil “medio”, incluyendo personal de servicio. Como desventajas: a) cuando termine la capacitación el grupo podría disolverse por no contar con una estrategia seria de agremiación que a su vez garantice el ahorro y el buen manejo de los recursos económicos, y b) no tienen una estrategia de mercadeo que les asegure el óptimo aprovechamiento del potencial turístico.

Casi a las 9:00 p.m. una persona inició la actividad proponiendo que cada uno se presentara incluyendo datos como: nombre, procedencia, actividad turística que desempeñaba y estado civil, esto último para darle un toque jocoso a lo que se proponía aunque terminó por volverse lo más importante de lo que cada persona decía de sí misma. El siguiente punto de la noche consistió en una reconstrucción colectiva de la historia de Bahía Solano. Jorge Humberto se reía de las versiones disparatadas de algunos. Le tocó su turno y ya con un aire serio, hizo la mejor explicación del tema abordado.

Lo siguiente fueron varias presentaciones artísticas, entre ellas unos bailes, canto de romances y alabados y una declamación. Así, como a las 11:00 p.m. culminaba la última actividad del programa de desarrollo turístico. Al día siguiente todos volverían a su lugar de origen para esperar a que llegaran los anhelados turistas.

4.3. El Valle

El último corregimiento de Bahía Solano que visité fue El Valle. Este, por su cercanía a la Ensenada de Utría tiene gran aceptación entre los turistas. El viaje desde Ciudad Mútis puede llevarse a cabo por mar, pero lo más frecuente es tomar la carretera que une estos dos lugares. La vía está en muy mal estado y el trayecto que no son más de 15 kilómetros solo se hace en camperos y vehículos cuatro por cuatro que tengan la suficiente potencia

para salvar los terribles baches que caracterizan esta carretera. En época de invierno se hace simplemente imposible el tránsito de automotores. La pericia de los conductores también se pone a prueba en este trayecto.

En el camino vi grandes áreas debidamente segmentadas con cercas y sembradas de pastizales donde otrora hubo monte y vegetación endémica. La introducción de ganado vacuno es una de las principales características de la colonización de tierras que se llevó a cabo en el siglo pasado.

El Valle rivaliza con Ciudad Mutis ya que desde hace varios años quiere independizarse de Bahía Solano. A mi parecer tendría las condiciones de población e infraestructura suficientes para hacerlo. Otro aspecto diferenciador son sus características étnicas; mientras Ciudad Mutis y sus corregimientos más cercanos cuentan con un singular mestizaje, los habitantes de El Valle son, en su gran mayoría, afrocolombianos.

Llegué hacia las 11:00 a.m. y busqué un hotel dónde alojarme un par de noches. En el casco urbano solo hay dos opciones: el Dasma y El Valle, ambos muy sencillos en lo concerniente a su infraestructura y servicios, razón por la cual sus precios de estadía eran bastante económicos. Opté por el Hotel El Valle, tomé una habitación que se notaba aseada y ventilada. Me cambié de ropa rápidamente y me dirigí hacia El Almejal que es la playa de este corregimiento. Allí podría darme cuenta de la oferta turística. Mi premura radicaba en que sólo tendría unas tres o cuatro horas antes que la marea me impidiese caminar con facilidad por la playa. Bajo un intenso sol inicié mi caminata. A los 15 minutos estaba en una playa que poco a poco y en dirección norte, se iba ensanchando hasta alcanzar 200 o 300 metros de arena gris. Mi meta era ir hasta el “tortugario” que no era otra cosa que un sector lleno de rocas, donde, al bajar la marea se crean pequeños pozos en donde quedan atrapados diminutos peces y caracoles de diversos colores. Allí desovan algunas especies de tortugas hacia mitad de año.

Durante mi caminata vi algunas casas construidas sobre montículos naturales de roca. Estas eran muy vistosas y se notaba que eran para el uso de turistas y visitantes esporádicos. Al hermoso paisaje de El Almejal lo contamina el estrépito de las motocicletas que transitan a gran velocidad por la playa. Hombres jóvenes, en su mayoría locales, utilizan sus potentes máquinas para impresionar a sus compañeras que van como copilotos. Los turistas paisas, por su parte, parecían ignorarlos mientras tomaban el sol para broncear sus cuerpos blancos. La playa cuenta también con grandes rocas en cuyos topes crece la vegetación, incluso árboles y arbustos que no alcanzan a ser arrasados por las mareas.

De regreso del tortugario pasé por El Almejal, un *ecolodge* que tiene en su logotipo un bosque, mar, cielo y una ballena jorobada en pleno salto. Su *slogan* es “un encuentro con lo natural”; ¿y quien no quisiera tener un “encuentro con lo natural” por cuatro o cinco días máximo?, más aún si reciben tarjetas de crédito, cambian las sábanas todos los días, las cabañas están en perfectas condiciones, la alimentación es completa (incluyendo desayuno con chocolate, arepa y calentado de frijoles) y se dispone de personal de servicio para una estadía con gran comodidad.



12. Comedor del *ecolodge*, El Almejal

El hotel cuenta con unas instalaciones de primera línea y conserva el ambiente campestre de la zona. Pertenece a paisas antioqueños y las visitas y paquetes turísticos se organizan desde sus oficinas en Medellín. Tiene cabañas para dos o cuatro personas, piscina natural, un tortugario, restaurante, una chiva para el transporte del hotel al pueblo y de este al aeropuerto de Bahía Solano. Los planes turísticos son variados y van desde “luna de miel”, avistamiento de ballenas y pesca hasta excursiones académicas, pero en general todos contemplan la alimentación completa, traslados terrestres en la región, visitas en lancha de motor a la Ensenada de Utría y un par de caminatas y paseos en embarcación de remo por el río Tundó.

Los costos de los paquetes son bastante altos, solo a manera de ejemplo: 5 días con sus 4 noches en habitación sencilla cuesta \$ 738.000, 7 días con sus 6 noches por tan sólo \$ 1.054.000, y la noche adicional \$ 158.000, unas ocho veces más de lo que pagaba en el modesto hotel El Valle.

Justo al lado de El Almejal está otro *ecolodge* llamado Playa Alegre. Un hotel con características similares aunque un poco más económico. También pertenece a antioqueños y la oferta es prácticamente la misma.

Este es el panorama general de la oferta turística que en la región pude observar y en algunos casos probar durante mi estadía en terreno. El potencial es inmenso desde el punto de vista del turismo a gran escala, sin embargo la estabilidad de las sociedades allí residentes podría quebrantarse con la llegada de grandes consorcios hoteleros. Ninguno de los poblados o corregimientos estarían preparados para asumir un cambio drástico a causa del negocio turístico. Hay muchas cosas que podrían hacerse para que este renglón económico fuese más rentable sin que afectase dramáticamente los usos sociales que allí se conservan. La asociación es uno de los elementos más importantes para una repartición más justa de los dividendos que trae consigo este renglón económico. Debe hacerse una inversión, no

de dinero sino de tiempo y trabajo para pensar comunitariamente este negocio, acordando qué se puede ofrecer, lo que es negociable y lo que no visto siempre a la luz de la cultura que sustenta a estas comunidades.

El turismo puede ser un agente que invite a la conservación y mantenimiento de los paisajes y las zonas naturales en la medida que estas pueden ser parte del sostenimiento económico de las sociedades que residen en la región.

El diálogo con los inversionistas “paisas” también debe ser un aspecto que debe tratarse de forma ordenada y sistemática. Con ellos debe llegarse a unos acuerdos donde se compense la rentabilidad de su negocio con el mejoramiento de los estándares de vida de los pueblos en donde ejercen su actividad económica. Creo firmemente que los mejores negocios son aquellos en donde las partes implicadas reconocen su ganancia y su progreso en las alianzas que establezcan y el turismo no puede ser ajeno a esta idea.

CAPÍTULO II

Relaciones entre afrocolombianos paisas y turistas



13. Turista durmiendo y niña barriendo

1. El primer contacto

Veinte minutos bastan para pasar de la capital antioqueña a la capital chocoana y otros quince fueron suficientes para llegar a mi zona de estudio. Lo paradójico es que este territorio esté tan cerca y a la vez tan lejos de las dinámicas que predominan en la nación colombiana.

Aquella mañana el aeropuerto de Nuquí estaba lleno de gente y para mi gozo y expectativa los rostros afrocolombianos eran la mayoría. Sus cuerpos se mueven con gracia, su expresión y su voz llenan los espacios que han demarcado como comunidad para ellos y para las generaciones venideras.

Después de algunos protocolos a los cuales tenemos que someternos los recién llegados, pude reclamar mi equipaje. Un pequeño ejército de jóvenes esperaba a que habitantes locales y turistas permitiéramos que nos cargasen las maletas. Para ello utilizan

carretillas o sus propios hombros. En dos ocasiones rechacé el ofrecimiento de los cargueros porque no tenía certeza sobre la ruta que debía seguir para llegar a Villa Ekarí.

Como acostumbro, busqué salir del aeropuerto y situarme en un lugar desde donde pudiera lograr un ajuste inicial al nuevo panorama e ir organizando mis próximos pasos. Siempre que llego a un lugar desconocido procuro tomar las cosas con calma y para ello lo mejor es situarse en una cafetería o un lugar desde donde se puedan observar algunas dinámicas del sector.

Al otro lado de la calle divisé una pareja de turistas bebiendo cerveza. Pronto noté que el establecimiento era propiedad de un paisa. La decoración incluía afiches de Aguardiente Antioqueño y Ron Medellín, así como caballos de paso fino y otras cosas más que me recordaban a las fondas antioqueñas.

Como mi desconocimiento de Nuquí era total debía ubicarme en un sitio donde me sintiera confiado, algo que identificase como “cercano” a mi cultura. Unos minutos más tarde otra pareja de turistas repitió mi comportamiento. Se sentaron en mi mesa y comenzaron a charlar espontáneamente. En la corta conversación tratamos los temas de rigor: cómo está, de dónde viene, dónde se va a quedar, cuántos días permanecerá en la región y si es la primera vez que se la visita. “¿A qué se dedica?”, fue la pregunta que hubiera querido evitar pero que tuve que contestar con cierta incomodidad. Acababa de llegar y ya tenía que revelar la intención de mi visita. Creo que no quería predisponer o alertar a la gente, pues todas las personas con quienes me llegara a encontrar serían parte de mi objeto de estudio y ¿quién quiere serlo en sus vacaciones o en su propio territorio? Además, resultaba algo sospechoso que fuese a permanecer tanto tiempo allí y más aún cuando estaba solo. Normalmente los paquetes turísticos no sobrepasan los siete días. “Soy estudiante de antropología y estoy haciendo un estudio sobre el turismo en la región” les dije a mis

interlocutores, a lo cual me respondieron “*ah, entonces está haciendo su trabajo de campo*”, “*si*”... ¡mi -gran secreto! estaba al descubierto!

2. Ustedes los blancos y nosotros lo negros

Durante la tarde del día de mi llegada a Nuquí, me puse a charlar con Mérlin, una de las hijas de Carmelina. Esta joven de 17 años acompaña a su madre en algunas labores domésticas cuando reciben turistas en Villa Ekarí. Ella miraba constantemente hacia el mar esperando avistar la embarcación con todo el grupo que por aquellos días se hospedaba en la casa. Me decía “ya no deben demorar los paisas”. ¿Paisas?, hasta donde tenía entendido los dueños del hostel eran bogotanos aunque en aquel instante nada sabía de la procedencia de los turistas. Mérlin me explicó que allí en Nuquí (y en toda la región), a todos los blancos les llaman “paisas”. Para mí esa denominación era confusa. No podía entender cómo generalizaban de tal forma la noción de paisas, hasta incluir a un boyacense, un huilense, un santandereano o un bogotano. Poco a poco fui descubriendo que el término no aludía al lugar de procedencia, sino al color de la piel, incluyendo a aquella mayoría mestiza que puebla nuestro país. Podría compararse con el apelativo “cachaco”, que todos los “costeños” del Caribe le atribuyen a las personas del interior del país, también sin importar si proceden del Huila, Bogotá, Tunja, o Santander.

Ahora la pregunta era ¿por qué paisas y no cachacos u otro similar? Basta con estar un par de días para ver que la mayoría de los nuevos residentes de aquella zona provienen del departamento antioqueño y en menor medida de Risaralda. Las personas de aquellos departamentos son conocidas en el resto del país como “paisas”. Así pues, estos inmigrantes se distinguen en el Chocó por estar involucrados en gran parte del sistema comercial de la región. Por lo general, son los encargados de importar muchos de los

insumos que sólo se consiguen en ciudades como Medellín¹⁶ o Buenaventura. Los paisas, tradicionalmente han estado asociados con el comercio y en el Chocó hacen honor a su fama. Son dueños de locales comerciales, tabernas y discotecas, de los mejores hoteles, supermercados, tiendas y expendios de alimentos y licor. Así pues, con su sello regional los paisas han marcado a todos los blancos que aparecen en la zona en son de turismo. Desde ahí entendí y acepté que me reconocieran como “el paisa Andrés”. Ahora bien, volvamos al asunto del color de la piel. Mérlin insistía en hacer comparaciones entre el grupo blanco y el negro. Entre nosotros estaba perfectamente claro a que grupo pertenecíamos.

Mérlin me explicó que había diferencias entre blancos y negros, por ejemplo: *“ustedes los blancos hablan mucho mientras comen y después de terminar la comida paran boorras hablando y hablando”* (D.C., 2005: 18 y 19). Traté de imaginar a qué se refería con aquel comentario pero solo pude pensar en mi propia experiencia y darme cuenta de la importancia que en las urbes le otorgamos a comer en compañía, bien sea en familia, en pareja, con amigos o colegas del trabajo. Esos son momentos cuando el silencio no está bien visto y las normas sociales indican que debemos conversar durante y al finalizar la comida. Con el paso de los días pude observar otros aspectos que no sólo corroborarían mi interpretación sino identificar nuevos elementos para hacer una lectura completa del comentario de Mérlin.

Por ejemplo, dadas las condiciones de energía eléctrica en Villa Ekari, luego de finalizar la cena, el mejor y casi único plan era hablar. Nos sumergíamos en largas conversaciones que abarcaban distintos temas. Lo mismo pasaba en los desayunos y los almuerzos, momentos cuando muchas veces, aunque había luz natural, la lluvia impedía llevar a cabo actividades a la intemperie. También debe notarse el ritmo propio de los

¹⁶ Para los afrocolombianos del eje, Medellín es el referente de “gran ciudad”, es aquella inmensa urbe a la cual pueden acceder con cierta facilidad. Sin duda, la capital antioqueña es mucho más importante para los afrochocoanos que la misma Bogotá.

turistas que han optado por esta región para tomarse las cosas con calma, descansar, desayunar y almorzar tarde y conocer nuevas personas, precisamente a través de las charlas y el momento propicio era precisamente en las horas de comida en donde se reunía todo el grupo. Cabe notar que el comedor era el espacio más amplio dentro de la casa.

Ahora vayamos a lo que sucede con mi “informante” y sus coterráneos. Como ya lo mencioné, Mérlin se encontraba ayudando a su madre en labores domésticas, dentro de las cuales estaba la de servir la comida a los turistas y retirar los platos de la mesa. Supongo que ella percibía las charlas largas y casi interminables, no solo por su duración real sino por los temas ajenos a sus intereses. También debe considerarse su imposibilidad de participar en las pláticas debido a su edad y estatus de empleada que le impedía compartir abiertamente con los comensales. Ella debía aguardar en la cocina junto a su madre y escuchar, si así lo quería, la extensa conversación hasta que los blancos saciásemos nuestra sed de comunicación. Tan sólo así ella podría recoger las últimas tazas con cunchos de café, limpiar la mesa y ordenar las sillas. En un par de ocasiones quise corroborar su aburrimiento para lo cual le dirigía miradas con gesto de aburrimiento o de soñolencia a las que ella me correspondía con gestos de complicidad.

Atento a esta situación observé también que las dinámicas de los lugareños son distintas. Sí bien la conversación es supremamente importante para ellos, realizan ese acto en un contexto diferente al de la comida. En muchas ocasiones noté cómo la mujer sirve la comida a su marido, luego a sus hijos varones y finalmente ella come con sus niños más pequeños. A veces pueden comer casi al tiempo pero lo hacen en distintos lugares. Por ejemplo, al hombre le sirven en la sala o área social de la casa, frente al televisor o escuchando música mientras que por lo general la mujer come en la cocina. No observé nunca a una familia reunida alrededor de una mesa tomando los alimentos tal y como se acostumbra en el interior del país. No obstante, la charla es muy importante en la cultura

afrocolombiana. En las calles uno ve a la gente sentada en sus sillas plásticas hablando por horas y horas. También es muy dada al juego de naipes y dominó, prácticas que también son aprovechadas para hablar de temas de interés.

Luego, Mérlin mencionó otras diferencias “evidentes” entre los blancos y los negros. *“Nosotros los negros bailamos mejor y aguantamos fiestas hasta el amanecer, no somos tan aburridos como ustedes los blancos, tomamos más trago y hablamos más fuerte”*. No obstante, a su corta edad, hablaba con mucha propiedad de las diferencias entre las dos sociedades. Gesticulaba con orgullo haciendo énfasis en las cualidades de sus paisanos, mientras que la única alusión a los blancos fue que “son más aburridos que los negros”.

Como todo el tiempo se había estado refiriendo a su gente como “negros”, me animé a preguntar si se llamaban a sí mismos de otra forma. Pensó por un momento y me dijo: *“sí, libres”*. Quizás imaginando que el término me sería difícil de entender, me explicó que en una época ellos habían sido esclavos de los blancos y que por fin habían quedado “libres”. Allá usan esa denominación en contextos particulares. Por ejemplo, cuando un afrocolombiano se refiere a otro (de su mismo fenotipo) de forma impersonal: “ahí va un grupo de libres” o “esa chola¹⁷ casó¹⁸ con un libre de Panguí”. Indagué por el término “afrocolombiano” y su respuesta fue una carcajada estridente; viendo mi extrañeza me dijo que no, que ellos eran negros o libres. Yo le dije que sí no entendía o reconocía este término o el de “afrodescendiente” y ella me respondió que sí, que alguna vez lo había leído en un libro de su colegio.

En lo que a mí refiere, sé que me sonrojé. Me sentí ridículo insistiendo en aquellos calificativos que al parecer son bastante academicistas. Recordé el eterno dilema entre los

¹⁷ El término “cholo” es empleado por los negros para denominar a los indígenas embera que habitan la región. Tiende a ser peyorativo según el acento y el contexto en el que se emplee. Los indígenas por su parte, no se autodenominan con este calificativo.

¹⁸ Esta forma verbal es muy común en la región. No se utiliza el reflexivo “se”, dejando solamente el verbo conjugado “casó”.

estudiosos de las culturas provenientes del África tratando de hallar los gentilicios, toponímicos y calificativos para aquellos grupos. Mi memoria volvió al X Congreso Nacional de Antropología del año 2005 cuando el profesor Pereachalá, académico y afrocolombiano, mostrándose indignado se impuso en el auditorio para decir que él no era negro sino afrocolombiano. Y a pesar de esas vivencias estaba yo allí, con una joven real que se refería a sí misma y a su gente como negra. Entonces ¿Quién era yo para tratar de sustituir el denominativo en el que Mérlin cifraba la identidad de su pueblo, su gente, su comunidad, de ella misma?

Noté en las palabras de Mérlin que las diferencias que enunciaba no estaban directamente relacionadas a las culturas sino a las étnicas y para ello acudía a las nociones de raza o color. Ella y sus pares se sienten diferentes, no por ser portadores de la cultura chocoana sino por ser negros. Esa es una premisa heredada de las grandes desigualdades a las que estas sociedades fueron y han sido expuestas desde la época de la colonia.

Al final de la tarde cesó la espera de Mérlin; llegaron por fin los “paisas” que no eran otra cosa que un grupo de turistas bogotanos.

3. El cruce hacia Playa Olímpica



14. Cruce entre Nuquí y Playa Olímpica

Villa Ekari queda en Playa Olímpica; el río Nuquí las separa a ambas de la cabecera municipal. Sólo se puede pasar navegando, así es que me referiré a las experiencias que tuve en ese cruce.

3.1. El cruce con los indígenas

Mi primera experiencia fue cuando llegué a Nuquí. Como no me habían ido a recibir tuve que dirigirme por mi cuenta a Playa Olímpica. Caminé entonces con mi gran morral a la espalda y uno más pequeño en mi pecho. La gente me miraba y sonreía. A veces saludaba con mi cabeza, gesto que era respondido con un “buenas tardes”. Seguí caminando con un sol abrasador hasta que llegué al embarcadero. Allí solo vi a un grupo de indígenas que saludé como lo había hecho antes con los habitantes afrocolombianos. No obstante, mi saludo apenas fue respondido de forma parca por un par de hombres. Les pregunté cómo podría pasar al otro lado, se miraron entre sí hasta que uno llamó con un silbido a un par de jóvenes que se aproximaban en una canoa. Le dijo en español que me llevara y yo atiné a preguntar a los jóvenes cuánto me cobrarían por el cruce hasta Playa Olímpica. Antes me había cerciorado de que lo normal era que cobraran mil pesos por pasarlo a uno. Mi desconfianza viene de una larga historia de negociación como turista en la cual he tenido que defenderme de las tarifas altas que los lugareños les cobran a los visitantes, especialmente después de haberles prestado algún servicio, cuando el turista no puede echarse para atrás o protestar por lo ya consumido. Volviendo al asunto, el joven me hacía señas para que me subiera, esto lo hacía con cierto apuro como quien está perdiendo tiempo y dinero. Cuando vio que no me movía y de nuevo preguntaba por el precio me dijo “dos mil pesos”. “No, mil” le respondí y sin tratar de acordar una nueva tarifa aceptó mi oferta. El asunto no son los mil pesos sino el querer cobrar el doble de lo que se acostumbra. Con gran dificultad me subí a la angosta embarcación que se tambaleaba,

además, el equipaje que llevaba conmigo aumentaba mi peso natural. Luego de mi torpe acomodación ellos empezaron a remar con gran destreza. El hermoso paisaje, el cielo azul, el mar de fondo, los sonidos de la naturaleza y dos indígenas a mi servicio; experimente la extraña sensación de estar protagonizando una escena del siglo XVI cuando los conquistadores se valían de los “indios” para cruzar esteros, ríos y bosques. ¿Será que esta sensación sigue seduciendo al hombre blanco?, quizás si, creo que lo que experimenté fue una dualidad entre el placer de ser atendido por “nativos” y el disgusto de que así fuese, esto ultimo surge a partir de una estructura mental resultante de algunos años de estudios antropológicos.

3.2. El cruce con Pastrana

Eran las 5:00 p.m. del último día del año 2005. Llegué al embarcadero para atravesar el río Nuquí antes de que se hiciera de noche. Busqué por todos lados, esperé un poco y no veía a nadie pasar. Me regresé un poco y pregunté a una joven por el señor que hacía los traslados. Ella me indicó que Pastrana trabajaba normalmente hasta las 6:00 p.m. pero que ese día había arrastrado su lancha¹⁹ como a eso de las 4:00 p.m. Por fortuna me dio las indicaciones para llegar hasta su casa.

Pastrana debe tener cincuenta y cinco años, es delgado pero se lo ve fuerte, recio, gracias a su actividad. Se encontraba descasando y todo indicaba que no quería volver a arrastrar su herramienta de trabajo; además, yo representaba solo un cliente. Tuve que pedirle el favor encarecidamente, le dije que todas mis cosas estaban en Playa Olímpica, que mis conocidos estaban allí y que quería pasar fin de año allá. Él se compadeció de mí y accedió a llevarme. Confieso que ante su sonrisa y sus palabras sentí un gran alivio y por

¹⁹ Se refiere a dejar la canoa en un sitio seguro al final de la jornada. Esta se traslada desde el agua y a través del playón que queda en la marea baja hasta un punto en tierra que no llegue a cubrirse cuando la marea suba durante la noche o la madrugada. Para ello utilizan dos troncos cilíndricos de unos doce centímetros de diámetro por unos sesenta de largo. Estos los van alternando uno a uno bajo la canoa, así su desplazamiento se hace con mayor facilidad.

primera vez omití mi regla de preguntar con antelación la cuantía del servicio que iba a recibir, en mis condiciones estaba dispuesto a pagar cualquier precio. Llegamos a la orilla y Pastrana me dijo que aguardara a que él trajese su embarcación. Desapareció entre los matorrales y unos minutos más tarde apareció remando lenta pero constantemente su canoa anaranjada. En el casco a lado y lado le había escrito “la cruzario”, pensé que era “la corsario” pero no, cruzario refería a “aquella con la que se cruza”. Así pues, mi remero sonreía plácidamente mientras sus músculos se tensionaban para imprimirle la fuerza necesaria al canaleta que impulsaba nuestro vehículo. “Soy entonces su último cliente del año 2005” le dije, mientras pensaba: “un paisa, un antropólogo paisa, un turista desvalido...”; “el último” me respondió con una sonrisa franca y amable.

Durante el trayecto pregunté acerca del flujo de gente y sobre su trabajo en general. Me comentó que el número de clientes aumentaba en temporadas altas gracias a los turistas pero que durante todo el año había trabajo debido a los habitantes de Panguí²⁰ que requerían el servicio cotidianamente. El barquero lleva ejerciendo este oficio varios años y se considera el más constante ya que, según él, hay otros barqueros que cuando consiguen dos o tres mil pesos se van a descansar así la mañana hasta ahora esté comenzando. Lo anterior es un ejemplo de cómo muchos lugareños trabajan por el sustento diario mínimo necesario. Pastrana decía que él trabajaba todo el día y casi todos los días de la semana. Unos días después la cruzario era conducida por un joven, lo que me causó curiosidad. Pregunté por Pastrana y me dijeron que había matado una marrana y que por eso pasaría varios días celebrando, bebiendo, comiendo y descansando.

²⁰ Panguí es un corregimiento de Nuquí que se encuentra como a una hora de camino hacia el sur de la cabecera municipal. Para llegar allí debe cruzarse el río Nuquí, recorrer playa Olímpica, cruzar el río Panguí y atravesar playa Panguí. También se puede llegar en lancha de motor, trayecto que dura 25 minutos aproximadamente.

Pastrana me dejó en el cementerio y me cobró “lo que yo quisiera”, le insistí que me indicara una cifra. Su respuesta fue: dos mil pesos, se los di y le encimé dos mil más por el favor y por el año nuevo.

3.3. El cruce con unos bañistas locales

El último de mis relatos tuvo lugar en la tarde del 4 de enero. Nuevamente esperaba a que llegase alguna embarcación que me pudiera pasar al otro lado. Al rato llegó un grupo de amigos que se dirigía a playa Olímpica para pasar la tarde. Este plan es bastante común entre la gente joven de Nuquí. El grupo estaba compuesto por Darío, un hombre de unos treinta años quien remaría la embarcación, una señora de unos treinta y cinco años, su joven hija en avanzado estado de embarazo (al día siguiente tendría su hijo) y una familiar de las dos anteriores. Darío ofreció pasarme y me dijo que me subiera y me sentara en la única tablita que hacía las veces de asiento. Agradecí su gesto y de forma cordial traté de ceder el puesto a alguna de las mujeres, especialmente a aquella embarazada. Todas se negaron y junto con él insistieron en que ocupara el preciado lugar justificando su invitación con una expresión muy dicente: “primero el turista”. Esto lo único que hizo fue aumentar mi incomodidad, pero al ver su determinación no quise desairar a mis anfitriones con una negación rotunda. Mientras ocupaba mi trono escuché un nuevo comentario que pondría en alerta todo mi sentido antropológico. *“Abí no se va a mojá, así ha sido siempre, el blanco no se moja, el negro es el que tiene que remar, impulsar la barca, mojarse y atender al blanco”*. Mis oídos no daban crédito a lo que estaba escuchando, me parecía increíble un comentario tan directo, tan cargado de resentimiento, de historia, de verdad.

No tuve el ánimo para emitir comentario alguno. Repasaba el mensaje palabra tras palabra y en un par de minutos observé la escena que todos protagonizábamos: un hombre negro remando nuestra embarcación, una mujer con nueve meses de embarazo en cuclillas, otras dos acomodadas de cualquier manera y un blanco sentado en la proa completamente

seco y con ninguna posibilidad de cambiar su rol. Ellos habían insistido en ubicarme en aquel lugar y con ello reproducíamos el cuadro tradicional del que se acababan de quejar. Como si fuera poco, la otra mujer añadió: “*la diferencia es que desde la ley de negritudes impulsada por el senador (no recuerdo el apellido mencionado), los blancos nunca más podrán volver a esclavizar a los negros*”. Luego mencionaron una novela brasileña llamada *Chica da Silva* en la que la protagonista era una esclava que se había enamorado de un terrateniente blanco y que aprovechando su posición había librado a sus hermanos negros de la esclavitud²¹.

Notemos entonces todos los mensajes explícitos e implícitos expresados durante este corto trayecto. Resalto la prioridad que me dieron por mi condición de turista; esto supone ser blanco y traer dinero consigo. Por otra parte está el nivel y estatus en el que cada uno se ubicó, sustentado explícitamente desde una perspectiva histórica de servilismo. Mi aceptación de un lugar principal y preferencial estaba también sujeta a una presión de grupo y a mi imposibilidad de asumir un papel distinto en la escena, es decir, no soy apto para remar y conducir una embarcación por la desembocadura de un río.

La referencia a *Chica Da Silva* me llamó mucho la atención. Notemos cómo mediante referencias de una telenovela extranjera que se desarrolla en el siglo XIX, los afrocolombianos de esta región lograron hacer una serie de asociaciones con lo que ellos conocen de su pasado; entre ellas la filiación de un terrateniente blanco con una mujer esclava que logra múltiples beneficios para sus congéneres, la vida difícil a la que eran sometidos en las plantaciones, los castigos, la comida y las discriminaciones raciales. También está la noción de esclavitud y libertad que se liga a la Ley 70 de 1993 y no a la de vientres o la de 1851.

²¹ Con este referente indagué en varias ocasiones por la telenovela brasileña y constaté el éxito que ésta había tenido en Nuquí. Muchos habían seguido la saga de *Chica da Silva*.

4. Estereotipos que se topan en la región

Siempre me ha llamado la atención la percepción que la gente tiene del Chocó biogeográfico en relación con sus riquezas minerales, de fauna y flora y el contraste con la pobreza en la cual está sumergida su población humana. Desde nuestra escuela se habla de un departamento de gente negra y en “negras condiciones” económicas. Y se estereotipa a su población con defectos como la pereza, el gusto por la bebida y el baile erótico. Por otra parte está el estereotipo del paisa cuyas características son interpretadas como cualidades que además contrastan fuertemente con las primeras enunciadas. A los paisas se los asocia con gente blanca, trabajadora, con alto sentido del progreso y formada en valores y creencias católicas. Por otra parte tenemos al turista quien llega con sus creencias preestablecidas y, lastimosamente, no tendrá ni el tiempo ni el interés suficiente para entender la realidad y la esencia de un pueblo que ha sido estigmatizado y subvalorado a lo largo de los siglos por la misma sociedad mestiza que ha utilizado estos discursos racistas y discriminatorios para sostenerse en la cúspide de la pirámide de la sociedad nacional.

A continuación pretendo hacer un aporte para el mejor entendimiento de estas comunidades cuya cultura ha sido mancillada reiteradamente.

4.1. Percepción de la pobreza

Las comunidades locales poseen conocimientos y prácticas de manejo de la naturaleza que poco se conocen o bien se desestiman, pero podrían servir de fundamento a procesos de desarrollo sostenido con arraigo social.

(Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 16)

Era una de esas mañanas lluviosas típicas del litoral chocoano. Edgar Bautista conducía su lancha de motor y nosotros, su grupo de turistas mirábamos atentos las construcciones emplazadas en la margen del río Nuquí. Casas desvencijadas hechas con tablas y techos de palma de iraca y zinc descansaban sobre palafitos incrustados en el lodo, enramadas, zoteas,

y restos de material y “basura”²² hacían parte del escenario desde donde señoras y niños seguían con sus ojos nuestro lento avance. Era mi primer acercamiento a las famosas zoteas del Pacífico, aquellas canoas viejas que son usadas por las mujeres a manera de materas para sembrar plantas medicinales y otras especies utilizadas en la cocina local, y de las que tanto había escuchado hablar en mis clases de afrodescendientes. Pronto noté que mi emoción contrastaba con la mirada de mis compañeros quienes no tenían por qué entender mi gozo y que por el contrario percibían pobreza y miseria. “*Pobre gente, mire como viven*” me dijo uno de ellos. Cesé mi observación de las zoteas y me dispuse a tratar de entender lo que el grupo estaba percibiendo. Reparé en sus caras atónitas y llenas de lástima por las condiciones en las que se encontraban las casas de los habitantes ribereños. Una vez más atendí a quienes nos miraban y sentí cómo nuestras capas de lluvia y nuestros chalecos salvavidas se convertían en un ajuar que nos distanciaba y protegía de los ojos expresivos de los afrocolombianos presentes en aquel escenario.

Pronto llegamos al improvisado muelle y después de recibir las indicaciones de Edgar nos dispusimos a iniciar nuestra caminata hasta el corregimiento de Tribugá que se encuentra a hora y media de camino por la playa Nuquí. El grupo de turistas lo componíamos Guillermo y su esposa Amanda, ambos entre los sesenta y setenta años, Claudia una comunicadora social de veintisiete años y yo. Aunque la lluvia no cesaba el ejercicio nos obligó a quitarnos las capas pues la humedad del medio, sumada al calor ambiental y el de nuestro cuerpo en movimiento hacía que sudáramos en demasía. El sol no era visible pero sus rayos hicieron efecto sobre nuestra piel.

El caserío nos produjo a todos muchas sensaciones. Es evidente su abandono, casi todas las casas se ven deterioradas y algunas de ellas se encuentran deshabitadas; en su mayoría son de madera con techo de palma de iraca. Hace unos años, Tribugá sufrió el

²² Recuérdese el planteamiento sobre el problema de las basuras del que hablé en el Capítulo II.

paso e incursiones de grupos armados ilegales, lo cual produjo un abandono masivo de la pequeña población. Desde hace unos meses algunos de sus pobladores han ido regresando, pero muchos de ellos permanecen en la cabecera municipal o en otros sitios. Los habitantes cocinan con leña y no tienen luz. Tan sólo poseen una pequeña planta que prenden para poner en funcionamiento un equipo de sonido para las fiestas y celebraciones. Algunos niños jugaban descalzos y a medio vestir con ropa vieja y raída, al advertir nuestra presencia nos dirigían miradas de curiosidad y empezaban a seguirnos alegremente.

De nuevo, mis compañeros de viaje expresaron tristeza y desazón señalando la pobreza de aquel lugar. En términos turísticos, en Tribugá no hay mucho que hacer, excepto buscar una tienda y tomar algo mientras recuperábamos el aliento antes de emprender el camino de vuelta. Guillermo me decía que la pobreza era aterradora, que todo lo observaba “dejado” y que no se veía a la gente trabajando en nada. Opinó que *“recogen lo del día: un poco de pescado plátano y ya, ¿para qué más?”*. Esto fue el análisis de uno de mis compañeros quien se apoyaba en su experiencia y cultura occidental para comparar y hacer un juicio de lo que observaba en aquel lugar. No pude dejar de pensar en cómo cambiarían las cosas si el proyecto de hacer un puerto en aquel lugar se hiciera realidad. Todo lo que en aquel momento veíamos desaparecería cambiando por completo la dinámica y la geografía de aquel caserío. Luego de tomar unas fotografías a unos niños del lugar, Claudia, me dijo que *“es impresionante ver a la gente por ahí, charlando, riéndose, sin ninguna prisa, con un ritmo tan pausado”*.

Antes de mi discernimiento sobre lo anterior veamos el siguiente caso ocurrido precisamente ese mismo día.

Benjamín era un paisa que llevaba más de 15 años en la región. Hace unos años llegó a tener varias lanchas para transportar turistas, habitantes locales y suministros entre Buenaventura y Nuquí. Sin embargo, tuvo que suspender su oficio después de que la

guerrilla lo secuestrara a principios de la presente década. Aunque perdió casi todo su capital, su amor por la tierra nuquiseña lo impulsó a quedarse y empezar de nuevo con una tienda de víveres. Estando precisamente allí, noté que los anaqueles se encontraban bastante vacíos, él me explicó que esto se debía a la temporada de fiestas, “*ellos*” (los afrocolombianos) *no están trabajando por estos días y no lo harán mientras tengan plata*”. Como no había quien trajera mercancía de Buenaventura, todas las tiendas estaban en la misma situación y sus dueños se mostraban tranquilos y resignados por lo que sucedía. “*Ellos son así*”, me dijo Benjamín, levantando sus hombros y con un tono de resignación. Nadie estaba dispuesto a sacrificar aquellos días de fiesta y descanso por traer mercancía. Y es que los suministros básicos que necesitan los nuquiseños para su sustento alimenticio no los traen precisamente de Buenaventura, Cali, Medellín o Bogotá. Si bien sus dietas ahora incluyen varios productos industriales, el plátano, la yuca, el arroz y el pescado (base de su dieta) lo obtienen en su propia región. Entonces los afectados seríamos precisamente los turistas, aquellos que demandamos los productos que importan los paisas residentes para los paisas visitantes. Como lo he indicado en varias partes del presente texto, los habitantes locales manifiestan abiertamente su inconformidad para con los beneficios del turismo en su economía, a lo cual se suma el gran desinterés de los hoteleros paisas por la gente local, su cultura y sus necesidades; extraen de esas tierras el máximo provecho posible, emplean a la gente que necesitan sin ninguna garantía laboral, traen consigo buena parte de los suministros y retornan a sus ciudades con la mayoría de efectivo pagado por los turistas. Entonces, ¿qué clase de reciprocidad podría esperarse de los lancheros que traen víveres para con los paisas y sus clientes?, más aún, como ya lo sabemos, en temporadas festivas.

Creo que el término “pobreza”, como muchos otros, es relativo. En este aparte propongo una doble mirada en torno a la realidad que se vive en este territorio. La primera tiene que ver con los índices estandarizados para medir las necesidades socioeconómicas de

una población y la segunda con las estrategias y formas de supervivencia de la sociedad local.

Es innegable la situación de aislamiento al que ha sido sometido el litoral Pacífico por parte del Estado colombiano, especialmente aquellas regiones en donde habitan sociedades afrocolombianas e indígenas. El departamento del Chocó presenta las cifras más dramáticas en cuanto a la precariedad de la calidad de vivienda, servicios públicos, nivel educativo y el porcentaje de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) de todo el territorio nacional. Por medio de las medidas anteriores puede establecerse el índice de calidad de vida que para 1995 se estimaba en 27.9 mientras el promedio nacional era de 39.0. En cuanto al NBI, el del Chocó ascendía a un 82.8% mientras en el resto del país era del 45.6%. Presenta además los indicadores más preocupantes en cuanto a salud, mortalidad infantil y esperanza de vida (Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 57).

Las comunidades chocoanas han tenido que diseñar y hacer uso de una serie de estrategias culturales y ambientales que les permitan superar la situación de abandono por parte del Estado y la sociedad mestiza.

(...) frente a las restricciones y ausencias de los servicios y sus repercusiones la sociedad local chocoana, con su variedad cultural, brinda alternativas recurriendo a medios tradicionales y nuevos. Formas de solidaridad, cadenas de comunicación y reciprocidad, aprovechamiento de recursos de la naturaleza, desarrollo de especialistas de la curación y el consuelo, fiestas y ceremonias mortuorias y también, por supuesto, el apoyo de las redes del clientelismo político.

(Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 62)

Las nociones de progreso y desarrollo han marcado el último siglo de la historia de Centro y Suramérica. En los últimos 60 años el capitalismo estadounidense soportado en un elaborado discurso desarrollista, no ha dejado en sus países “laboratorio” más que endeudamiento, pobreza, violencia, consumismo, marginalización y deterioro social (Escobar, 1998). Las tendencias mercantilistas siguen haciendo de las suyas a través de la

publicidad en los medios masivos de comunicación con lo cual provocan y cautivan a públicos de todas las edades, géneros, condiciones socioeconómicas y étnicas.

Nuestros pueblos afrocolombianos no han escapado del mercantilismo; en especial los más jóvenes quieren acceder a zapatillas de marcas reconocidas, ropa de colores que imitan las indumentarias de los afroestadounidenses, peinados y extensiones de cabello, música y equipos de sonido de gran potencia para escuchar los ritmos de moda.

Sin embargo, hay un modelo económico ancestral que a pesar de sus fracturas causadas por la modernidad aún prevalece en la región. Me refiero a las actividades de producción y a sus formas económicas.

Antes mencionaba que la pobreza es relativa y ahora quiero situar la discusión en mi área de estudio. Lo primero que hay que entender es que una gran parte de la población busca día a día su sustento, haciendo de esta “*una sociedad con baja acumulación de excedentes*” (Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995). Lo cual se refleja en los pagos de jornales, en el “menudeo” a la hora de comprar los víveres, en la pesca, en la recolección de plátano y en el pago de sus deudas. La *mano cambiá*²³, la solidaridad entre miembros de grupos familiares extensos en cuanto a suministro de vivienda y comida, el aprovechamiento de los recursos naturales para la construcción de sus habitaciones, la comunicación verbal y el transporte en canoas construidas con maderas endémicas, proporcionan a estos pueblos un importante soporte de autosuficiencia económica que aún prevalece con todo y el inminente avance del capitalismo.

Creen en el valor de la conversación, del reposo, de la tranquilidad y los encuentro coherentes en su discurso porque destinan una buena parte de su tiempo para poner esto en práctica. Mis compañeros turistas los veían como personas poco trabajadoras pero a mí

²³ Es cuando varias personas de una comunidad apoyan a una persona o una familia nuclear en alguna labor exigente y posteriormente aquellos beneficiados, como parte de la comunidad, apoyarán con su trabajo a una nueva persona o familia. Esto se da especialmente en la construcción de viviendas y producción de alimentos.

parecer son personas que disfrutan de la vida dándole gran importancia a la comunicación verbal, la música y las relaciones de vecindad que hacen la vida más llevadera. Muchos de los pueblos con culturas occidentales esperan que el resultado de toda una vida de arduo trabajo sea precisamente la oportunidad de pasar los últimos años relajados, descansando y observando con paciencia lo que pasa en su mundo social y cultural. Me parece que los afrochocoanos, sin que lo sepan con exactitud, disfrutan a cualquier edad muchas de las cosas que los ciudadanos anhelamos constantemente y creemos que algún día gozaremos con plenitud así debamos esperar hasta la vejez. Como lo dije anteriormente, el ánimo no siempre es de acumular, su vida ha sido tradicionalmente móvil, del día a día y por ello su cultura aboga por un aprovechamiento del tiempo libre, de los bailes, de los amigos y las parentelas. En palabras de Wigberto Trujillo *“aquí la gente trabaja para vivir y no vive para trabajar”*.

Finalmente creo que la riqueza no sólo puede medirse por lo económico, esta puede reconocerse también cuando hay un manejo equilibrado entre el trabajo y el descanso y cuando la amabilidad, la expresividad, su plástica corporal, sus manifestaciones de cariño y de otros sentimientos se hacen evidentes en sus relaciones con los demás.

Llegué a mi hotel, me duché y ya cambiado decidí dar un paseo por el pueblo. Las calles están iluminadas por una luz tenue lo que a mi parecer le dan un encanto especial. Vi a la gente con las puertas abiertas viendo televisión en sus casas, tomando algo, charlando, jugando cartas, escuchando música. Esto es quizás lo que los expertos llaman –calidad de vida- que por lo que veo, en el Chocó no es directamente proporcional a la riqueza económica. Tal vez esta gente local si conoce las prioridades de la vida.

(Triviño, D.C.: 207)

4.2. Cuerpos blancos, cuerpos negros

El color de la piel. Desde el principio de los tiempos esto ha sido motivo de curiosidad, de incertidumbre, de discusión, de distanciamiento, de diferencias, de discriminación, de identificación e identidad.

La ideología del mestizaje, entendiendo el blanqueamiento como lo deseable, hace parte de la ideología nacional y se afianza espacialmente, de manera que ciertas regiones se ven como periféricas y atrasadas por ser racialmente negras o indias, como en el caso del Chocó.

(Jimeno, Sotomayor y Valderrama, 1995: 29).

Se pone en la balanza el valor de un cuerpo de piel negra con uno de piel blanca. Nos agrupamos, nos aprovechamos, nos dejamos oprimir por estas diferencias. ¿Qué hacer con esta interminable discusión?, no se si los estudios antropológicos y las explicaciones que esta disciplina hace de los modos de vida de los afrocolombianos aporten al mejor entendimiento sus pueblos, o si por el contrario contribuyan a la separación de las sociedades. Aún con esta duda me referiré a algunos casos en los que identifique diferencias y juicios étnicos por parte de turistas y paisas.

Villa Ekari, 31 de diciembre de 2005, 11:00 p.m. Edgar Bautista y Rosita habían dispuesto en la playa unas diez sillas de plástico alrededor de una fogata para que los huéspedes de su hotel recibiéramos el nuevo año. Con el rumor del viento y las olas que se estrellaban en la orilla esperábamos pacientemente el momento indicado para darle la bienvenida al 2006. Por fin alguien dijo “ya es año nuevo”, entonces nos pusimos de pie y nos fuimos dando abrazos de felicitación los unos a los otros. Después nos sentamos a seguir contemplando el fuego y el grupo entero se sumergió en pensamientos, recuerdos y reflexiones. Yo pensaba en la quietud del momento pero esto era el resultado de algo que todos habíamos acordado tácitamente. Uno de mis compañeros preguntó en voz alta: “¿en qué piensa el antropólogo?”, y yo, para no pasar por pretencioso dije que meditaba sobre lo que había hecho durante el año que terminaba, aunque la verdad es que en aquel instante cavilaba sobre las diferencias culturales entre este grupo del interior del país, pasivo, nostálgico, reflexivo, a tan sólo un kilómetro de una población que debía efervesecer al calor de la música, el baile, los sancochos y la bebida. Aquella tarde, Mérlin me había descrito cómo celebraban el fin de año en Nuquí: “*a las 8:00 p.m. nos ponemos la -percha-* [ropa

adecuada para la ocasión], *vamos a misa de 10:00 p.m. comemos sancocho y a las 12:00 p.m. recibimos felices el año nuevo, nuestros mayores nos dan la bendición y nos vamos de rumba corrida hasta el amanecer*". Lamenté no haber estado en la celebración con los nuquiseños. Era mi segundo día en terreno, no conocía a nadie en el pueblo y los turistas de mi hostel tampoco se habían animado a pasar la ocasión en el pueblo, percibí que preferían hacerlo junto al mar y en un ambiente tranquilo. Por esta desazón me propuse pasar en Nuquí, en compañía de gente local, la celebración del día de reyes.

Busqué la forma para hacerme invitar por las hijas de Carmelina, la señora encargada de la cocina en Villa Ekarí. "*Andrés ¿se va esta noche con la gallada?*", me dijo Carmelina, "*sí, esta noche no me pierdo la rumba*", le respondí. "*Va a ver como la gozamos los negros*" fueron sus palabras premonitorias.

Ya que Villa Ekarí estaba apartada del pueblo por la desembocadura del río, aquella noche tendría que dormir en casa de Mérlin y sus hermanos mayores Ruby y Lery. Llegamos como a las 7:00 p.m. a una casa que hace unos cuatro años Lery había construido con un amigo. Sus pisos y paredes eran de tabla y los techos de teja de zinc. Su distribución contemplaba cinco habitaciones, una cocina con estufa de gas y un área social con un televisor y adornada con dos diplomas de bachiller, fotografías familiares debidamente enmarcadas y un par de óleos sobre lienzo hechos por los hijos en tiempos de colegio (esta decoración es típica en Nuquí). En la parte exterior de la casa había dos zoteas, un gran tanque de PVC para almacenar agua, una letrina, un fogón de leña y una enramada vacía en donde, hasta hace pocos días, tenían un cerdo comunal en engorde. En Nuquí observé muchas enramadas de madera de unos 150 x 150 cm. en donde crecen y engordan cerdos. Los llamo "cerdos comunales" ya que algunas familias vecinas se ponen de acuerdo para engordarlos con las sobras de comida de cada grupo y disponen

conjuntamente una fecha especial en la que los sacrificarán y repartirán sus partes. Luego hacen una colecta vuelven a comprar una nueva cría para repetir el proceso.



15. Enramada para los cerdos

Lo anterior contrasta con las formas tradicionales de las que habla Moreno en su contacto con el pueblo de Cugucho en donde se criaban los cerdos en grandes manadas que ramoneaban en las parcelas familiares de acuerdo a un sofisticado proceso que él llama tecno-ambiental con el cual se aprovechaba la rotación de cultivos y los cambios atmosféricos de la región (Moreno citado por Jiménez, 1998: 236).

Tomé un baño en la parte exterior de la casa y me puse la *percha*. Como había llegado la luz nos reunimos en el área social a ver televisión. Mientras tanto Ruby empezó a repartirle la comida a cada uno. Como no se cuenta con una mesa, cada uno se sienta en su silla de plástico y sujeta su plato con sus manos y come haciendo caso omiso de los demás comensales. Por ser el invitado me sirvieron de primero, luego Lery y el tío que vive con ellos. Ninguna de las mujeres ni las dos niñas presentes en la casa nos acompañaron. La cena constó de arroz, patacón piza'ó y queso costeño frito. Terminamos nuestra comida y mientras seguíamos viendo *Shrek*. Sentí cómo el tío de los jóvenes, un hombre de unos 55

o 60 años, me miraba con gran detenimiento. Se fijaba en mi rostro, yo no reparaba abiertamente para no interrumpir su observación “etnográfica”, pronto me sentí como su objeto de estudio y por un instante llegué a imaginar que extendería su mano para tocar mi cabello o algo por el estilo. Nunca sabré lo que pasó por la cabeza de aquel hombre de pelo muy corto, canoso y con una contextura recia y musculosa. Quizás su observación desprevenida y desinhibida fue mucho más directa y honesta que la mía que pretendía ser siempre prudente y sagaz. Esta era la segunda vez que me sentía observado de esta manera tan inusual; la primera fue el día de mi llegada cuando después de tomar el almuerzo me quedé dormido en una hamaca del área social de Villa Ekarí. Cuando desperté estaba José, el mayordomo, con sus ojos clavados en mí observándome fijamente con una mirada que aún no puedo describir. Tuve tiempo de mirarlo y luego de mi suave expresión de saludo apareció en él una amplia sonrisa franca y alegre que dejaba ver su reluciente dentadura.

Volvamos a la casa de Carmelina. Después de un rato Lery me propuso que nos adelantáramos a la discoteca ya que las mujeres se tardarían aún un buen rato para estar listas. Así aprovecharíamos el tiempo para ir tomándonos una cerveza y reservar el lugar para la “gallada” que era el nombre que se le da al grupo de amigos que comparte diversas actividades. Llegamos a “Pachupa”, la *discotec* de moda. Pertenece a un paisa y su construcción es en madera con techos de palma de iraca. Es abierta en uno de sus costados y una parte de la misma se encuentra suspendida sobre palafitos en pleno río Nuquí. Con sus dos pistas de baile, esta *discotec* es la preferida por la juventud nuquiseña aunque también la frecuentan algunos turistas aunque la mayoría de éstos van a otra *discotec* llamada “El achique No. 2” que queda cerca de la calle hotelera.

Luego de una cerveza y media botella de aguardiente Platino, por fin llegó el resto de la gallada. Unas 12 personas conformábamos aquel grupo festivo. Como era de esperar, yo era el único mestizo lo cual generaba preguntas de otros amigos a mis compañeros de baile

“¿quién es ese paisa que no viene con más paisas?” fue la pregunta que le dirigieron a Ruby en un par de ocasiones. La prueba de baile no se hizo esperar y a lo largo de la noche pasé por la raga, el reguetón, salsa, música de chirimía, merengue y vallenato. Los dos primeros ritmos se bailan de manera muy erótica; la mujer le da la espalda al hombre y empieza a menearse armónicamente contra su pareja. El hombre la sigue con su movimiento de cintura mientras roza el trasero de su compañera con su área genital. Yo en particular me encontraba sonrojado y a la vez excitado durante el par de veces que salí a bailar reguetón con dos de las jóvenes del grupo. Afortunadamente el baile de los demás ritmos no fue tan exigente. Además siempre se cuenta con la excusa de ser paisa así es que nuestro movimiento de cintura y la sincronización de nuestro pasos no tienen que competir con sus entrenados cuerpos.

Lo que quiero resaltar es la naturalidad de sus movimientos, es decir, todos bailaban de esta manera sin estar entrando en un cortejo directo e intencionado. Una vez termina una pieza de baile cada cual retorna con los demás o con sus parejas sin problemas de celos o recriminaciones. Tan sólo ese día comprendí la ligereza con la cual se calificamos el baile entre la gente afrocolombiana. Si bien hay erotismo en esta práctica, no se está invitando a la relación sexual. El morbo lo asignamos quienes bailamos diferente, quienes venimos de una cultura más reservada y mojigata. La plasticidad de estas personas es asombrosamente bella, sus movimientos corporales no tienen parangón, son gráciles, seguidores fieles de los ritmos que acompañan la música que los activa. Estas formas de movimiento no vienen precisamente “con la sangre” como muchos argumentan, para mí tienen que ver con una cultura más abierta que se ha permitido explorar el cuerpo y a diseñar con éste múltiples alternativas de expresión. Los afrocolombianos tienen grandes ventajas a la hora de comunicarse y relacionarse con sus congéneres, su corporalidad es en sí misma un lenguaje social lleno de riqueza y tradición. Esto nos impacta a las personas del interior del país cuyo

lenguaje corporal guarda profundas diferencias, siendo éste más restringido, acartonado y lleno de reglas morales. Nuestra carga cultural sólo hace que juzguemos duramente la corporalidad afrocolombiana, asociándolos con seres supersexuados y embebidos en los placeres del erotismo. ¿Deberían entonces castrar su expresividad, comportarse “dignamente”?; ¡no!, abogo por sus formas, por su cuerpo, por su naturalidad y por la libertad de su corporalidad y su sexualidad.

La noche de rumba terminó, también mi experiencia llena de contradicciones, estuve ahí, vi lo que tenía que ver y abrí los ojos frente a muchos paradigmas y tabúes que mi propia cultura ha fijado en mí. La gallada me aceptó como uno más. Al final mis anfitriones me condujeron a su casa y Lery me ofreció su propia habitación para que descansara. A continuación referiré algunos sucesos relacionados a la estética corporal afrocolombiana.

Una de las mañanas fuimos a dar un paseo por el río Nuquí. Subimos aguas arriba con el motor hasta que el nivel del agua nos lo permitió. Una vez Edgar apagó la máquina, José quedó a cargo de remar y conducir la embarcación. Su torso apenas vestido con una camisilla translúcida y de manga sisa dejaba ver perfectamente la tensión de sus músculos por la exigente labor que estaba llevando a cabo. Todos notamos a este titán remando con paciencia y exigiendo a su cuerpo la fuerza para mover la embarcación cargada de turistas. Ana Lucía, una señora nariñense que había ido de vacaciones con sus dos hijas bogotanas fue la única que se atrevió a hacer mención del cuerpo de José exaltando sus musculatura, la ausencia de grasa en su abdomen y la fuerza con la cual remaba. Él por su parte se mostró contento y sonrojado por el comentario de esta mujer que un par de días atrás había hecho lo propio con la figura de Carmelina. Mientras tomábamos el almuerzo esta mujer de piel muy blanca y ojos claros nos comentó a todos los que estábamos en el recinto, su admiración por el cuerpo de Carmelina; dijo además que para tener una figura

como la de ella o el de sus dos esbeltas hijas (Mérlyn y Ruby) a ellas (Ana Lucía y sus dos hijas) les tocaría someterse a sesiones diarias de gimnasio y “veinte cirugías”.

Afortunadamente los halagos se hacían de forma honesta y no referían al color de piel ni a una noción de “raza”, en estas ocasiones eran piropos dirigidos directamente a personas y no a “la gente de aquí”, o “que cuerpazos los de los negros” como quizás he escuchado en otros momentos.

Otro día, después de la cena, Tatiana y Mónica (las dos hijas de Ana Lucía), exaltaron los peinados que Carmelina y sus hijas llevaban consigo. Dijeron que les gustaría hacerse un par de trencitas de ese estilo; Carmen Elena, la hija de Carmelina, con cierta preocupación les confesó que ella le hacía trenzas a su hermana pero que no sabía cómo hacerlas en el cabello de ellas porque este era “muy liso”, las dos solicitantes se quedaron sin palabras y se miraron entre sí como buscando en su repertorio alguna respuesta para aliviar a la niña; afortunadamente Carmelina salió al paso diciendo que no se preocuparan, que ella había vivido en Cali y sabía peinar “el pelo de las paisas”. Todas volvieron a sonreír y de repente la conversación tomó otro rumbo. Estuve pendiente para ver que tan genuino era el interés de hacerse “el par de trencitas” para llegar a Bogotá con una muestra más de haber estado en el Pacífico. Al final todo quedó en palabras, el día del viaje ninguna llevaba trenzas de estilo afro.

5. Los niños se acercan

Mi actividad como dirigente scout ha estado asociada a la formación de niños y jóvenes. Con el paso de los años he adquirido habilidades para acercarme a ellos, compartir sus inquietudes y gustos. De ahí mi interés por tener en cuenta los grupos de estas edades.

En mi estadía de campo tuve la oportunidad de ver cómo los niños se acercan a los turistas con fines comerciales, económicos y de exploración. Su curiosidad innata es acompañada de tranquilidad y espontaneidad para aproximarse, hablar y observar a los

turistas que llegan a sus territorios. Se que también son inducidos por sus padres para que aprovechen la llegada de personas con dinero y así obtener de ellos algunos pesos.

Lastimosamente las relaciones son desiguales y en estos encuentros se afirma la diferencia entre la población afrocolombiana y los turistas mestizos. Creo importante comentar mis encuentros casuales y esporádicos con este grupo ya que reflejan el inicio de lo que los habitantes locales se forjan como estereotipo de las gentes del interior.

Al llegar, como ya lo mencioné anteriormente, noté un “ejercito de niños y jóvenes” en el aeropuerto ofreciendo sus servicios de carga-maletas. Sin embargo, en otra visita que hice al aeropuerto propicié un espacio para hablar con un pequeño grupo de estos chicos. Mientras me tomaba una cerveza enlatada llegó un trío de niñas embera, ellas, guardando la distancia (metro y medio aprox.) me miraban detenidamente. Yo sonreí y gesticulé de una manera especial para generar complicidad. Saludé con mis cejas evitando hacer uso de la palabra para no intimidarlas. Pensé que querían algo de dinero, quizás esta fue su motivación inicial pero cuando recibí sus sonrisas de vuelta las cosas tornaron a otra dinámica. Comentaron algo entre ellas y con su risa observé que sus cuerpos se relajaban sin que su distanciamiento entre ellas y mi mesa variara. Consideré que podría introducir un corto diálogo, para ello hice preguntas cortas y en un tono suave, por ejemplo: “hola, ¿cómo están?”, o “¿dónde están sus papás?”, “¿viven aquí en el pueblo?”. De esta manera ellas podrían, si así lo querían, responder con monosílabos o con gestos. Las tres niñas estaban vestidas con su “paruma”, una especie de falda hecha con un gran trozo de tela que se envuelve alrededor de su cadera, su torso estaba desnudo y era decorado por los collares que ellas o sus madres tejen. Con sus pies descalzos y sus cabellos lacios, despeinados y quemados por el sol dejaban ver que su vida cotidiana transcurría en ambientes naturales.

Es muy usual que los adultos embera que bajan al pueblo a traer plátano verde y a llevar de regreso suministros como arroz, aceite y queso salado traigan consigo sus hijos o

sobrinos para que les hagan compañía y para que conozcan el pueblo. Bajan temprano en la mañana y regresan después del medio día. Los niños caminan libremente por las calles sin separarse demasiado de sus padres y siempre permanecen con sus pares, dos o tres como en este caso. Se los ve tranquilos pero sin el interés (o la posibilidad) de entablar cercanía física ni diálogos con los turistas o con los habitantes locales incluyendo los propios niños afrocolombianos.

Pude constatarlo cuando de repente otros tres chicos de unos once años llegaron a mi mesa. Uno de ellos se sentó a mi lado y sin preguntarme tomó mi lata de cerveza y la pulsó para ver si todavía quedaba líquido en ella. ¿Qué quieres?, le pregunté amablemente, el hizo una mueca y me respondió que estaba esperando a que terminara. Por lo visto quería el envase así que me dispuse a averiguar acerca de la utilidad de estos recipientes. Me contó que les pagan \$ 800 pesos por cada 70 latas que recolecten. El lector podrá hacer la conversión teniendo en cuenta que la cerveza en lata es vendida por \$ 2.500 ¿Cuánto tiempo necesitarían los niños para conseguir setenta? cuando en la hora que pasé en la fonda consumimos, entre todos los turistas, ocho cervezas. Esos mismos chicos cobran \$ 2.000 por cargar la maleta de un turista del aeropuerto al hotel, así que en veinte minutos podrían obtener más del doble de lo que adquirirían por horas a la espera de la colecta de un montón de latas vacías. El detalle estaba en que el servicio de carga-maletas era ostentado por los jóvenes de mayor edad, relegando a los más jóvenes a esta otra clase de trabajo, o de mendicidad.

Algo muy común era la solicitud expresa de bebidas gaseosas. Yo en una ocasión le brindé una *coca-cola* a uno de estos chicos. Luego me lo encontré en el mismo lugar haciendo lo propio con otros turistas. Lo interesante era ver al dueño del local que los “espantaba” para que no “molestasen a los visitantes”, aunque esto solo era un ademán ya que esta era una estrategia para que el consumo se incrementara. Una evidencia era que

mientras no había turistas los niños podían sentarse en las bancas exteriores de la tienda y cuando estos llegaban sabían que tenían que ceder sus puestos y empezar a pedir bebidas o dulces.

Retornando a los niños recicladores, tampoco escaparon a su solicitud a la que no accedí, en parte por lo que acabo de anotar y también por un letrero que había leído en una tienda de Guachalito: *“No le dé limosna a los niños, no queremos infundir esta mala costumbre en nuestra juventud”*.

Luego pasamos a mi herramienta tecnológica que causa en este grupo de jóvenes gran curiosidad. Tengo una cámara de fotos digital que a la vez toma videos de corta duración y registra sonido. Ellos preguntaron cómo funcionaba y luego me pidieron que les tomara algunas fotos. Así lo hice y poco a poco les iba mostrando los registros. Ellos se miraban en la pantalla y se reían de sí mismos y de sus compañeros. Entre tanto la niña embera que quedaba seguía atentamente lo que sucedía pero sin acercarse, siempre en silencio. Uno de los chicos tomó mi gorra, el otro volvió a tasar la lata de cerveza y el que quedaba me tocó el brazo y halo mis vellos suavemente. Pronto la atmósfera se tornó afable, nos reíamos y comentábamos distintas cosas. Luego sonó una canción de *reguetón* que ellos empezaron a tararear, sus pies y sus manos seguían sus ritmos y luego sus pequeños pero gráciles cuerpos se movían de aquella forma singular a la que me referí en líneas anteriores. Su plasticidad es única desde muy jóvenes, no se inhiben y creo que en esto radica aquel uso maravilloso que le dan a su cuerpo cuando la música aparece en el ambiente. Aproveché para hacer unos videos cortos que luego les mostré. Sus carcajadas irrumpían en el lugar y me hacían nuevas solicitudes para que registrara sus actuaciones que ahora se hacían más exageradas como tratando de imitar los cantantes de *rap* o los bailarines que aparecen en los videos de este género musical. Yo disfruté mucho de este momento que al final solo quedó

grabado en mi memoria y en estas líneas ya que por jugadas de la tecnología perdí casi 500 archivos entre voz, video e imagen.

Unos días más tarde, mientras caminaba, unas niñas desconocidas se acercaron para que “a ellas también les tomara fotos”, aunque llevaba cierta prisa, me tomé mi tiempo para atender gustoso su solicitud. Mientras ellas veían sus caras en la pequeña pantalla se aproximó un joven como de trece años quien buscando el objetivo del mitin y descubriendo mi herramienta tecnológica dijo con aire de sabelotodo “ah, una cámara digital, ¿Cuántas fotos le caben?”, me sonreí y le contesté su pregunta y viendo su interés le dije que también dependía de la resolución, para ello tuve que explicarle lo de los *pixels* y la capacidad de memoria. Lo anterior nos muestra cómo la tecnología llega a través de los turistas y los jóvenes están al tanto de ella, y en casos como este, muestran un real interés por entenderla y estar al tanto de los avances.

Observé otro caso de acercamiento entre cuatro niños y un turista bogotano; este, recién llegado, dejaba escuchar su música a unos niños, ellos lo hacían atentamente hasta que alguno haló de más uno de los cables del *Ipot*, con cierta rabia el visitante arrebató su aparato a los demás chicos y les pidió que se marcharan. Uno de los niños se atrevió a decirle que había sido “fulanito” y el agraviado respondió “*de malas, por uno pagan todos*”. Esta es la pedagogía que reproducimos en nuestra cultura y por ende a la que hemos sometido a los pueblos afrocolombianos desde la época de la esclavitud. Tan es así que ninguno de los niños volvió a reparar y con cierta tristeza abandonaron el lugar.

En otra ocasión llegaba de uno de mis viajes y un chico, al verme cargado con mi equipaje se ofreció a ayudarme, rehusé su ofrecimiento, él entonces me pidió dinero a lo que hice un movimiento pausado con mi cabeza disintiendo, él, como última estrategia me pidió para un cuaderno, me negué una vez más. No se que es lo apropiado en estos casos, hasta que punto podría contribuir a su bienestar o hasta que punto esto estaría

reproduciendo la mendicidad. En todo caso creo que los mayores son quienes toman parte en estas costumbres y en ocasiones inducen o permiten a sus niños que aborden a los turistas para que estos se conmuevan y aporten algo de su dinero a la economía familiar.

A los niños se les encarga la promoción y venta de algunos productos caseros que elaboran sus madres. Por ejemplo las cocadas en cercanías al embarcadero, en la playa y en el aeropuerto de Nuquí. A nuestra salida de los baños en Termales, también se aproximó una niña con galletas de coco “calientitas, para después del baño”, pocos nos resistimos a su olor. Los niños embera por su parte son comisionados para vender la artesanía que producen sus padres y deambulan por las playas y calles ofreciendo tímidamente los productos.

El último caso al que me referiré es el que compartí con Carmencita, la hija de once años de Carmelina. La víspera de mi viaje a Bahía Solano debía pasarla en la cabecera municipal para abordar muy temprano la lancha que me conduciría hasta mi destino; lo hice en la casa de Carmelina quien atentamente me ofreció la habitación de su hijo mayor. Yo estuve hasta altas horas de la noche compartiendo unas cervezas y unos tragos de aguardiente Platino con un grupo de profesores. A las 11:30 p.m. y bajo un terrible aguacero llegué a tientos hasta mi morada. Carmencita me aguardaba despierta y atenta, me abrió la puerta, me pasó una toalla y me condujo con una vela hasta mi cuarto. Mientras me secaba se acercó nuevamente con un plato de comida que acababa de calentar. Debo admitir lo conmovido que me sentí por este noble gesto de aquella niña y a la vez lo avergonzado que me sentía por haberla desvelado. Seguramente le habían encargado explícitamente que me esperara y me atendiera pero en ningún momento noté desagrado en su servicio, por el contrario, se mostraba solícita y de buen humor.

El acercamiento a la población infantil nos puede revelar un sinnúmero de claves para entender las relaciones que luego se producen con sus mayores y cuando son mayores.

En ellos podemos captar con facilidad sus formas de abordar el mundo gracias a la espontaneidad de sus movimientos, actos y palabras. Raras veces nos fijamos en estos pequeños portadores de cultura y por ende de las tradiciones ancestrales de sus pueblos. Los niños portan consigo la memoria de sus antepasados y son los llamados a reproducirlas y combinarlas con sus aprendizajes actuales para reinventar la cultura local.



16. Niños locales en la playa

CAPÍTULO III

Consumo de patrimonios afrocolombianos, emberas y paisas



17. Niña

Uno de los objetivos del presente estudio es dar cuenta de los patrimonios afrocolombianos que se ponen al servicio de los turistas. No obstante también resulta interesante echar un vistazo sobre aquellos usos y productos que los habitantes locales recientes o bien denominados paisas ofrecen a los visitantes esporádicos.

Por otra parte, quiero hacer claridad en que mi mirada guarda un sesgo antropológico, es decir, muchos de los patrimonios a los cuales me referiré no siempre se ofrecen de manera explícita o se consumen concientemente. También es importante saber que dichos patrimonios pueden ser tangibles o intangibles. Cabe notar que sólo tocaré construcciones culturales por ende los espacios naturales, aunque hacen parte de la identidad y el patrimonio de estos pueblos, no serán incluidos a continuación.

1. Gastronomía y alimentación.

Uno de los principales atractivos para los turistas es la comida regional que indiscutiblemente es asociada con pescados y mariscos adobados con especias de la región

y el coco que caracteriza la culinaria costeña. Dentro de sus paquetes turísticos muchos de los hoteles ofrecen los menús marinos; claro que estos se sirven en los almuerzos y en las cenas ya que los desayunos corresponden al estilo del interior, es decir: chocolate o café con leche, huevos al gusto y arepa o pan con mermelada o mantequilla. Los turistas no tienen acceso ni les interesa consumir la clase de desayunos comen habitualmente los afrocolombianos que se componen de pescado cocido o frito y plátano verde cocido, acompañados de café.

Durante almuerzos y cenas ofrecen fritos, asados y encocados ya sean de pargo, bravo, curado y aguja, acompañados de patacón piza'ó y arroz con coco. Según un letrero que se encuentra justo a la salida del aeropuerto se anuncia que los platos típicos de Nuquí son "*mariscos con coco*" y "*arroz con coco*", claro que la oferta de mariscos depende en gran parte de las épocas del año. Durante mi estadía tan sólo pude degustar camarones de río y empanadas de piangua, estas viven en las zonas de mangle. La harina con las que se producen es de maíz, por lo general harina industrial.

Una mañana, mientras me encontraba en el comedor escribiendo mi diario de campo, Carmelina me preguntó si quería ver cómo se hacía el aceite de coco. Comenzó sacándole el interior a un coco maduro. Luego, fue rallando poco a poco los pedazos hasta convertirlos en viruta. En un tazón agregó un vaso de agua y con sus manos fue exprimiendo la masa encima de un colador dejando que escurriera el zumo en la olla.

Enseguida, puso esa "leche de coco" al fuego lento, rebulléndola hasta que el agua se evaporó. De esta manera fue formando los "chicharrones" de coco que en poco tiempo quedaron nadando en el aceite de coco. Para hacer arroz encocado se agrega la porción de arroz hasta que este se dore en el aceite de coco. Luego se le agrega "agua-leche de coco" que se obtiene volviéndole a agregar agua al vagazo y exprimiéndolo. Esta operación se

hace tres o cuatro veces hasta que se obtiene la cantidad suficiente de líquido para que el arroz se cueza. El resto de la receta se asemeja a la cocción de un arroz normal.

Luego pasamos a elaborar un caldo encocado. Primero se pone a cocinar un pescado de huesos grandes en agua normal. Después de unos veinte minutos se extraen los huesos y se deja la carne, se agrega agua leche de coco y se adicionan los demás ingredientes, que son por lo general yuca, plátano, ñame y especias de la región, por ejemplo: albahaca, cebolla, cilantro cimarrón, entre otras según el plato. Antes de bajar del fuego y ya para servir, se agrega la leche de coco que es reservada hasta el final para darle un gusto especial y más concentrado al encocado.

A los turistas también les gusta el agua de los cocos semi-biches o “pipas”. Se la toman con un pitillo que se introduce por un huequito de unos 2 cm. de diámetro. De este fruto también hacen las famosas cocadas que sus hijos salen a vender por las calles, la playa y en el aeropuerto.



18. Niña vendiendo cocadas en la playa del Almejal

Hay otros frutos que se consumen con frecuencia en la región y a los cuales acceden los turistas con cierta facilidad, estos son: piña, en una variedad pequeña y muy dulce, papaya, limón, naranja y borojó que es considerado como un excelente afrodisíaco.

Cuando comí con los afronquiseños, me dieron “queso costeño”, una variedad extremadamente salada que se rebana y se frita. Lo sirven para acompañar el arroz blanco y el plátano verde o maduro cocinado o frito. La gente local importa del interior una serie de productos que consume habitualmente, tales como espagueti, sardinas enlatadas, gaseosas, papas empaquetadas y galletas de dulce y de sal. Con harina de trigo se produce pan de horno en varios establecimientos; debo reconocer que este es de buen sabor y de adecuada textura. Esta es la oferta gastronómica que pude observar y degustar durante mi corta estadía en terreno.

Un aspecto muy importante concerniente a la alimentación de los turistas es que la mayoría de los hoteles pertenecientes a paisas traen una gran cantidad de suministros para completar la oferta alimenticia que brindan a sus huéspedes. Por ejemplo: carne de res, salchichas, jamón, pollo, quesos, mantequilla, mermelada, arepas, café y legumbres. Estas últimas son poco apetecidas en los menús cotidianos de los habitantes locales.

Pude constatar que esta estrategia de combinar la cocina local y la del interior, con productos de la zona e importados, satisface las expectativas de los turistas. Creo que la gastronomía regional podría aprovecharse aún más si la producción agrícola no estuviese tan menguada a raíz del abandono de las zonas de cultivo de alimentos. La modernidad también influye en la cocina ya que servir un arroz con sardinas enlatadas es mucho más fácil que hacer un encocado. De hecho, quienes más aprovechan la cocina tradicional son los turistas. Los habitantes locales consumen platos elaborados en ocasiones especiales, pero su cotidianidad tiende al consumo de arroz blanco, espagueti, sardinas, queso costeño y plátano y pescado frito o cocido con algunos aliños que aún se cultivan en las zoteas emplazadas a un costado de la mayoría de las casas. Mi limitada estadía en terreno me impidió ver otras muestras de la gastronomía local como los sancochos de varias carnes, pasteles y otros platos de los que he tenido conocimiento durante las sesiones con mi tutor.

2. Arte

Quiero introducir este tema citando las palabras de Jorge Trujillo, quien fue mi anfitrión en Bahía Solano:

(...) la mayoría de la etnia negra son muy habilidosos (...) mucho talento, en Quibdó hay mucho talento para la música, el talento que usted quiera así, ¡fútbol!; y por ejemplo aquí en Bahía Solano yo veo mucho pela'ó que dibuja, son buenos dibujantes ¿sí me entiende?, pero hay muchos talentos que se pierden porque no son canalizados, mucho músico perdido en el trago. Usted ve un viejito de 87 años tocando música, en el centro del Chocó hay música la que usted quiera, con su saxo, su chirimía o tambores, usted ve presentaciones de gente bailando y... mejor dicho, cualquier ballet se le queda en pañales. Es como si el espíritu [de los afrocolombianos] fuera tan grande que no les cupiese en el cuerpo y es como si se reventaran por dentro y por eso terminan haciendo pendejadas, la embarran, toman... (...) en el Chocó [Quibdó] se veía el talento de los jóvenes jugando fútbol (...) chicos en clase de música que sin conocer las notas en dos o tres minutos ya le están sacando música a la flauta (Triviño, D.C.: 174-176)

Jorge Humberto indicaba que todo este potencial no era aprovechado adecuadamente. El sistema escolar podría incentivar el arte en todas sus manifestaciones pero actualmente no había docentes suficientemente comprometidos en desarrollar esta importante labor.

Decía también que muchas de las tradiciones artísticas se están perdiendo con la muerte de la gente mayor y el poco interés que mostraban los jóvenes por lo autóctono aumentaba el inminente riesgo de perder lo que sus antepasados fueron construyendo con el paso del tiempo. Por ejemplo, las nuevas tendencias musicales importadas como el vallenato, el *reguetón* y la *raga* reemplazan sustancialmente los ritmos de chirimía, tamboritos y cumbancha (estos dos últimos son anunciados como los bailes y música típica de Nuquí en un letrero con datos del municipio que se encuentra a la salida del aeropuerto). Lo anterior lo pude apreciar en las discotecas del pueblo en donde por cada diez piezas importadas surgía alguna canción tradicional, claro que muchas veces mezclado con sonidos artificiales o electrónicos que son el resultado de las nuevas tendencias de la música afrocolombiana que retoma los ritmos y melodías de la tradición chocona para ser

fusionados con otros géneros de gran atracción para el público juvenil. Un ejemplo de lo anterior son grupos como Sidersteper, Mojarra eléctrica, Orishas, Curupira y Chobquibtown.



19. Baile regional (óleo sobre lienzo – detalle)

Cecilia, la profesora de la cátedra afrocolombiana del colegio de Nuquí, me contó que solo durante las fiestas tradicionales en homenaje a la Virgen del Carmen entre el 8 y 16 de julio es posible apreciar la música y los bailes locales tradicionales. Me aclaró que los tamboritos son danzas que se hacen con música de tamboras y tambores y que la cumbancha es música que se interpreta con bongoes, maracas, platillos, churrasca y carrizos. En la cumbancha se puede ver la fusión de instrumentos típicos de varias culturas, por ejemplo: los bongoes se asocian a los afrodescendientes, los platillos a la gente mestiza y la churrasca y los carrizos son instrumentos que son interpretados habitualmente por los indígenas embera.

Otra manifestación cultural que puede registrar en cuatro casas de Nuquí es la pintura al óleo sobre lienzo. Al parecer hay un profesor que ha estimulado el arte pictórico en sus estudiantes. La mayoría de las composiciones hacen alusión a paisajes marinos. De acuerdo con mis conocimientos básicos en este tema, pude constatar el cuidado en la aplicación de los aceites, la perspectiva, el color y la luz. Son piezas principales en la decoración de las

áreas sociales de muchas de las casas nuquiseñas. En la misma línea registré un cuadro gigante en el aeropuerto de Nuquí que mostraba la geografía de este municipio y un mural a la intemperie en donde fueron plasmadas varias de las especies marinas que cohabitan en las aguas del Pacífico colombiano; llevaba por título “viajeros sin maleta” ya que las protagonistas de la obra eran las ballenas jorobadas que visitan la región entre junio y octubre de cada año.



20. Mural “viajeros por naturaleza”

Lastimosamente ni los bailes, ni la música ni los óleos son fácilmente observables; ninguno de mis compañeros turistas de Villa Ekari pudo darse cuenta de alguna de estas manifestaciones artística.

En el Hotel Rocío de Mar hay un cuadro cuyo motivo esencializa a la mujer afrocolombiana. Su vestido cubre solo la mitad de su torso y deja ver uno de sus pezones, su cuello está ricamente decorado por un collar de cadenillas de oro, su rostro es inexpresivo y llevaba en la cabeza un racimo de plátanos verdes a manera de tocado. Algo así como “venga, vea a la mujer negra, sexual y seductora, ataviada con un collar de aquel material por el que se sometió a sus antepasados a trabajos inhumanos, con una actitud sumisa y portadora del único pan al que tuvieron acceso durante varios siglos”.

En El Valle también pude ver una valla que daba la bienvenida a los visitantes, allí se exotizaba la región al introducir un paisaje marino con varias especies de aves, ballenas saltando, palmeras y un faro de estilo norteamericano. Unos dibujos similares adornaban una chiva llamada “transmilenio” que hacía viajes entre El Valle y Ciudad Mutis.

Aquí aparecían delfines, ballenas, papagayos y otra fauna regional que nunca vi durante mi estadía en terreno.

En Bahía Solano también tuve la suerte de ver unos bailes interpretados por los miembros del “eslabón cultural”, aquel grupo que venía siendo capacitado por la Corporación para la Investigación Socioeconómica y Tecnológica de Colombia y a quienes me referí en el capítulo I de este trabajo. Un grupo de diez jóvenes bailó música de chirimía y una canción de *techno* con movimientos típicos de los ritmos del Pacífico. La indumentaria masculina se limitaba a un pantalón rosado de botas recortadas, mientras las mujeres lucían una blusa de maga sisa, pantalón de *licra* a la rodilla y una falda corta multicolor. La presentación, a mi manera de ver, no parecía muy convincente desde el aspecto tradicional; primero por los movimientos tan sincronizados, la coreografía, la indumentaria y los ritmos modernos. Hay que tener en cuenta que estas muestras eran precisamente los productos que se pretendían ofrecer a los turistas como manifestación cultural típica de Bahía Solano.

Como sucede muchas veces, el visitante incauto consume cualquier cosa convencido de que eso es lo autóctono, lo tradicional. El problema radica en que estos productos que se arman para los turistas terminen por ser los únicos y últimos vestigios de los bailes y la música ancestral. ¿Cuál será el límite y el distintivo para saber qué es tradicional y qué se adaptó para el visitante? No podemos asegurar que en diez años los jóvenes que aquella noche bailaban tengan la seguridad de que sus antepasados usaban pantalones cortos de color rosado, o que al final de cuentas no supiesen cual era la música que se asociaba

originalmente a los movimientos que durante aquella velada respondían a los ritmos de una pieza de *techno*.

3. Artesanías



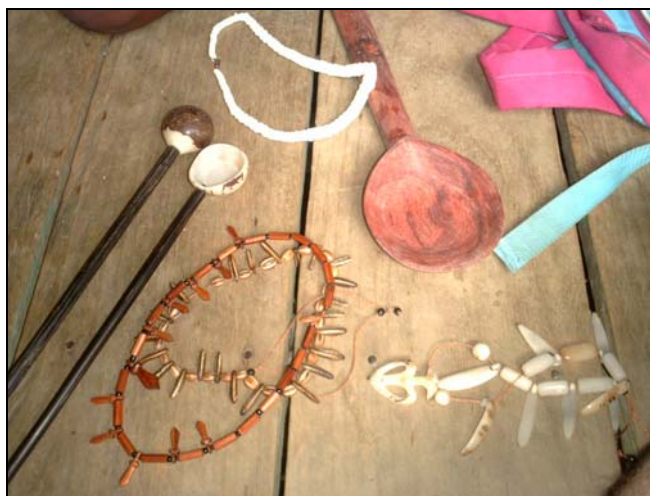
21. Casa en El Valle

El comercio de artesanías es una de las características del turismo ya que los visitantes siempre querrán llevar consigo algo material para decorar sus casas o entregarlos como regalos a sus allegados. Estas son, junto a las fotos y videos, las evidencias físicas del “haber estado allí”. Los *souvenirs* deben ser propios de la región y deben reflejar por si mismos nombres, materiales y formas que recuerden su lugar de procedencia. Estos objetos guardan un gran simbolismo y por ello son apetecidos por la gran mayoría de los visitantes. Mi área de estudio no escapa de este comercio de objetos que en su mayoría son manufacturados.

Las artesanías son producidas por emberas, afrocolombianos y en uno solo de los casos, por un paisa. Sin embargo, el comercio lo ejercen los tres grupos pero utilizando estrategias distintas: los embera ofrecen su trabajo de forma ambulante, los afrocolombianos en sus casas o puestos improvisados y los paisas en tiendas especializadas.

La artesanía embera consiste en un gran número de artículos para lo que utilizan especialmente la talla de varias maderas de monte como el oquendo y la macana. Tallan diversas figuras en madera y semilla de tagua. Estas pueden ser antropomorfas pero las formas preferidas son especies marinas y de monte, como por ejemplo: ballenas jorobadas, delfines, papagayos, monos, ranas, osos, jaguares, armadillos, entre otros. Algo típico de este grupo étnico es el tejido de collares, gargantillas y manillas para lo cual utilizan *chaquiras* diminutas de muchos colores, estos, además de ser comercializados, hacen parte de los adornos que ellos portan con orgullo. También elaboran bandejas y fruteros para los cuales utilizan una base tallada cuyo borde es un tejido tupido de alguna variedad de palma. Los matices dependen de la clase de madera y del tipo de palma. Para algunos artículos utilizan colores más vivos.

La artesanía afrocolombiana es muy similar a la de los embera; pero aún así tienen diseños propios de aretes, collares, manillas, pulseras, bastones, pipas y apagavelas. Hacen móviles con pequeñas figuras en madera, semillas de acacia y unas llamadas lágrimas de San Pedro. Las conchas y caracoles marinos son aprovechados para hacer collares, pulseras y móviles. También elaboran palillos y mezcladores en chonta, una palma de la región.



22. Artesanías afrocolombianas

Conocí algunos artesanos que elaboraban bolsos usando la corteza de un coco debidamente pulida. Las dos partes de la circunferencia son unidas por una cremallera y su interior es forrado con tela de colores. En El Valle me encontré con dos mujeres artesanas en plena producción de cestos en palma de iraca y cogollo. En dos tiendas vi camisetas estampadas alusivas a los paisajes y atractivos naturales de Nuquí y Bahía Solano, por ejemplo algunas decían “Nuquí por la naturaleza”.

De la artesanía paisa, como lo dije líneas atrás, solo tengo un referente y son algunas piezas que un joven antioqueño elabora con cortezas de coco, tales como ceniceros, aretes y adornos de mesa.

El comercio principal está en manos de paisas. Ellos revenden todo aquello que compran a los artesanos afrocolombianos y embera. Uno de los principales locales pertenece a Margarita a quien visité en una ocasión. Ella al ver mis brazos “jaguados”, es decir, pintados con la tintura natural que usan los embera para alisar y cuidar sus pieles, me preguntó en qué comunidad había estado; yo le respondí que en la de Río Panguí, entonces me indicó que hace mucho tiempo que no visitaba aquella comunidad. Me dijo que era muy amiga de los indígenas y que cada vez que podía iba a visitarlos. Me mostró algo de la artesanía de la comunidad de Río Panguí y me confesó que ellos aún no trabajaban muy bien la madera, pero que los expertos en la materia eran los indígenas del Baudó.

Otra de las formas en como los embera promueven sus ventas es instalando pequeños puestos en las calles y andenes adyacentes a los hoteles. Caminan por la playa y por las calles en búsqueda de turistas y cuando obtienen su atención empiezan a sacar de sus bolsitas de plástico una buena variedad de artesanía destinada a la decoración femenina, por ejemplo: aretes, collares, manillas y pulseras. Para los hombres sólo ofrecen

mezcladores de licor cuya parte superior es adornada por alguna forma animal. Estas varitas de chonta también son ofrecidas para que las turistas fijen sus peinados.

Sorprendentemente los precios son más elevados que en las tiendas de los paisas, claro que después de cierto regateo, los turistas logran obtener precios similares. Es muy común, para los dos grupos étnicos (afrocolombianos e indígenas), que la venta de las artesanías recaiga en niños entre los 8 y 12 años aproximadamente.

Aunque la artesanía es bonita y denota dedicación y buen tiempo de elaboración, las estrategias de venta de los indígenas y los afrocolombianos son bastante regulares. A veces se limitan a mostrar sus piezas sin exponer todo el trabajo que éstas requirieron, los materiales en que están hechas, lo favorable de sus precios y otros aspectos que entusiasman a sus posibles compradores. Los embera ofrecen su trabajo sin ayudarse de palabras, las pocas que emiten son para indicar precios, el resto de su comunicación es con la cabeza para afirmar o negar. Los comerciantes de artesanías paisas son mucho más hábiles en la promoción de los artículos que revenden, por ejemplo, dedican toda su atención al turista tratando de indagar sobre lo que el comprador está buscando, muestran todos los modelos posibles, hablan de la belleza de cada pieza, de lo bien que se vería en su casa, de la conveniencia de llevar regalos para los familiares y allegados y de lo favorable de sus precios.



23. Niños embera vendiendo sus artesanías

4. Productos

Acerca de los productos que se ofrecen y consumen en la región quiero destacar el biche, una destilación artesanal del zumo de la caña de azúcar. Tiene gran aceptación entre los afrocolombianos y su precio es muy económico. Lastimosamente los licores industriales tales como el aguardiente Platino, típico del Chocó y el aguardiente Antioqueño y el Ron Medellín de la Licorera de Antioquia, han ido desplazando el destilado local. Para suplantar el biche los comerciantes de los licores industriales desprestigian la bebida tradicional argumentando que este es “un trago para borrachos y pobres”. La elección indica estatus socioeconómico y por ende los jóvenes y muchos adultos se prohíben el consumo de biche sancionándose socialmente cuando lo hacen. Ellos indican que su sabor no es muy bueno, el tufo que deja es demasiado fuerte y el guayabo se torna insoportable.

La producción y venta de biche es clandestina aunque todos saben quien y dónde se produce. La diferencia entre los precios de aguardiente local y el industrial es significativa, por ejemplo: una botella de Aguardiente Platino cuesta \$ 16.000, mientras que una de biche se consigue por \$ 4.000 ¡cuatro veces menos!

Este destilado casero es sin duda uno de los principales patrimonios de los pueblos afrocolombianos. La historia nos cuenta cómo en la época de la colonia se traían las “mieles” de caña del Valle del Cauca para que las cuadrillas de esclavos elaboraran sus propios aguardientes. Desde entonces, todas las fiestas y celebraciones fueron acompañadas por esta bebida. El biche da inicio a los momentos importantes y las celebraciones de estos pueblos, atenúa las tensiones, alivia los instantes de dolor, aparece en los estados de júbilo e invita al hombre y a la mujer al baile y al cortejo. No hay velorio ni cantadoras de alabaos sin biche, así como fiestas, cumpleaños, nacimientos, despedidas y bienvenidas. El alcohol hace parte fundamental de la cultura regional y el biche fue, durante

muchos años, la única bebida a la que tenían acceso estos pueblos del Pacífico afro. Hoy se corre el peligro de que su persecución se haga cada vez más fuerte y termine por sufrir el fin al que se vio sometida la chicha en la sabana de Bogotá en los siglos XIX y XX cuando fue suplantada por la cerveza industrial. No me sorprendería que a parte del desprestigio social, se impulsaran normas para acabar con la elaboración y expendio de esta bebida tradicional, concluyendo así con uno de los elementos importantes de la cultura regional.

5. Vivienda



24. Casa afrocolombiana en Bahía Solano

Aunque no profundicé en este tema, no quisiera pasar por alto este importante aspecto. No es sólo la arquitectura sino la distribución de los espacios al interior y al exterior de las viviendas.

Creo que el primer aspecto diferenciador es la clase de materiales con los cuales se construyen las casas. Cada familia, según sus posibilidades económicas optará por construir su vivienda con madera o con bloque industrial. En las márgenes de los ríos, incluso en las cabeceras municipales, se construyen apoyadas por palafitos para que el cambio diario de mareas no inunde las residencias. Sus pisos, paredes y vigas son de madera extraída de los

montes vecinos. Los techos son de palma de iraca o teja de zinc. Cada grupo familiar diseña y construye su casa incluyendo en esta algunas habitaciones, un área social y la cocina. Las letrinas se ubican en un cobertizo exterior. En sus áreas circundantes pude observar enramadas para la cría de cerdos comunales, patios y zoteas para la siembra de especias que son utilizadas para enriquecer la preparación de sus alimentos y para el cultivo de medicinas naturales.

Sus paredes exteriores no cuentan con capas de pintura o decoración alguna. Son simples, rústicas y bastante homogéneas. Lo único colorido son las ropas que cuelgan de cuerdas extendidas durante el proceso de secado. Casi todas son de una sola planta aunque en Bahía Solano encontré un sector de casas de dos pisos.

La construcción está a cargo, especialmente, de los hombres del grupo familiar que habitará la vivienda aunque en muchos casos otros vecinos participan del trabajo según la tradición de “mano cambia” que implicará que aquellos beneficiados favorezcan algún día a quienes les dieron la mano. Esta forma de ayuda comunitaria es supremamente importante ya que fortalece los lazos vecinales y sociales.

6. Decoración externa

Me llamó mucho la atención los árboles navideños que por aquella época de diciembre y enero exhiben varias de las familias nuquiseñas. Estos se hacen con tiras de celofán blanco que se anudan a un esqueleto de madera formando un cono y son decorados con bombillos de colores. He aquí una singular forma de imitar las costumbres de los países del norte europeo. Lo interesante fue ver cómo estos pueblos, alejados de los pinos, la nieve y papá Noel, reproducen con sus propios medios los modelos simbólicos de la navidad nórdica.

Las boyas marinas también hacen parte de la decoración de algunas casas pero sobre todo de la mayoría de los hoteles. Se pintan de colores o se adornan con mallas y conchas

marinas. Estos objetos decorativos nos recuerdan que nos encontramos en una zona costera, en la anhelada playa. Las boyas comparten su lugar con otro objeto decorativo muy difundido y son los móviles que cuelgan en los balcones de los hostales y hoteles. Se hacen con hilos de cáñamo, conchas y caracoles marinos y semillas. Sus diseños son similares y son percibidos con mucho agrado por los turistas. Uno de ellos me comentó que los móviles le ayudaban a relajarse.



25. Boyas en casa de campo. Mecana, Bahía Solano

7. Tecnologías

En esta página quiero describir brevemente dos tecnologías que pude identificar en mi estadía de campo.

En mi clase de culinaria regional, de la que ya hablé en el aparte de la “gastronomía y alimentación”, descubrí un interesante y útil objeto que dice mucho de la recursividad de los pueblos afrocolombianos. Me refiero al “rayador” de alimentos. Este es indispensable para producir las virutas de coco de las que se extrae la leche y el aceite de coco. Este práctico instrumento es elaborado con una lata ovalada de sardinas a la que se le quitan las etiquetas y una de sus tapas, luego es sometida a un proceso de agujereado que se efectúa

con una puntilla y un martillo apoyándose en una tabla de madera. Cada agujero queda con las aspas hacia el exterior de la lata lo que hace, en su conjunto, un filudo y útil artefacto de cocina. Este fue apreciado por una de las señoras del primer grupo de turistas con el que tuve contacto.

Al finalizar la estadía en Villa Ekari, Rosita les preguntaba a sus huéspedes acerca de lo que más habían disfrutado del viaje y qué recomendaciones podían hacer para mejorar el servicio. Doña Felicidad, una señora de unos sesenta y cinco años le comentó que valdría la pena contar con un lavadero en el hostel. La anfitriona le dijo entonces que el principal objetivo de estos planes turísticos era que los visitantes disfrutaran de un pleno descanso y que el no tener que lavar ropa hacia parte de ello. Además, esta tarea era realizada por Mérlin o Carmelina quienes de esa manera podían ganar un dinero extra. Por otra parte la instalación de un lavadero sería inútil ya que aquí las mujeres no estaban acostumbradas a usarlos. Y es que la forma como las mujeres afrocolombianas de esta región lavan la ropa es distinta a la del interior del país. Se ponen en cuclillas, ubican un platón con agua jabonosa en medio de sus piernas y van restregando la ropa contra una tabla de unos 60 cm. de ancho por 20 cm. de largo llamada rallo. Son elaborados por los hombres de acuerdo al lugar en el cual lo usarán sus mujeres, por ejemplo rалlos para lavar dentro de las canoas y otros para hacerlo a la orilla de un río.

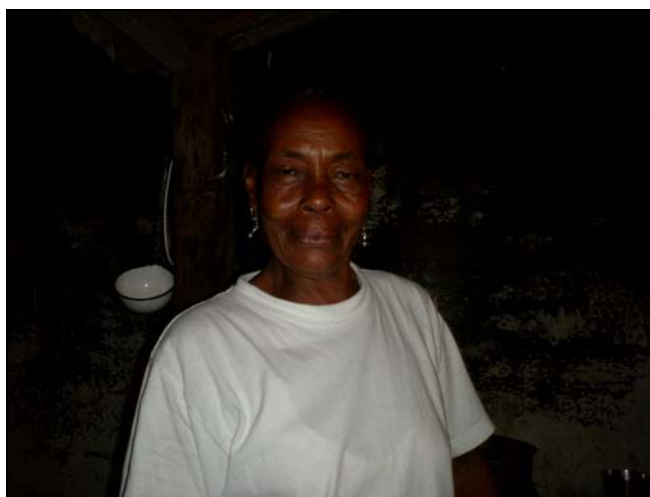
8. *Alabaos*²⁴

A continuación y como parte final de este capítulo, quiero hablar de mi experiencia en campo con unas cantadoras de alabaos.

Ya me encontraba en la última noche de mi trabajo de campo. Al día siguiente saldría de la región en una avioneta, así es que me disponía a pasar una velada tranquila conversando con Doña Orfa y Múngalo, las dos abuelas que cumplían gustosamente su

²⁴ La palabra deriva de “alabados” pero la pronunciación regional elimina la “d”; estos corresponden a los cantos religiosos que se entonan para alabar a Dios, la virgen y los santos.

papel de anfitrionas y con quienes había compartido las últimas noches a la luz de unas velas y al calor del aguardiente Platino. En una de nuestras conversaciones les había preguntado acerca de los alabaos, cánticos que ellas decían no saber entonar, no obstante, me dijeron que conocían unas mujeres, quienes, en efecto eran expertas en su interpretación. Al ver mi interés por esas tradiciones una de ellas me prometió un encuentro con las cantadoras.



26. Múngalo

A decir verdad no pensé que aquello llegara a ser posible, debido a que esos cantos son de carácter ritual y se llevan a cabo en funerales y novenas de muerto. Me sorprendí, cuando durante la cena, entre risas Múngalo me dijo que en un rato arribarían las cantadoras de alabados. Doña Orfa miró de reojo a su vieja amiga y esbozó una sonrisa de complicidad, diciendo *“Múngalo eres un diablo”*, añadiendo que Múngalo las había convocado sin explicarles la verdadera razón de su llamado. Es más, había enviado el mensaje para que “se presentaran urgentemente en casa de Orfa”. De nuevo, Múngalo se rió y me indicó que no vendrían de otra manera.

Un rato después llegó una mujer como de unos cuarenta años muy bien arreglada, con una expresión muy seria preguntando acerca de aquella razón urgente por la cual la habían llamado. Antes de que alguien le respondiera con claridad, apareció otra mujer como de sesenta años y por último una tercera que debía encontrarse en los setenta.

En pocos segundos, las recién llegadas supieron para qué estaban allá, de modo que la más joven de las tres alzó su voz para decir con determinación que sí era para cantarle a un “paisa” no lo haría gratis. Que a ella y a sus compañeras deberían darles una propina. Yo me sentía muy incómodo porque mis anfitrionas no habían sido claras con las cantaoras, ni cuando las convocaron, ni en ese instante. El paisa era yo, y no había ningún muerto, pero ahí estaba con tres cantadoras de alabados, portadoras de un saber que sin duda seduce a cualquier antropólogo iniciado en los asuntos afrocolombianos.

Una de mis amigas propuso hábilmente que por lo pronto compráramos el biche, que era lo que a aquellas mujeres les gustaba beber, entre otras cosas por ser un reconfortante para la voz. Me mostré dispuesto a comprarlo siempre y cuando alguien me acompañara hasta el lugar donde expendían aquel destilado de caña. Fui con Amanda, la mujer más joven, pero en el trayecto no atravesamos palabra porque me rondaba el interrogante ético de tener que pagar, además de la pregunta sobre el precio justo por la representación. Al final opté por preguntar. Las palabras *“es una propina para cada una”* acabaron por confundirme ya que no se trataba de la cifra exacta acerca de la cual yo esperaba que me hablara. Ya había enfrentado la ambigüedad que implica decir que el pago depende de la voluntad del turista, cuando quien ofrece el servicio tiene en mente unos márgenes que tan solo hace explícitos, después de haber oído la primera oferta.

Seguíamos caminando y nuevamente la interpele diciéndole que no tenía ni idea de la cuantía de la propina que ellas esperaban recibir. Se mostró incómoda con mi duda. Supongo que le molestó el que yo insistiera en que ella cobrara un monto específico. Yo así

me sentía fuera de contexto, ejerciendo una presión capitalista en donde una cifra parecía ser mi única forma para llegar a un acuerdo. Sin embargo, fue precisamente ella quien había dejado en claro que no cantaría gratis para un turista paisa. Traté de reorientar mi consulta haciendo un par de preguntas que me servirían para ahondar en mi objeto de estudio: ¿Cuánto se acostumbra en estos casos?, ¿Cuánto les han dado de propina en ocasiones anteriores? Creo que mis preguntas no podían ser más directas e insistentes así es que por fin me dijo: \$ 15.000 pesos por cada una. Con todo y que su respuesta hubiera sido corta y clara, me sentí ansioso, no tanto por los cuarenta y cinco mil pesos que tendría que gastar, sino por la dimensión ética de pagar por conocer un componente del patrimonio inmaterial afrocolombiano, el cual, por si fuera poco estaría descontextualizado de los ritos a los cuales pertenece.

Pensé en lo que podría llegar a decir mi tutor, en lo que él habría él habría hecho y hasta en lo que harían los etnógrafos clásicos. Sé que de una u otra manera se ha admitido el pago de “informantes”. Sin embargo, en mi caso no se trataba tan solo de información, sino del pago para escuchar unos cantos que en teoría solo deberían hacerse en contextos rituales. ¿Estaba haciendo de mi curiosidad antropológica una práctica turística ritual?

En una mano estaba la intención de no afectar ni alterar la forma tradicional de interpretar los alabados y en la otra mano sostenía mi grabadora digital lista para consumir, al mejor estilo occidental, hasta el último murmullo de estos cantos funerarios.

Estas elucubraciones pasaban por mi cabeza mientras nuestros pies mientras les sacaban el quite a los charcos propios de las calles destapadas de Nuquí. Al llegar a la bichería pregunté por el valor de la “media” de biche, pero mi acompañante ordenó una botella. Ante semejante ímpetu no tuve más remedio que pagar sin chistar.

Regresábamos en silencio hasta que opté por decirle *“mire Amparo, no puedo pagarles por los alabaos, no tengo ese dinero”*. Si, había tomado la determinación de no pagar ni un solo peso

por escuchar los alabados y con ello me arriesgaba a marcharme de aquel lugar con las manos vacías en cuanto a los cantos tradicionales. Su rostro serio se tornó a una expresión de enojo y molestia. No se si entendió mi decisión o la confundió con una artimaña para buscar un mejor precio; pero no quise averiguarlo en aquel instante.

Por fin llegamos a la casa, nos ofrecieron sillas, nos acomodamos en ellas y pronto el grupo quedó en silencio. Entendí que debía decir algo porque yo era el turista, el paisa, la causa de que esas mujeres y ahora algunos jóvenes estuvieran allí. Sin pensarlo demasiado opté por hablar con claridad y total honestidad. Revelé una vez más mi situación de estudiante universitario, de mi estudio en la región y de mi profundo interés por las tradiciones afrocolombianas. Me disculpé también por la forma poco clara en como las habían invitado y de mi desconocimiento por el pago de propinas que se “acostumbraba” en casos como este. Les dije que no podría pagar por escuchar sus cantos, que tampoco me sentía bien haciéndolo y por ende desistía de escuchar sus voces. Finalicé proponiéndoles que nos tomáramos el biche y conversáramos un poco hasta que nos acabásemos la botella.

El silencio volvió a invadir nuestro espacio; ellas se miraron entre sí con desconcierto. Una de ellas echó un vistazo a la líder del grupo y con cierto disimulo le insinuó que cantaran. Movió su cabeza en señal de no, mientras que con cierta arrogancia pedía que sirvieran el trago. Ella misma me alcanzó una copa que yo acepté sin reparos. Tan sólo las cantadoras y yo tomamos, mientras los demás se abstuvieron. Luego de dos rondas seguidas Amanda, la líder, dijo “bueno, vamos a cantar sus²⁵ alabados”.

Empezaron por fin los cantos y se sucedieron por cerca de hora y media. Virgen del merced, sacatisima María, le pedimo ´al presidente, toquen la marcha y otros alabados y romances fueron interpretados con destreza por este trío de mujeres. Pasaban el biche entre canto y canto. Por su parte, los jóvenes se reían y hablaban en la puerta del patio, en

²⁵ Este “sus” refiere a “nuestros”, es decir, “vamos a cantar nuestros alabados”.

tanto que otros vecinos se acercaban curiosos para ver quien se había muerto. No dejaba de sentir remordimiento por haber causado esta alteración en las costumbres regionales.

En uno de los intermedios Amparo explicó el porqué de su indisposición inicial.

Prefiero transcribir fielmente sus palabras en la siguiente cita:

(...) A mí me gusta mucho ir a los velorios porque soy cantadora, ¿sí?, pero hay días que voy a los velorios, según sean los cantos de altos, paro²⁶ tres días con ronquera, que nadie me conoce la voz. Entonces es una cosa que una gente hace mucha fuerza ¿sí?. Y en una cosa de estas, no me refiero a lo suyo, me refiero pues a los turistas porque ya usted explicó su situación, usted es estudiante y poco más o menos, pero me refiero a los turistas. Hay turistas que quieren venir aquí, de que uno se mate, haga un esfuerzo, haga un empeño pa' ellos con eso que vienen a llevar de uno aquí, van a ganar plata por allá a costillas de uno. Y no estoy de acuerdo a eso. De partir de hoy (...) el turista que venga aquí a buscarme a mí como cantadora me paga plata o a mí no me consigue, ¿pa' canta'? No.

(Amparo, A.V.: 6763, ene-2006)

Este testimonio me dejaba la duda sobre qué tantos turistas tienen información acerca de las tradiciones fúnebres afrochocoanas y están interesados por pagar para escuchar estos cantos guturales. De ahí que hablara al respecto con Edgar Bautista, operador de Villa Ekarí. Me explicó que conocía su público y que veía bastante inviable que apreciara esa manifestación cultural. Que quizás bailes y música alegre tendrían éxito, pero no cantos fúnebres.

La sesión terminó amigablemente y yo me mostré muy agradecido por el esfuerzo de ellas y por el tiempo que me habían dedicado. Fui claro en que no utilizaría las grabaciones con fines comerciales. Nos despedimos con amabilidad y las cantaoras se fueron en busca de otra botella de biche para terminar su noche. Ésta corrió por mi cuenta.

Como reflexión sobre este tema, creo que la apreciación de Edgar, en cuanto a sus clientes, es bastante acertada. Es posible que en aquella región los alabaos queden por fuera

²⁶ “Parar” se utiliza con mucha frecuencia en reemplazo del verbo “permanecer” y en ciertos contextos el verbo “estar”.

del consumo turístico. Tan solo resta estar atentos a observar la permanencia y valoración que la misma comunidad afrochocoana le siga dando a esta práctica centenaria.



27. Amparo, cantaora nuquiseña

TERCERA PARTE

CONCLUSIONES

El gobierno de Uribe Vélez plantea el desarrollo turístico como una de las estrategias para sustentar su política de Seguridad Democrática y para ello diseñó el esquema de “caravanas turísticas” tanto terrestres como aéreas, que a su vez hacían parte del programa de promoción *Vive Colombia, Viaja por ella*. Así prometió a la población un libre tránsito por determinadas zonas del país en fechas específicas. Sin embargo, ninguno de los grupos armados ha cesado sus incursiones violentas. Un ejemplo de la movilidad restringida es el trayecto Doradal-Santuario, que une las dos principales ciudades del país, por el cual se impide el tránsito nocturno a causa del miedo a la guerrilla y los paramilitares. Dentro de la misma panorámica gubernamental, el programa de las *posadas nativas* se ha limitado a la construcción de casas con materiales de baja calidad en las cuales se torna muy difícil recibir un número superior a tres turistas en fechas inciertas, lo cual impide el sostenimiento económico, a través de este medio, de las familias “beneficiarias”. El programa tampoco cuenta con estrategias de mercadeo para promocionar las zonas en donde se invirtieron los recursos y tampoco contempla capacitación en materia turística a los propietarios de las posadas.

La violencia y el desplazamiento hacen parte inminente de los problemas la región de estudio. Sin embargo, el turismo aparece como una cortina de humo para argumentar que aquellos territorios pueden ser visitados por los turistas provenientes de las principales ciudades del país sin que corran riesgo alguno. Las “garantías” sólo se dan en áreas específicas en donde se ha instalado la fuerza pública pero no en toda la región. Así, las medidas gubernamentales abogan por un cuidado de los visitantes mas no de quienes habitan los ríos, selvas y pueblos no turísticos. Los grupos armados ilegales siguen constriñendo y desplazando a la población nativa para despejar las zonas por donde

movilizan droga y armamento, así como la implantación de grandes sembradíos de coca y palma africana que benefician a los nuevos terratenientes que se instalan bajo un halo de “legalidad” y “desarrollo”.

La región de estudio presenta un bajo desarrollo turístico en comparación a otros destinos de playa como San Andrés, Cartagena o Santa Marta. Lo anterior tiene su asidero en los problemas de la región como la violencia y el desplazamiento, la inexistencia de vías terrestres y la marginalización por parte del Estado que se comprueba con los deficientes servicios públicos y la falta de inversión en el sector social y económico. A pesar de lo anterior, el eje Nuquí-Utría-El Valle-Bahía Solano, es atractivo para aquel público deseoso de visitar lugares “exóticos” en los cuales podrá estar en contacto con la naturaleza, lo cual no siempre resulta favorable debido a las condiciones climáticas que pueden estropear el anhelado descanso de quienes han pagado tarifas equiparables a las de los balnearios del caribe. A nivel local no hay planes que integren a los promotores turísticos ni tampoco políticas claras de desarrollo turístico.

Quiero resaltar la opción de “turismo extremo” que planteaba Jorge Trujillo. Esta es coherente con las condiciones climáticas y atmosféricas de la zona así como las falencias en servicios públicos y el difícil abastecimiento de víveres y otros productos. Esta noción tiene como sustento la comunicación clara para con el turista, además pone en positivo muchas de las cosas que usualmente se tornan negativas para los visitantes. Por ejemplo, la carretera descompuesta entre Bahía Solano y El Valle que podría utilizarse para llevar a cabo rutas de ciclo-montañismo.

Por medio de muchas personas locales pude concluir que, en términos generales, el turismo no se ha constituido como una actividad importante para el beneficio de su sociedad, al contrario, lo ven como algo que genera carestía. El turismo está presente en sus territorios pero no sienten que repercuta en el bienestar de ellos mismos sino de los paisas

que manejan la gran mayoría de los hoteles. No observan tampoco un compromiso de los operadores turísticos para con sus necesidades y por ende no están dispuestos a hacer grandes esfuerzos por colaborarles en sus actividades o entablar negocios con ellos. Por su parte, los locales recientes o paisas tampoco se sienten comprometidos con las comunidades que habitan la región, sólo contratan la mano de obra necesaria y en materia de víveres compran únicamente aquellos suministros que no han traído consigo, restringiendo al máximo la circulación de dinero en la zona. En muchas ocasiones reafirman los estereotipos discriminatorios durante las conversaciones con sus huéspedes y reproducen los esquemas de servilismo y jerarquía social al estilo de la colonia, esto por medio de pagos insuficientes, desconfianza, agresión verbal, vilipendios y normas de comportamiento y de relación que imponen a quienes les sirven. También se llegan a dar casos terribles como la discriminación y el más exacerbado racismo como cuando los estudiantes que iniciaron sus prácticas en el hotel Rocío del Mar fueron obligados, por sus administradores, a trabajar en la cocina, guianza, lavado de baños y otras tareas bajo el esquema de *mano de obra gratuita*.

Por otra parte, los turistas pagan sus excursiones por adelantado, se abstienen del contacto con la gente local a excepción de quienes estén a sus servicio, se compadecen de la situación económica de la región sin tomar medidas o iniciativas que generen algún bienestar y sus únicos intereses son descansar, disfrutar de los paisajes, la playa y la gastronomía local. Con los paquetes parecidos al “todo incluido” de los grandes desarrollos turísticos del caribe, los visitantes no tendrán que entablar mayores operaciones comerciales con los habitante locales. En materia de intercambio económico, quizás son los niños quienes más éxito tienen en estas relaciones por medio de la promoción y venta de cocadas y otros productos caseros. No obstante, estos eventos reproducen, en cierta medida, el mendiguelo y otras relaciones desiguales de paternalismo racial. Los visitantes

tampoco se interesan por conocer muchas de las manifestaciones artísticas de los afrocolombianos, quizá a lo único a lo cual acceden es a las artesanías que compran en las tiendas administradas por otros paisas. A pesar de lo anterior, no pararán de hablar de las “maravillas naturales de la región”, aquel discurso que repetirán ante sus allegados una vez regresen a su ciudad de origen; lo anterior a manera de “trofeo” por haber consumido un manjar exótico al que no muchos tienen acceso. La población local no hará parte de su repertorio y si en algún momento apareciese, sería para establecer comparaciones racistas o comentarios de lástima o compasión por los habitantes de esos lugares fabulosos, aquel “paraíso donde ninguno de estos turistas quisiera vivir”.

Es importante buscar el trasfondo de los problemas de que se identifican a simple vista, así se podrán establecer los actores implicados en los mismos. No se trata de obviar la responsabilidad de los pueblos ancestrales pero sí de denunciar la ineficiencia o apatía del aparato estatal en cuanto a estrategias económicas y sociales que favorezcan a quienes habitan el litoral Pacífico. No basta con diseñar políticas desde el centro del país, se requiere de un acompañamiento claro y práctico a estas comunidades para atender sus necesidades de acuerdo a sus usos e intereses sociales. El sector privado también tiene su cuota de responsabilidad y como ejemplo de ello me referí al problema de los envases no biodegradables que producen y distribuyen sin ningún escrúpulo.

Otro de los temas centrales de este trabajo es el consumo de patrimonios ancestrales por parte de turistas. En términos generales puedo indicar que en la región de estudio el consumo de patrimonios tangibles e intangibles es relativamente bajo. El consumo más conciente que hacen los turistas es el de algunos platillos asociados a la comida de mar y las artesanías que compran antes de partir de regreso a sus lugares de origen. No presentan interés por la música, las danzas, sus formas asociativas, la conformación de sus familias, la arquitectura, entre tantos otros aspectos culturales de la gente afrocolombiana. Desde una

mirada que abogue por la protección de dichos patrimonios, el bajo consumo por parte de los turistas puede resultar positivo ya que no se alteran o se modifican para su comercialización. No obstante, esto también puede conducir a la invisibilización de los patrimonios, aún para las mismas comunidades afrochocoanas, lo cual podría conducir a un estado de gran fragilidad en el cual una eventual arremetida del capitalismo, a través de consorcios turísticos, podría llegar a eliminar, modificar o hasta patentar los patrimonios ancestrales de los afrocolombianos. Hoy vemos lo que sucede con la música y la interposición de ritmos modernos sobre los autóctonos.

Escobar, en su libro de *La Invención del Tercer Mundo*, aboga por generar alternativas sociales y económicas diferentes al capitalismo. Creo que las sociedades afrocolombianas del litoral Pacífico pueden dar cuenta de algunos modelos alternativos, no para reproducirlos en el resto del país sino para entender, valorar y respetar aquellas dinámicas que les han sido efectivas para sortear todos los obstáculos durante su historia en América. También, creo que su modelo puede aportar aspectos aplicables a otros grupos sociales inclusive de las grandes urbes como las formas asociativas y de solidaridad.



28. Atardecer en Nuquí

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

0. Atardecer en Playa Olímpica, Nuquí.
1. Auxiliar de lancha a motor, Bahía Solano.
2. Villa Ekari, Nuquí.
3. Palma de Cristo en Villa Ekari, Nuquí.
4. Carmelina, cocinera de Villa Ekari, Nuquí.
5. Playa en El Valle.
6. Turistas en Villa Ekari, Nuquí
7. Motorista, Bahía Solano
8. Annie Arango Palacios, Nuquí.
9. Jorge Humberto Trujillo, Bahía Solano.
10. Playa en el Huina, Bahía Solano.
11. Mujeres del eslabón de cocina, Bahía Solano.
12. Comedor del *ecolodge*, El Almejal, El Valle.
13. Turista durmiendo y niña barriendo, Villa Ekari, Nuquí.
14. Cruce entre Nuquí y Playa Olímpica, Nuquí.
15. Enramada para los cerdos, Bahía Solano.
16. Niños locales en la playa, Huina, Bahía Solano
17. Niña, en el Huina, Bahía Solano.
18. Niña vendiendo cocadas en la playa del Almejal, El Valle.
19. Baile regional (óleo sobre lienzo – detalle), Nuquí.
20. Mural “viajeros por naturaleza”, Nuquí.
21. Casa en El Valle.
22. Artesanías afrocolombianas, El Valle.
23. Niños embera vendiendo sus artesanías, Huina, Bahía Solano.

24. Casa afrocolombiana en Bahía Solano.
25. Boyas en casa de campo, Bahía Solano.
26. Múngalo, Nuquí.
27. Amparo, cantaora nuquiseña, Nuquí.
28. Atardecer en Nuquí.

Nota: Todas las fotos fueron tomadas entre el 12 y el 25 de enero de 2006.

ANEXOS

Mapas de la región de estudio

a) Detalle del mapa de Colombia; b) Detalle del mapa de Chocó; y c) Mapa del área de estudio.





_____ 10 Km.

_____ 30 Km.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía del presente documento

AGUIRRE BAZTÁN, Ángel ed. 1995. *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Barcelona: Marcombo.

ALMARIO, Oscar. 2004. “Dinámicas y consecuencias del conflicto armado colombiano en el Pacífico: Limpieza étnica y deterritorialización de afrocolombianos e indígenas y “multiculturalismo” de Estado e indolencia nacional”; en *Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz*, Bogotá: Red de Estudios de Espacio y Territorio (RET), Universidad Nacional de Colombia.

ANGUERA, María Teresa. 1992. *Metodología de la observación en las ciencias humanas*, Madrid: Cátedra.

AROCHA, Jaime. 1999. *Obligados de Ananse, Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*, Santafé Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas UN, Colección CES.

_____, 2004. Procesos de guerra y paz en el litoral Pacífico, Presentación; en *Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz*, Bogotá: Red de Estudios de Espacio y Territorio (RET), Universidad Nacional de Colombia.

AUGÉ, Marc. 1998. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona: Gedisa Editorial.

BARLEY, NIGUEL. 1998. *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Barcelona: Anagrama.

BLANCHET, Alain ed. 1989. *Técnicas de investigación en ciencias sociales. Datos, observación, entrevista cuestionario*, Madrid: Narcea.

BOURDIEU, Pierre - LOIC, Wacquant. 1995. *Respuestas para una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.

_____, Pierre. 2003. *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y flexibilidad*, Barcelona: Anagrama.

BUNGE, Mario. 1989. *La investigación científica*, Barcelona: Editorial Ariel.

CASTAÑO, Carlos – SGUERRA, Sandra (Ed.). 1998. *Plan operativo general: Manejo integral de los Parques Nacionales Naturales en el Chocó Biogeográfico*, Bogotá: Unidad Administrativa Especial del Sistema de Parques Nacionales Naturales UAESPPN.

COLMENARES, Germán. 1980. *Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, Bogotá: Carlos Valencia Editores.

DE CARVALHO, José Jorge. 2005. *Las culturas afroamericanas en Iberoamérica: Lo negociable y lo innegociable*, Bogotá: Colección sin condición, Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia.

DE LA TORRE, Óscar. 2004. *El turismo. Fenómeno Social*, México: Fondo de Cultura Económica.

ESCOBAR, Arturo. 1998. *La invención del tercer mundo*, Bogotá: Grupo Editorial Norma.

FRIEDEMANN, Nina. 1974. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal, litoral Pacífico (Colombia)*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Facultad de Ciencias Humanas.

GAST, Fernando – MEJÍA, Luís – MORENO, Camilo. 1994. *Utría: Parque Nacional Natural. Chocó Colombia*, Bogotá: Amazonas Editores – UTOP Editores.

JIMÉNEZ, Orian. 1998. “La conquista del estómago: Viandas, Vituallas y Ración Negra siglos XVII-XVIII”; en *Geografía humana de Colombia, Los afrocolombianos - Tomo VI*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

JIMENO, Myriam – SOTOMAYOR, Lucía – VALDERRAMA, Luz M. 1995. *Chocó: diversidad cultural y medio ambiente*, Santafé de Bogotá: Fondo FEN Colombia.

LEYVA, Pablo ed. 1993. *Colombia Pacífico*, Bogotá: Fondo para la protección del medio ambiente José Celestino Mutis.

MALINOWSKI, Bronislaw. 1986 (1922). *Los argonautas del Pacífico occidental. Un estudio sobre comercio y aventuras entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*, Barcelona: Península.

MASSONNAT, Jean. 1989. “Observar”; en Blanchet, Alain ed, *Técnicas de investigación en ciencias sociales. Datos, observación, entrevista cuestionario*, Madrid: Narcea.

MOSQUERA, Claudia – PARDO, Mauricio – HOFFMANN, Odile. 2002. *Afrodendientes en las américas, Trayectorias sociales e identitarias*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Institut de Recherche pour le Développement y Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos.

MOSQUERA, Gilma. 1999. “Hábitats y espacio productivo y residencial en las aldeas parentales del Pacífico”; en *De Montes ríos y ciudades, territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Santa Fe de Bogotá: Fundación Natura, Ecofondo e Instituto Colombiano de Antropología.

OFICINA SCOUT INTERAMERICANA, 2001. *Guía para dirigentes de la rama scout: Un método de educación no formal para jóvenes de 11 a 15 años*, Santiago: Oficina Scout Interamericana, Oficina Scout Mundial.

ROSETO, Carlos. 2002. Los afroendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia de lo propio como alternativa; en *Afrodendientes en las américas, trayectorias sociales*

e identitarias, 150 años de abolición de la esclavitud en Colombia. Mosquera Claudia, Pardo Mauricio y Hoffmann Odile (editores), Bogotá: Unibiblos, Universidad Nacional de Colombia.

SÁNCHEZ, John Antón. 2004. La guerra y sus efectos socioculturales, étnicos y políticos en la región Pacífica: Territorio, proyecto de vida y resistencia de los afrodescendientes; en *Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz*. Red de Estudios de Espacio y Territorio (RET), Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

SANTANA, Agustín. 1997. *Antropología y turismo, ¿nuevas bordas viejas culturas?*, Barcelona: Ariel.

SILVA Fajardo, Camilo. 1993. Impacto ambiental de la minería de oro y platino para los municipios de Tadó, Condoto e Istmina; en *Contribución africana a la cultura de las Américas*.

STRONZA, Amanda. (2001). "Anthropology of Tourism: Ground for Ecotourism and other alternatives"; en *Annals of Anthropology Research*, 30: 261-83.

TRUJILLO, Wigberto. 2001. *Diagnóstico agropecuario de los municipios de Bahía Solano y Nuquí*, Bahía Solano, Inédito.

ULLOA, Astrid (Edición, comp.), Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología – Colcultura.

URREGO, Manuela del Rocío. 2005. *Para Ustedes Bailaremos la Yonna, Miradas etnográficas dentro del escenario etnoturístico en la Guajira colombiana*, Bogotá: Trabajo para optar por el título de antropóloga, Área curricular de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

VILLA, Rivera William. 2004. El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo; en *Panorámica afrocolombiana, Estudios sociales en el Pacífico*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH, Universidad Nacional de Colombia.

Otra bibliografía consultada

ECHEVERRI, Javier. 1996. El camino del caimán. Santafé de Bogotá: Premios nacionales de Colcultura.

GUBER, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y flexibilidad*, Bogotá: Norma.

HERNÁNDEZ SAMPIERI, Roberto – FERNÁNDEZ, Carlos – BAPTISTA, Pilar. 1998. Metodología de la investigación, Bogotá: Panamericana Formas e Impresos.

MINTZ, Sidney – PRICE, Richard. 1992. *The Birth of African-American Culture*, Boston: Beacon Press.

MONTENEGRO, Leonardo. (2002). "Movimientos sociales de comunidades negras en el Pacífico colombiano y perspectiva de género"; en *Maguaré*, No. 15-16.

RODRÍGUEZ, Stella. (2002). “Poblaciones blancas en el Pacífico: historia y vigencia”; en *Maguaré*, No. 15-16.

TAYLOR, S.J. - BOGDAN, R. 1995. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, Buenos Aires: Editorial Paidós.

WEBER, Max. 1993. *Ensayos sobre metodología y sociología*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
Referencias en la Internet

<http://alpha.mindefensa.gov.co>

<http://www.mincomercio.gov.co>

<http://www.minambiente.gov.co>

<http://elespectador.com/historico>

http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america